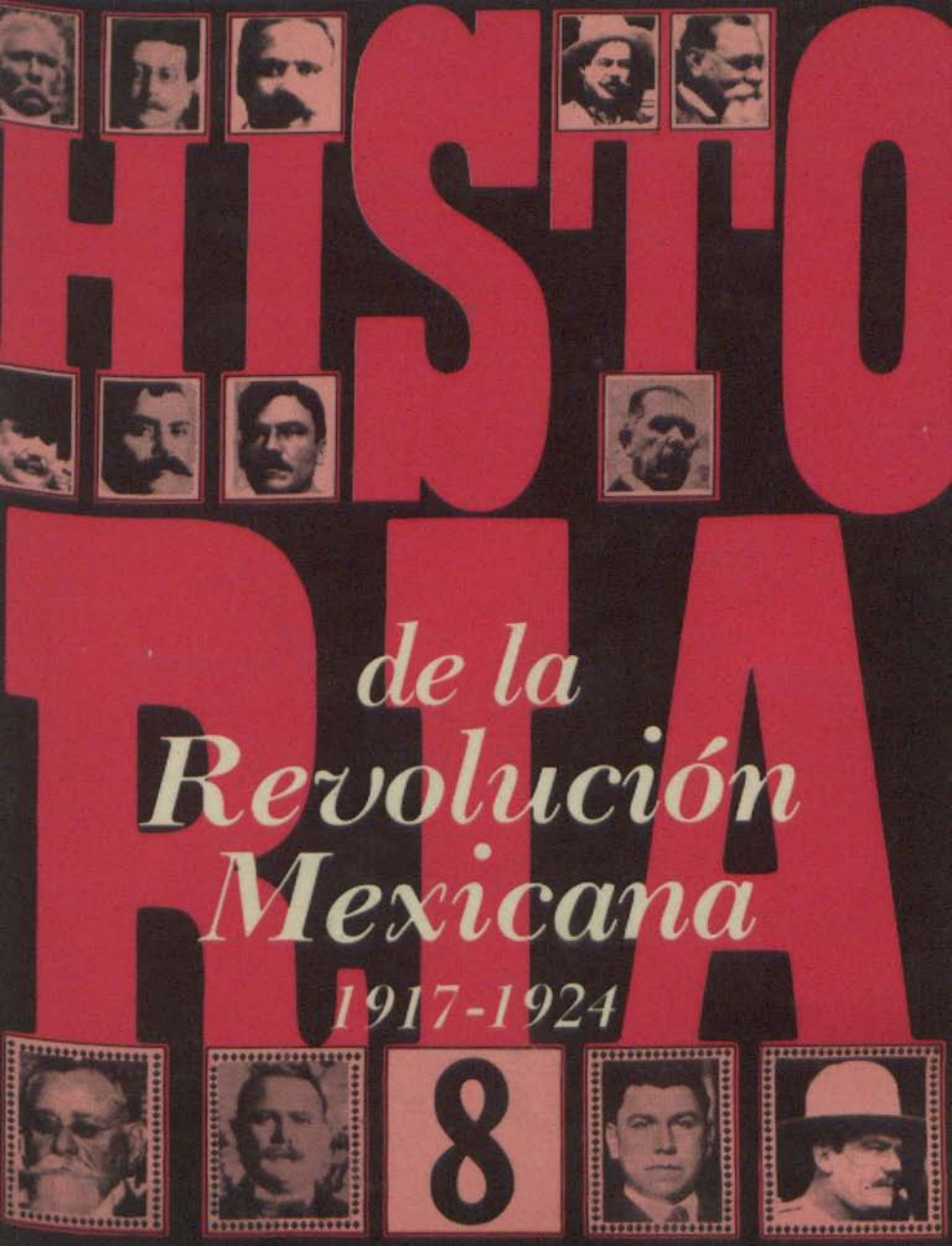


HISTORIA de la Revolución Mexicana

1917-1924

8

La carrera del caudillo

Alvaro Matute

EL COLEGIO DE MEXICO

HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA

HISTORIA de la Revolución Mexicana

1917-1924

8

La carrera del caudillo

Alvaro Matute

EL COLEGIO DE MEXICO

Coordinador de la obra: Luis González
Coordinador editorial: Juan Reixa
Selección y compilación iconográfica: Aurelio de los Reyes
Diagramación y diseño: María Shelley

Las ilustraciones se reproducen de
publicaciones de la época facilitadas
por la Biblioteca Daniel Cosío Villegas

Brenner, Anita. *The Wind that Swept México*, Austin, University of Texas, 1971.
Casasola, Gustavo. *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*, México, Trillas, 1962, 5 vols.
Crónica Ilustrada de la Revolución Mexicana, México, Publex, 1968, 6 vols.
Dulles, John W., *Yesterday in Mexico*, Austin, University of Texas, 1961.
Faulkner, Harold U., *American Political and Social History*, New York, Appleton-Century-Crofts, Inc., 1965.
Huerta, Adolfo de la, *Memorias de don Adolfo de la Huerta*, México, Ediciones Guzmán, 1957.
Hicks, John D. et al., *A Short History of American Democracy*, Boston, Mass., Houghton Mifflin Co., 1949.
Tannenbaum, Frank, *Peace by Revolution*, New York Columbia University, 1966.
Valadés, José C., *La Revolución Mexicana*, México, Manuel Quezada Brandi, 1967.
Valenzuela, Clodoveo et al., *Sonora y Carranza*, México, Ediciones Renacimiento 1921.
Varios autores, *The National Experience*, New York, Harcourt Brace, 1973.

Primera edición, 1980
Derechos reservados conforme a la ley
© 1980, EL COLEGIO DE MEXICO
Camino al Ajusco 20, México 20, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

ISBN 968-12-0025-0 OBRA COMPLETA
ISBN 968-12-0054-3 TOMO 8

INDICE

Introducción 9

I. Las expectativas 13
1. La impaciencia electoral 17
2. La obsesión del civilismo 20
3. Los presidenciables 25
a) Alvaro Obregón 27
b) Pablo González 29

II. Los candidatos se destapan 33
1. Obregón despliega sus baterías 33
2. Las reacciones desencadenadas 42
a) Martín Luis Guzmán 42
b) Palavicini y compañía 43
c) Luis Cabrera desempolva al Lic. Blas Urrea 44
3. El general González rompe el silencio 49
a) El contramanifiesto gonzalino 49
b) Obregonistas contra gonzalistas 52
4. Había un embajador en Washington 56

III. La campaña electoral 63
1. Obregón recorre el país 65
2. La formalidad del general González 78
3. La candidatura oficial 81

a) Indecisiones iniciales 81
b) La junta de gobernadores 84

IV. La rebelión de Agua Prieta 91
1. Sonora y Carranza 91
2. La fuga de Obregón 103
3. De Agua Prieta a Tlaxcalantongo 109
a) Las defecciones y las alianzas 109
b) Carranza organiza su defensa 116
c) México-Tlaxcalantongo 124
d) El artífice 130

V. Los vencedores 135
1. Augurios de conciliación 135
2. Tres figuras fundamentales 140
a) Pablo González 140
b) El general Francisco Villa 143
c) Félix Díaz 146
3. Un cacique y dos rebeldes 150
a) El coronel Esteban Cantú 150
b) Dos rebeldes menores 154
4. Conflictos estatales 157
5. Obreros y campesinos 164
6. El privilegio norteamericano 173
7. El caudillo llega a la meta 185

Conclusiones 189

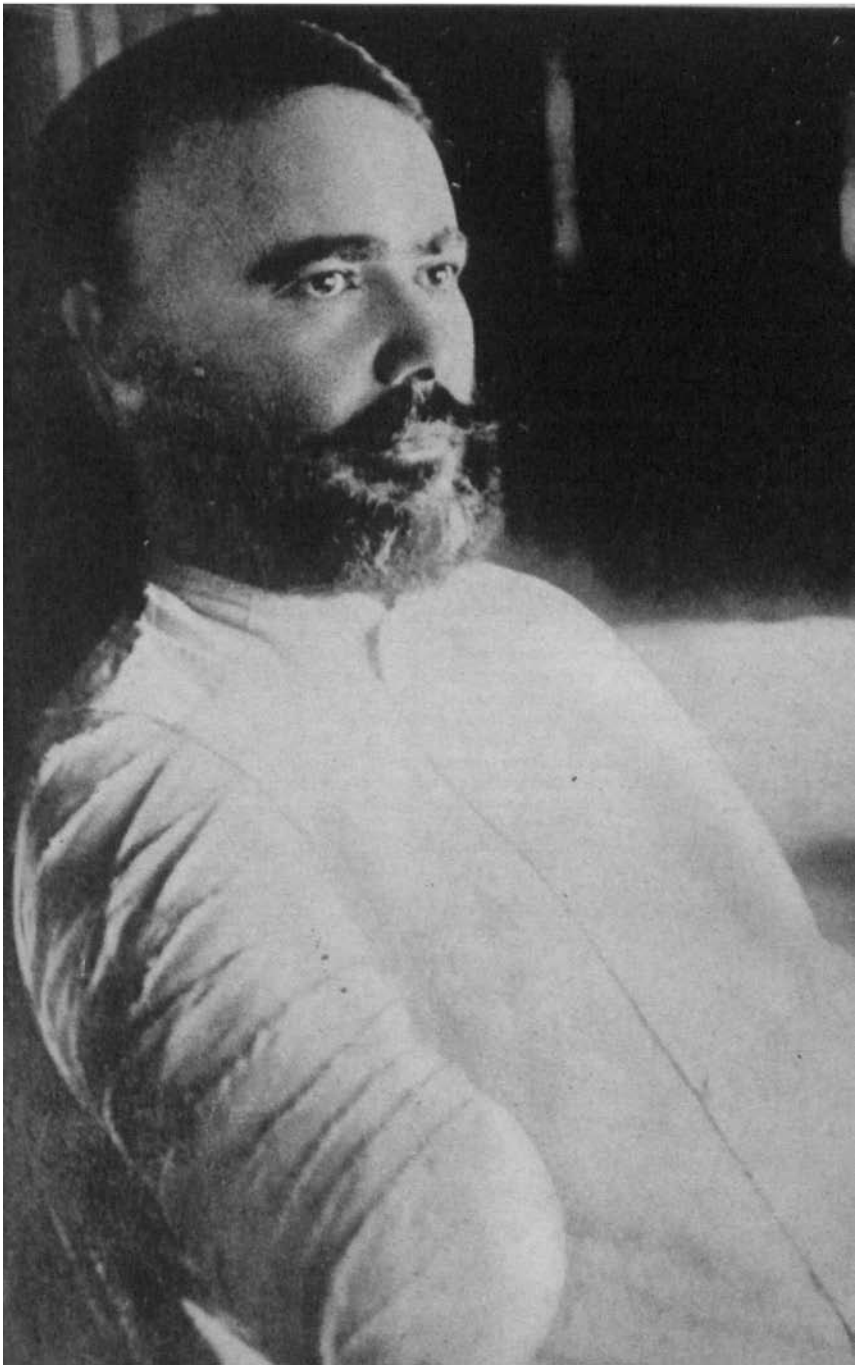
Bibliografía 193

SIGLAS

AAA	Archivo del general Amado Aguirre, México, D.F.
AHDN	Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, D.F.
AJB	Archivo del general Juan Barragán, UNAM.
CONDUMEX	Conductores Mexicanos, S.A. Centro de Estudios de Historia de México.
NAW	National Archives, Washington.

LA CARRERA DEL CAUDILLO

Para Irma, mi esposa



A diferencia de lo que ocurre en otras partes, las campañas electorales mexicanas no equivalen a la lucha entre dos o más formas de entender el bien colectivo —la mera administración de los asuntos de la república—; se reducen a la lucha entre el interés de dos o más personas, o dos o más grupos de personas, consideradas en sí mismas y como tales. En los países dotados de verdaderos partidos políticos, la figura del hombre destinado a encarnar el programa partidista no supone más que un problema incidental de última hora. En México, privado de agrupaciones políticas verdaderas, y, lo que es aún más grave, de ideas políticas nacionales y locales susceptibles de una clasificación útil para la vida, toda disyuntiva electoral es un programa de personalismo mesiánico. Los partidos políticos que realmente han existido en México, a despecho de nombres impersonales —exceptuada la época de la Reforma y de los constituyentes—, fueron siempre personalistas, o en eso desembocaron cuando tuvieron origen en una revolución. En lo que va de esta centuria nuestros partidos políticos verdaderos han sido —hablando tan sólo de las elecciones presidenciales— el porfirista, el reyista, el maderista, el huertista, el carrancista, el gonzalista, el obregonista, etc.

Martín Luis Guzmán, *Personalismo electoral*, 1919.

INTRODUCCION

De los animales políticos que ha producido la historia mexicana, Venustiano Carranza y Alvaro Obregón resultan ser dos de los más significativos. Compartieron el hecho de ser los dos caudillos vencedores y sobrevivientes a la etapa armada de la Revolución Mexicana, por lo cual, en un momento dado, habrían de enfrentarse por algo que no se comparte: el poder.

Este libro trata del ocaso del "rey viejo" frente al orto del "manco de Celaya" Forma parte de una trilogía que se ocupa de lo que sucedió en México entre 1917 y 1924, pero quiere ser autónomo y lograr que el lector lo tome sin antes haber leído el precedente y aspira a provocar el interés por el que sigue, aunque pretende llegar a conclusiones que no resulten ancilares con respecto a *El caudillo en el poder*.

Por ser de historia política, este libro carece de muchos marcos que sí se encuentran en los otros dos: el de antecedentes históricos, el económico y el social. Por referirse a un aspecto coyuntural se prescindió de los asuntos estructurales. Si el lector requiere de estos últimos, entonces tendrá que remitirse a *Las dificultades del nuevo Estado*. Esto no es una "incongruencia de parcelar la historia", simplemente piénsese en un libro más grande del cual las páginas que siguen son las de enmedio.

Una preocupación fundamental, desatada sobre todo a raíz de la entrevista entre Porfirio Díaz y James Creelman, fue la aptitud o ineptitud del pueblo mexicano para la democracia. Muchos autores de libros y folletos negaron la posibilidad de que los mexicanos fuesen capaces de gobernarse bajo los patrones de la democracia representativa. Es obvio que las disparidades sociales existentes colocaban en un extremo a una minoría ilustrada y en el otro a una masa preocupada de su subsistencia y no de las formalidades de un sistema republicano. Concluida la fase armada de la Revolución, fortalecida constitucionalmente la figura presidencial, supuestamente se iniciaría un *cratos* emanado del *demos* que luchó durante siete años. La realidad fue muy distinta, precisamente esos siete años de lucha permitieron que surgiera o, mejor, resurgiera el

"De los animales políticos que ha producido la historia mexicana, Venustiano Carranza y Alvaro Obregón resultan ser dos de los más significativos."

caudillismo, expresión política que se desarrolló ampliamente en el México del siglo XIX. Hubo en México plétora de caudillos y caciques, en el exacto significado weberiano de los términos, sólo que unos ganaron y otros perdieron, como sucede siempre en la historia. Y como suele suceder también la lucha entre los vencedores se hizo inminente.

En las páginas que siguen se presenta cómo sucedió el enfrentamiento entre los dos últimos caudillos de la Revolución Mexicana y se describe un panorama de lo que fue el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, fundamental para que la carrera del caudillo vencedor, Obregón, llegara sin contratiempos a su meta.

Deseo hacer constar aquí muchos agradecimientos. En primer lugar al equipo de alumnos-ayudantes-amigos que me acompañaron en la recolección y ordenamiento de los materiales: Leticia Barragán de Manzano, Rubén Maldonado Mares, Angeles Ramos de Gómez Robledo, Amanda Rosales Bada, Ricardo Sánchez Flores y Evelia Trejo de Kent. Junto con ellos, imposible omitir a Luis F. Muro Arias, coordinador administrativo del Programa de Historia de la Revolución Mexicana de El Colegio de México. Su ayuda fue siempre valiosa y oportuna. Asimismo, quiero expresar mi gratitud por la manera como ejercieron el don de la

paciencia, a don Víctor L. Urquidi y a don Luis González. Por otra parte, mi agradecimiento universitario incluye a los sucesivos directores del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, al cual pertenezco, Miguel León-Portilla, el finado Jorge Gurría Lacroix y Roberto Moreno, por permitirme haber utilizado parte de mi tiempo en la investigación y redacción de esta obra. Finalmente, a Eduardo Bianquel, por su confianza y consejo. A muchos amigos que no puedo consignar aquí, por su interés constante; a Irma, mi esposa, que siempre batalló por que esto llegara al fin y sin cuyo estímulo ello hubiera sido difícil. Finalmente quiero lamentar que don Daniel Cosío Villegas, inspirador de todo esto, no haya podido leer este libro.

A.M.
Instituto de Investigaciones
Históricas, UNAM.

"Entre los primeros, el prestigio se fincaba en ser civiles, en no haber empuñado más armas que las ideas y las letras..."

I. LAS EXPECTATIVAS

El peligro que corre todo movimiento armado en el momento del triunfo es que llegue a sucumbir a causa de la lucha por el poder desatada entre los ganadores. Esta situación pudo haberse dado en 1917 cuando don Venustiano Carranza asumió la presidencia constitucional, después de haber ejercido la primera jefatura del Ejército Constitucionalista. Acaso las constantes guerras —producto de divisiones surgidas dentro del mismo campo revolucionario— ya habían servido de lección, como para que las diferencias volvieran a ventilarse por las armas.

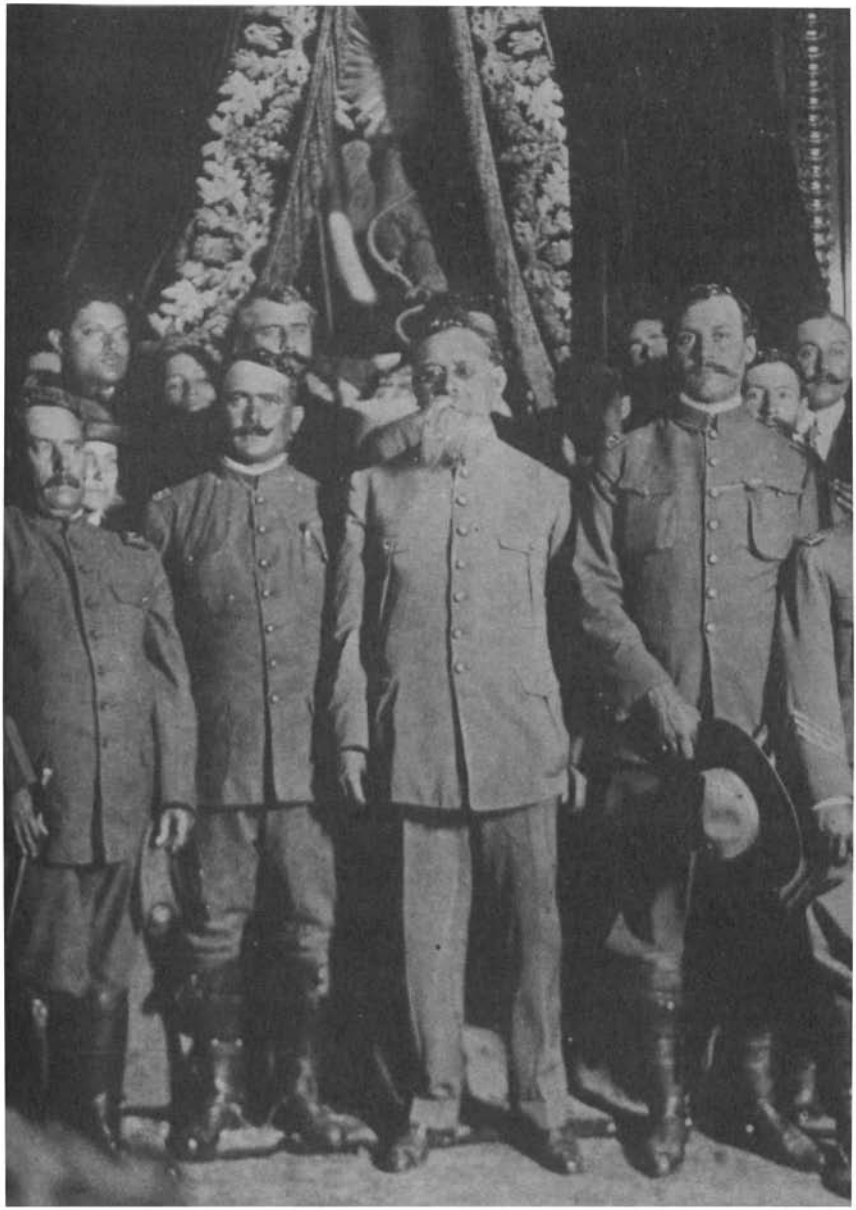
La escisión ya existía, aunque no era muy grande. Se dejó ver desde diciembre de 1916 cuando se dividió el grupo triunfador en el seno del Congreso Constituyente, quedando establecidas las diferencias entre dos grupos: el de los liberales, más hechos conforme a la tradición juarista, y el de los radicales, producidos de manera más directa por el movimiento armado. Entre los primeros, el prestigio se fincaba en ser civiles, en no haber empuñado más armas que las ideas y las letras; en sentirse conocedores de la situación del país y de los remedios ideales para ella; el ser, en suma, la nueva élite política de México. El otro grupo hacía ver a sus antagonistas como conservadores, o, al menos, moderados. Era el grupo popular, de origen diverso, aunque predominantemente rural —sin llegar a la rusticidad plena— que sí se armó y peleó en esos años y que en ello basaba su prestigio. Este grupo era más la expresión de la situación que la conciencia de ella. Con esas dos tendencias, México se escindía entre un civilismo elitista y un militarismo populista.

La elección presidencial de 1917 no trajo implícita una lucha por el poder. De todos los caudillos del grupo hegemónico, ninguno se enfrentó al principal: Venustiano Carranza, quien prácticamente asumió la presidencia contando con el asentimiento unánime, no de la nación, pero sí de los grupos políticos. En rigor, los caudillos presidenciables deben haber tenido puestas sus miras en la sucesión de Carranza, para lo cual tenían que saber capitalizar en su favor cuanto pudieran, con el fin de llegar poderosos a 1920, al momento decisivo.

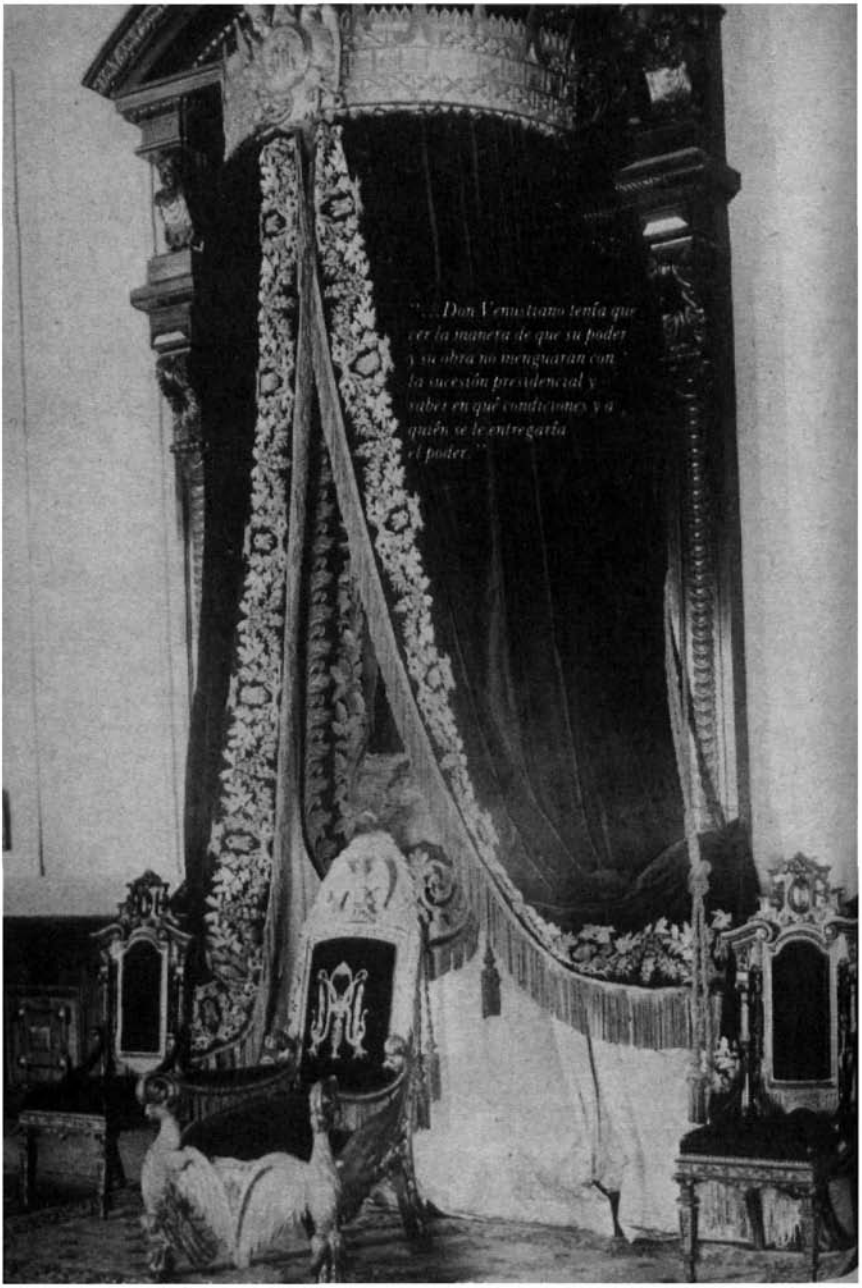
Los individuos presidenciables pertenecían al grupo militar populista. Gozaban de prestigio nacional y contaban con más posibilidades de llegar al ejercicio del poder que los civiles, entre otras cosas, porque la figura de un general victorioso obtenía mayor difusión que la de un ideólogo, en un país aún convulso por las guerras. Sin embargo, la gran figura nacional, don Venustiano, se identificaba más con los civiles. Siempre se esforzó por no ser caracterizado como militar. Esto fue aprovechado por los civiles que lo rodeaban, con lo cual fundaron su elitismo.

La división entre civilismo y militarismo, calificados de elitista y populista, respectivamente, opera para caracterizar las tendencias, pero no para conformar antagonismos concretos; es decir, la división no implica que todos los civiles también formasen un bloque indivisible. El antagonismo surgió en las páginas de los diarios que trataban de difundir una imagen positiva del civil, del hombre apto para el gobierno, frente al militar depredatorio, impreparado y oportunista. Era el recurso manejado por quienes no contaban con medios efectivos de poder, por lo menos, tan efectivos como el mando de tropas. Sin embargo, la imagen proyectada en favor del civilismo traía consigo una enorme dosis elitista. Por el contrario, los hombres de armas proyectaban una mayor identificación popular, incluso a pesar de sus arbitrariedades.

Estas imágenes fueron conformándose durante el período presidencial de Carranza. Cada grupo, así como cada tendencia, fue capitalizando gracias a su favor. Los civiles aprovechaban sus altos cargos en la administración pública y los militares su ejercicio frente a las tropas. Y en medio de todo, don Venustiano tenía que ver la manera de que su poder y su obra no menguaran con la sucesión presidencial y saber en qué condiciones y a quién le entregaría el poder. Desde el ángulo del 1o de mayo de 1917 podría verse muy lejano el 1o de diciembre de 1920, aunque es posible que Carranza y muchos más nunca hayan dejado de pensar en la segunda fecha.



"Venustiano Carranza... asumió la presidencia contando con el asentimiento unánime, no de la nación, pero sí de los grupos políticos."


"...Don Venustiano tenía que
cer la manera de que su poder
y su obra no menguaran con
la sucesión presidencial y
saber en qué condiciones y a
quién se le entregaría
el poder..."

1

LA IMPACIENCIA ELECTORAL

Desde el último tercio de 1918 comenzó a sentirse cada vez más fuerte la presión electoral, fruto de la impaciencia de quienes querían tener seguridades para el futuro. El editorialista de *Excélsior* llama la atención el día 11 de octubre, cuando consigna que "con demasiada anticipación ha comenzado a tratarse la elección presidencial... bastaban ya las rencillas que dividen al país para agregar artificialmente otra causa de antagonismos seguros y perturbaciones irremediables". Temía el editorialista, con base en la experiencia histórica —mediata e inmediata— de que cada sucesión presidencial había sido un conflicto, que nuevamente surgiera otra división en el país y pertubara la paz.[1] Por su parte, Rafael Martínez "Rip-Rip", director del diario oficioso *El Demócrata*, entrevistó a don Venustiano y, en lugar de calar más a fondo, le preguntó si pensaba en la reelección, con la consiguiente y obvia respuesta negativa de Carranza.[2] Ello propició que casi insultaran al periodista, puesto que era indigno preguntar al presidente si pensaba reelegirse.[3] En realidad a don Venustiano le interesaba mucho el que las elecciones no vinieran a perturbar la de por sí precaria tranquilidad de su gobierno, y así lo señalaba en su manifiesto del 15 de enero de 1919.

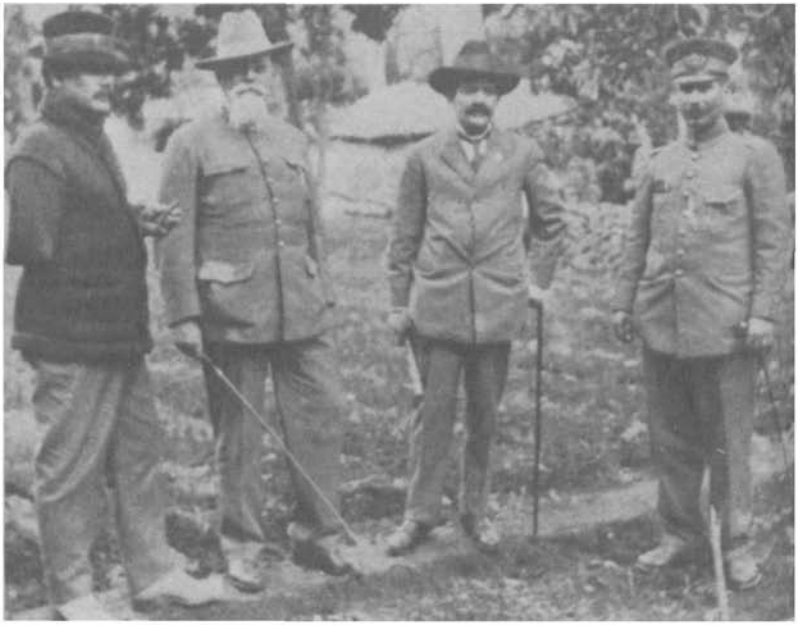
Ese documento es un análisis bien meditado de las posibles consecuencias que traería consigo la anticipación electoral. El aplazamiento era recomendable, según Carranza, por muchas razones, entre las cuales una de las que dependían las demás era que en México, "aún no tenemos ni suficiente educación ni bastante experiencia democrática, y... apenas comenzamos a recuperarnos del sacudimiento revolucionario que ha sacudido a nuestra patria".[4] Por ello, un "prolongado período de efervescencia política" traería consecuencias perjudiciales, en primer término, al propio partido constitucionalista, es decir, al grupo triunfador que, si se dividía, como era inminente, resultaría perjudicial, ya no al grupo en sí, sino al país entero, por cuanto a que sus enemigos podrían ganar ventajas. Asimismo, la anticipación electoral relajaría los lazos establecidos entre el gobierno y el grupo hegemónico. Es impor-

[1] *Excélsior*, 11 octubre 1918; *El Demócrata*, 25 de noviembre 1918.

[2] Luis N. Ruvalcaba (comp.) *Campaña política del C. Alvaro Obregón, candidato a la presidencia de la República 1920-1924*, 5 v., México, s/e., 1923, v.I., pp. 11-14.

[3] *Excélsior*, 28 noviembre 1918.

[4] *Diario Oficial*, 16 enero 1919. El manifiesto se ha reproducido en diversas colecciones documentales.



"...Concluía su llamado a los posibles candidatos para que aguardaran... al fin del año..."

tante, dice Carranza, conservar la unidad adoptada en los momentos del conflicto bélico mundial, precisamente para que los elementos internacionales no fueran a presionar en la máxima contienda electoral. La anticipación, continúa diciendo el manifiesto, sería perjudicial para el gobierno, puesto que sus propios componentes deberían tomar uno u otro partido y ello entorpecería las labores de la administración pública. Esto, que sería perjudicial para el Ejecutivo, ya se manifestaba en el Legislativo[5] y podría prolongarse aún hacia el Judicial. Recomendaba don Venustiano que la próxima contienda electoral fuera dirigida entre elementos del grupo revolucionario y que los aspirantes presentaran abiertamente su actitud frente a problemas concretos de la realidad nacional, tales como los "religiosos, educativos, agrarios, financieros, militares y especialmente todos los relativos al trabajo y al desarrollo económico de nuestras riquezas y conservación de los recursos naturales del país". En suma, pedía que los candidatos se definieran por su ideología y no por sus simpatías o arrestos personales, para que fueran seguidos por sus actitudes y no por sus personalidades. Finalmente, concluía su llamado a

[5] Cfr. Alvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado*, México, El Colegio de México Historia de la Revolución Mexicana t.7 (en preparación).

los posibles candidatos para que aguardaran, junto con sus partidarios, al fin del año que entonces se iniciaba para colaborar con él en la buena marcha de la administración del país.[6]

El manifiesto del presidente fue ampliamente divulgado y comentado positivamente por la prensa, donde fue reproducido y glosado. *El Universal* interrogó a varios políticos como al general Jacinto B. Treviño, los senadores Alfonso Cravioto, Juan N. Frías y al diputado Aurelio Manrique, todos los cuales elogiaron al presidente y su actitud. El general Salvador Alvarado se limitó a responder: "En boca cerrada no entran moscas".[7] Pablo González respondió telegráficamente a Félix F. Palavicini, gerente de *El Universal*, en términos elogiosos para lo propuesto por Carranza y el día 17 de enero fue el propio Palavicini quien escribió un texto breve a propósito del manifiesto. Aprovechó el llamado para señalar que antes de pensar en personas que sucedieran a Carranza habría que meditar y actuar sobre los problemas del país y él mismo presentaba un breve catálogo de los mismos, donde concluía que era urgente la democratización de la propiedad, de la industria, del gobierno —a través del municipio— del ejército —por guardias nacionales—. En fin, Palavicini respondió al llamado dando a conocer su ideología.[8]

En su informe del mes de mayo, el presidente Carranza reconocía que su manifiesto del 15 de enero "seguramente... no produjo todos los efectos que fueran de desearse, pero es incuestionable que ha contribuido con eficacia a tranquilizar a la sociedad".[9]

[6] Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, publicados bajo la dirección de..., 28 v., México, Editorial Jus, 1969, v. VI, pp. 226-231.
[7] *El Universal*, 16 de enero 1919.
[8] *El Universal*, 17 enero 1919.
[9] *Los presidentes de México ante la Nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*. 5. v., recopilados bajo la dirección de Luis González, México, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, 1966, v. III, p. 306.

2.

LA OBSESION DEL CIVILISMO

El Universal y *Excélsior* estuvieron siempre en una especie de campaña antimilitarista. Con ello ayudaban a legitimar los ideales siempre expresados por Carranza en pro del civilismo, que en función de la sucesión presidencial ayudaría mucho a que don Venustiano no perdiera las riendas del poder en manos de quienes en algún tiempo fueron sus brazos armados. El civilismo de Palavicini data desde sus días maderistas y *El Universal* siempre fue expresión de esa idea fundamental, y llega a ligarse con su posición contraria al *summum* del militarismo que era el gobierno del *Kaiser* Guillermo. En el caso de Rafael Alducin, director de *Excélsior*, por ser civil él mismo, y conservador, la corriente resultaba una obvia expresión de sus ideas.

Excélsior plantea desde el 30 de abril de 1918 una disyuntiva a los ciudadanos: ¿Civilismo o militarismo? Más que ofrecer elementos para ponderar, se refiere el editorial a los exgenerales levantados en armas "por quítame allá esas pajas", Caballero, Coss, Gutiérrez y Mariscal. Sin embargo, aprovecha bien la ocasión para recordarle a los lectores que si los generales se levantaron contra el militarismo de Huerta, con su conducta lo único que hacen es cambiar la persona, pero no el contenido. Claro que no ve el editorialista que el civilismo por sí solo sea la salvación:

> No creemos que el civilismo, sea el que fuere, sea una panacea a nuestros males públicos. Especialmente en el orden económico y financiero ha sido funesto o más que el militarismo en el orden político y social.[10]

Concluye señalando que hay matices en ambas tendencias, pero siempre el militarismo es más "agresivo y deprimente". El mismo editorialista vuelve a la carga el 17 de agosto para recordar que después de las luchas armadas siempre queda un gran remanente de revolucionarios y que al momento había más generales, jefes y oficiales que tropa en el ejército. Comentarios como éste y otros alusivos a la arbitrariedad militar eran constantes en los dos diarios mencionados, siempre en profesión de fe civilista. La actualización del asunto tuvo lugar el 30 de abril

[10] *Excélsior*, 30 de abril 1918.

"...el militarismo es más agresivo y deprimente."

de 1919 cuando *El Universal* ya relaciona, en un editorial "La sucesión presidencial y los civiles", escrito por el propio Palavicini.[11]

Principia aclarando que como su nombre ha sido mencionado en la lista de posibles sucesores de Carranza, considera un deber exponer sus puntos de vista acerca de la situación general. Centra la mayor parte de su declaración en manifestar que lo fundamental para cualquiera que fuera presidente serían sus relaciones con los militares. Piensa que en las elecciones "no podrá figurar ningún civil aspirando a la Presidencia de la República". Agrega:

> Si bien el próximo Presidente de la República no ha menester la fuerza militar para resolver problemas políticos, si necesitará siempre del apoyo del Ejército para conservarse en el poder durante su período legal... Es, por tanto, lógico, que ningún civil medianamente consciente pretenda el sufragio de sus conciudadanos para las elecciones presidenciales inmediatas.[12]

De la encuesta publicada al día siguiente del editorial de Palavicini, las declaraciones más interesantes son las del general Benjamín C. Hill. El párrafo más sustancioso dice:

> No creo que surja ninguna candidatura civil para el próximo período y mucho menos que surgiendo pudiese triunfar. No hay que hacernos ilusiones; estamos todavía dentro del período de la fuerza, y buena demostración de esto la dan los gobernadores civiles, que no han podido gobernar sin conflictos, debido a sus continuas fricciones con los elementos militares.[13]

Agrega que el noventa y cinco por ciento de la población está con el general Obregón; que estima mucho a Pablo González, "pero en cuestión política no puedo estar con él y francamente creo que su candidatura no prospera".[14] Hill, de los militares el más diametralmente opuesto a Palavicini, acaba por darle la razón al ingeniero. La figura de Obregón acaba por envolver el ambiente.

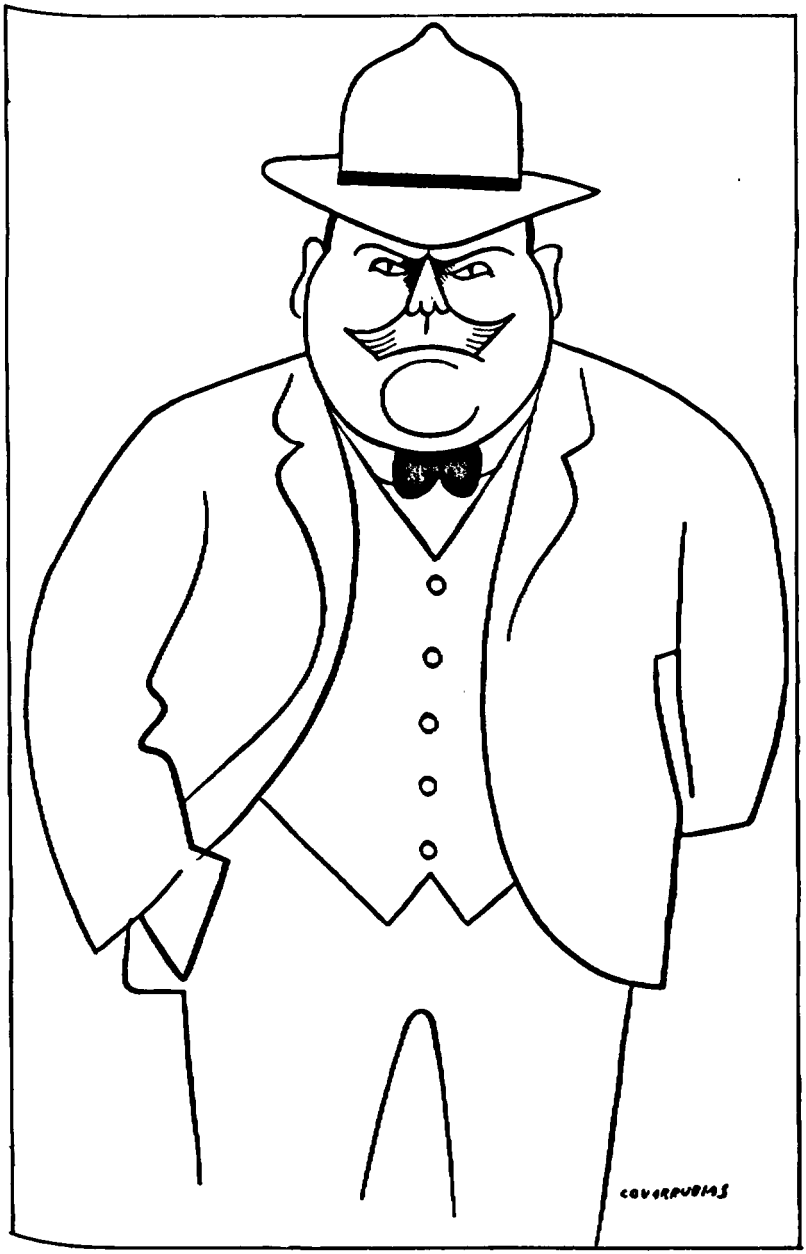
El editorial del 2 de mayo vuelve sobre lo mismo. Precisamente se dedica a glosar, ya no al director del periódico, sino al declarante sonorense. El *leit motiv* del breve artículo es señalar que "aún no es tiempo", con lo cual se permiten emparentar el criterio del líder obregonista con el

[11] No aparece firmado, pero en una noticia del día siguiente, el mismo periódico acusa. Además, está escrito en primera persona.

[12] *El Universal*, 30 abril 1919.

[13] *El Universal*, 1o. de Mayo 1919. Aclara el reportero que mostró el texto al Gral. Hill y él aprobo las declaraciones.

[14] *Ibidem*.



...Hill era bastante explícito en su retrato hablado de Obregón."

porfiriano en cuanto a aplazar el ideal civilista. El general Cesáreo Castro, por su parte, se suma al grupo de opiniones dando la suya en el sentido de que estaba de acuerdo con Palavicini, pero no sin señalar que "faltan civiles de relieve".[15]

Benjamín Hill no quitaba el dedo del renglón y llegó a declarar que aunque en el Partido Liberal Constitucionalista había muchos militares "todos desean un régimen ampliamente civil". El reportero le recordó sus anteriores pensamientos sobre el "Aún no es tiempo" y Hill replicó:

> Atravesamos por ese período de fuerza, sencillamente porque la pacificación del país es todavía importante para este gobierno y probablemente para la administración que le suceda. Y es claro que facilitarán la resolución de ese problema el que al frente de la administración pública del país figure un militar cuyos méritos sean indiscutibles para todo el Ejército... Yo no tengo inconveniente en declarar que deseo para el país una administración civilista, a cuya cabeza, en las actuales circunstancias, y por las necesidades del momento, se coloque a un militar indiscutiblemente prestigiado. Eso es todo.[16]

Eso era todo. Hill era bastante explícito en su retrato hablado de Obregón. ¿Qué otro militar prestigiado había, que llenara esas características? Por otra parte, la razón de Hill era evidente. Palavicini había inventado el fantasma del militarismo, llegando a veces a hablar de prusianismo, cuando la realidad militarista mexicana se encontraba muy lejos de los modelos europeos en ese sentido. Sin embargo, la declaración del general Hill fue una satisfacción de "quien ríe al último" que se pudo dar Palavicini, quien recordaba los sótanos de la comandancia militar jefaturada por Hill en 1917. Recordaba el editorial del día siguiente que Hill había dicho el 4 de enero de 1918: "el civilismo: he aquí el enemigo" y después de aquello, ya en busca del apoyo a la buena imagen de Obregón declaraba que el PLC "no pretende el entronizamiento del sable ni la organización de los servicios públicos a base de la severa y penosa disciplina militar". Esto le permitía concluir al editorialista, con sorna, "Bienvenido (sic) a nuestra parroquía el nuevo catecúmeno".[17]

[15] *Ibidem.*
[16] *El Universal*, 4 mayo 1919.
[17] *El Universal*, 20 mayo 1919.

3

LOS PRESIDENCIABLES

Más que señalar principios o contenidos específicos sobre cómo se debía gobernar o qué esperar de un próximo gobierno, salvo Palavicini, nadie se preocupaba por las ideas; sólo por las personas. La especulación fue temprana. Al mismo tiempo que se comentaba el manifiesto de Carranza en que pedía que se aplazara la campaña presidencial, los periódicos no cesaban de dar nombres de los posibles aspirantes a suceder a don Venustiano.

Una primera especulación señala por el "partido constitucionalista" a los generales Alvaro Obregón y Pablo González, en lugar preponderante. Agrega el mismo reportero de *El Universal* que debe considerarse además a Manuel M. Diéguez y que "también suena" Salvador Alvarado. Lo que parece totalmente fantástico es que alguien pudiera pensar en personas ajenas al grupo revolucionario. Sin embargo, el mismo reportero se refiere a "candidatos probables de los partidos enemigos del partido revolucionario" y ellos son Francisco Vázquez Gómez y Pedro Lascurain, en cuyo favor —de ambos— se habían manifestado muchos expatriados en el extranjero.[18]

Pasada la euforia provocada por el manifiesto de Carranza, los ánimos se aplacaron y en cierta medida el manifiesto cumplió con su cometido. Al llegar el mes de mayo el agua se volvió a agitar y volvieron las especulaciones. El mismo diario de Palavicini da la noticia de que "Luis Cabrera no será candidato a presidente". *El Universal* estaba interesado en obtener información e interrogó a dos secretarios de estado, acaso los civiles con mayores posibilidades de entrar en la lucha presidencial: el ya mencionado Cabrera y Manuel Aguirre Berlanga. Cabrera pudo lucir su inteligencia en la respuesta aludida, señalando que no era lo mismo que en grupo de amigos, o un diario mencionara su nombre como el de un candidato presidenciable, que una verdadera postulación era la "designación solemne que un partido político organizado y con un programa de gobierno definido, hace de una persona". A continuación glosa su declaración y llega a conclusiones interesantes. Pensaba Cabrera que la opinión pública se inclinaba por un militar porque el problema de la pacificación era el más grave de cuantos tenía el país; que si Carranza, civil, había podido manejar a los militares se debía a que él los había formado durante el constitucionalismo y, por ello, el próximo presidente, militar o no, tendría dificultades con los elementos

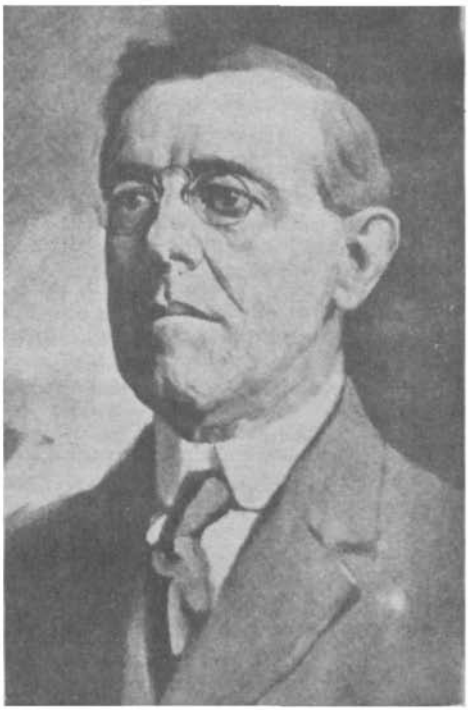
[18] *El Universal*, 21 mayo 1919.

de armas. Finalmente declaraba que él no pensaba que alguien lo postulara candidato a la presidencia.[19]

En la misma nota referida a Cabrera, *El Universal* declaraba que al no tener respuesta de Aguirre Berlanga, éste otorgaba. Al día siguiente apareció una declaración del secretario de Gobernación en la cual señalaba que no consideraba oportuno decir algo en ese sentido, de acuerdo con el manifiesto de Carranza. Con todo, las especulaciones parecían sobrar. El acuerdo generalizado se inclinaba por Obregón y González, aunque no se llegaba a desechar la posibilidad de que un civil los acompañara, dada la propaganda desplegada en torno al civilismo.

El 12 de mayo se dio a conocer en facsímil una boleta de adhesión del PLC para la candidatura de Alvaro Obregón.[20] El cuadro de presidenciables, por lo pronto se reducía a dos.

[19] *El Universal*, 2 mayo 1919.
[20] *El Universal*, 12 mayo 1919.



"...en su paso por Washington visitó al presidente Wilson..."

a) *Alvaro Obregón*

Las andanzas del sonorense antes del inicio formal de la campaña presidencial, que ocurriría el 1o. de junio de 1919, fueron privadas. Renunció el 1o. de mayo de 1917 a la secretaría de Guerra y Marina, alegando tanto motivos de salud, como el hecho de que su nombramiento de divisionario se le había conferido por obra del Plan de Guadalupe, el cual cesaba en el momento de entrar en vigor la nueva constitución.[21] A fines de mayo de 1917 emprendió un viaje a Sonora, pasando por Guadalajara, Mazatlán, Guaymas, Nogales y Hermosillo.[22] Finalmente volvió a Nogales, donde cruzó la frontera para emprender un largo viaje en el que tocó gran parte de la Unión Americana, ya que estuvo en San Francisco, Chicago y Nueva York. En su paso por Washington visitó al presidente Wilson, de quien recibió elogios por su juventud.[23] El viaje despertó un comentario interesante por parte de un señor Blas Correa, en el cual se asienta:

> Que el general Obregón no ha sido nunca partidario de un entendimiento entre México y los Estados Unidos, o más bien dicho, no lo había sido hasta ahora, pues por el contrario, su simpatía por Alemania era bien notoria. Pero el general Obregón está disgustado y en desacuerdo con usted (se refiere a Carranza, destinatario en la carta) ha comprendido una grande y triste verdad, que es tal la preponderancia económica y política de los Estados Unidos en el Continente, y de tal modo han sabido éstos poner en juego nuestras divisiones y nuestras pasiones políticas, que, difícilmente podrá un gobierno por constitucional que sea someterse sin el apoyo norteamericano.[24]

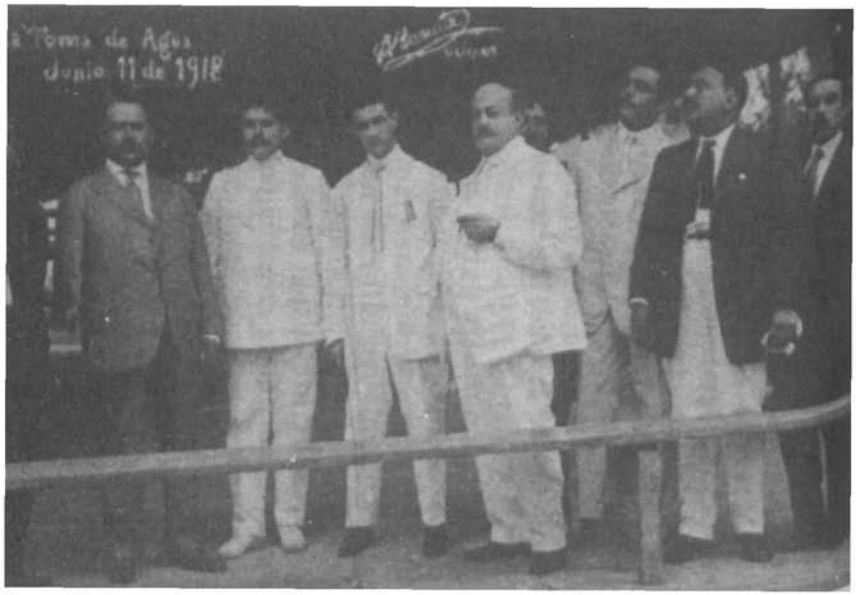
Acaso don Venustiano no necesitaba de informantes oficiosos para darse cuenta de que su virtual rival era Obregón. Este optó por salirse del medio, en espera de que el canibalismo político de la capital no lo llegara a afectar. En México siempre estaban activos los obregonistas, con Hill a la cabeza, muchos de los cuales ocupaban curules en las cámaras y puestos de alto nivel en el mismo ejecutivo. Entretanto, la voz *cincinatis-*

[21] Texto íntegro en *Excélsior*, 2 de mayo 1917.

[22] Del viaje de Obregón se cuenta con información pormenorizada que no vale la pena para detallar aquí, gracias al interés que despertaba su persona. Los miembros del Departamento de Estado norteamericano lo consideraron siempre presidenciable. Al principio les preocupaba su posible germanofilia. Hay reportes de su estancia en Guadalajara, por Fletcher y Silliman; en Mazatlán, por Chapman, y en Nogales, por Lawton. *Vid* NAW, 812.00/20679; 20962; 20941 y 20956; 21030; 21032 y 21092.

[23] Juan Gualberto Amaya, *Carranza. Caudillo constitucionalista*. Segunda etapa, febrero de 1913-mayo de 1920. México, Edición del autor, 1947, 449 pp., pp. 400-402.

[24] Correa a Carranza, 19 de octubre 1917 / AHDN, XI/481.5/100, ff. 2705-2708 (51) México.



"...Después vendió el negocio y se dedicó a reunirse con amigos." Alvaro Obregón y Ramón F. Iturbe en 1918.

mo se aplicaba al triunfador de Celaya. La inteligencia norteamericana seguía los pasos de Obregón con bastante interés. Gracias a los informantes podemos saber que Obregón se dedicaba al cultivo y exportación de garbanzo; que tenía oficinas en Nogales, bajo la dirección de Ignacio P. Gaxiola y que gracias a concesiones del gobierno federal obtenía ganancias formidables, a veces en perjuicio de la competencia, que no contaba con facilidades fiscales.[25] El cincinatismo fue buena medida por parte de Obregón, opina el cónsul de Guaymas, Simpich, ya que los militares tenían entonces de gran desprestigio a causa de los constantes abusos de poder en que incurran. El mismo observador aseguraba que Obregón se había retirado a hacer dinero, aunque había quien opinara que "Alvaro no permanecerá mucho tiempo en el negocio del garbanzo". Su porvenir político no era seguro. Podía dar sorpresas. Se reunía "de tiempo en tiempo" con Calles, Flores, Serrano, Gómez, Monje y Manzo. Algunos pensaban que él y Calles querían establecer en Sonora un gobierno como el de Cantú en Baja California, mientras que otros no creían que Obregón se rebelara contra el gobierno de Carranza.[26]

[25] Simpich a Lansing, Guaymas, 11 enero 1918, NAW, 812.00/21690.

[26] *Ibidem.* Ver también Lawton a Lansing, Nogales, 15 enero 1918, y 14 febrero 1918, NAW, 812.00/21668 y 21749.

Después se dedicó Obregón a declarar que no aceptaría su candidatura para la presidencia de México. Primero fue en agosto de 1918, según un diario de San Antonio,[27] después en noviembre declinó su candidatura, esta vez no a la presidencia sino a la gubernatura del Estado de Sonora.[28] Para fines de 1918, el cónsul Lawton confirmaba que Obregón había obtenido un gran capital con el garbanzo y que había invertido en Sonora y Sinaloa. Después vendió el negocio y se dedicó a reunirse con amigos. Sospechaba Lawton que pronto lanzaría un manifiesto a los sinaloenses donde expresaría sus deseos de concurrir como candidato a la presidencia de la República.[29] En cambio, el periódico repetía noticias en sentido negativo como la aparecida el 30 de enero de 1919, según hecha por el propio Obregón en Los Angeles, California, mientras que el *New York American* afirmaba que sí se presentaría en 1920.[30] Especulaciones menos, en general parecía haber la certeza íntima de todos, de que Obregón sería candidato.

b) *Pablo González*

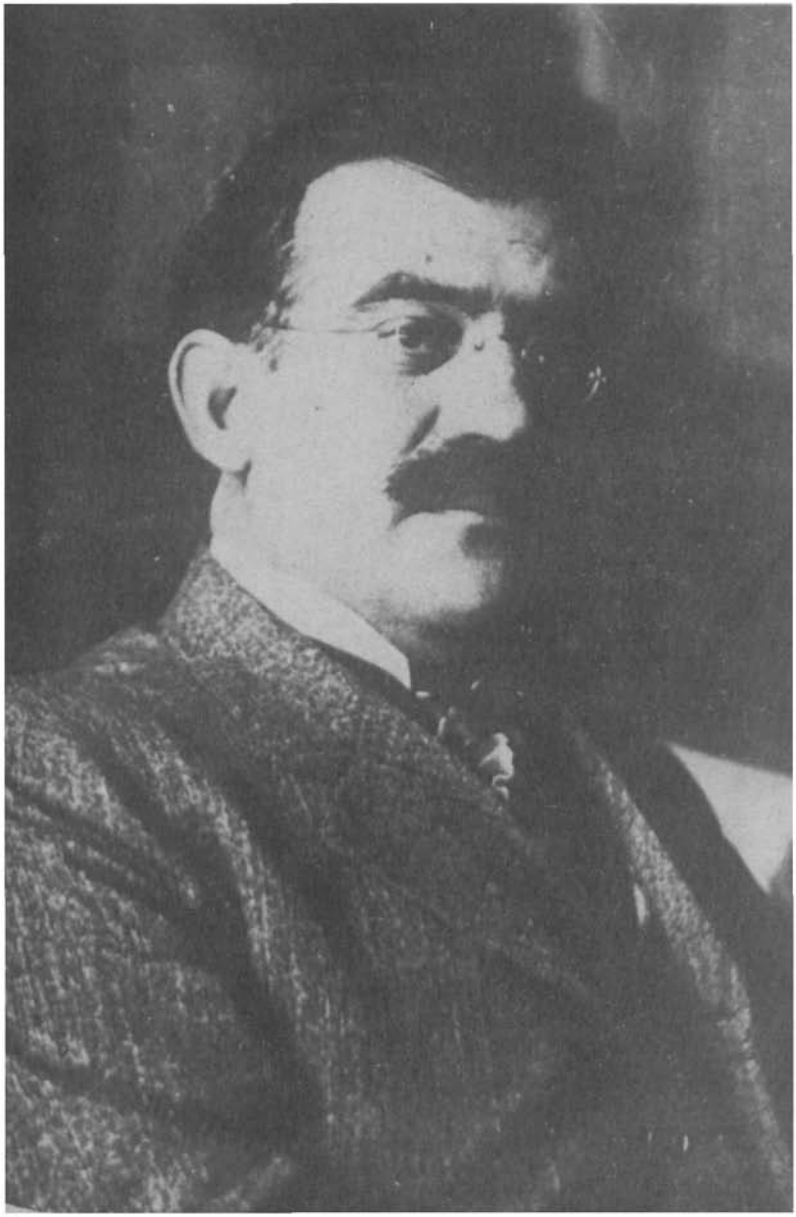
Otro fuerte presidenciable era el general de división Pablo González. Su nombre fue siempre mencionado dentro de los ministeriables y llegó a tener el nombramiento de secretario de Gobernación al iniciarse 1918, mismo que declinó, debido a que quería seguir colaborando como soldado.[31] Por esas mismas fechas, González renunció a seguir perteneciendo a las filas del PLC, en virtud de que éste había observado una política de oposición sistemática al gobierno, con la cual no estaba de acuerdo. El PLC aceptó su renuncia en un texto redactado por el profesor Rafael Ramos Pedrueza, quien se refería a la conducta de Obregón y Hill, que, aunque no estaban enteramente de acuerdo con la opinión de algunos diputados del PLC, continuaban dentro del partido. Por otro lado, se declaraban respetuosos de su decisión.[32] Ya entrado el año de 1918, hubo necesidad de que los generales Federico Montes, Alfredo Rodríguez, Carlos García y Marciano González, todos ellos cercanos y adictos a don Pablo, negaban que fueran a formar un club gonzalista para preparar la nueva campaña presidencial; que en la cámara no se formaría ningún bloque gonzalista.[33]

[27] Hanna a Lansing, San Antonio, 23 agosto 1918, NAW, 812.00/22185.
[28] *Excélsior*, 15 noviembre 1918. Obregón fue electo Presidente Municipal de Huatabampo, Sonora. *Excélsior*, 2 diciembre 1917.
[29] Lawton a Lansing, Nogales, 28 diciembre 1918, NAW, 812.00/22441.
[30] *El Universal*, 29 y 30 enero 1919.
[31] Secretario de Guerra al Secretario de Estado, Washington, enero 1918, NAW, 812.00/21592; *Excélsior*, 8 y 22 enero 1918.
[32] *Excélsior*, 13 enero 1918.
[33] *Excelsior*, 12 septiembre 1918.

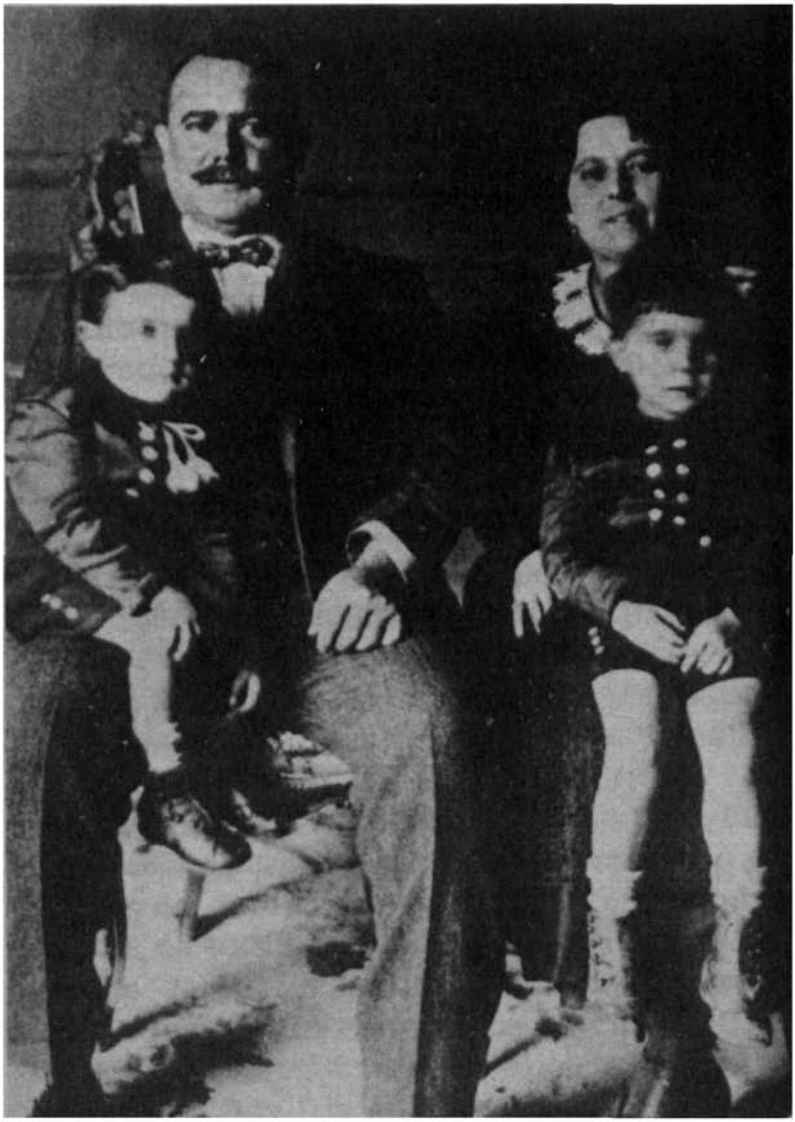
Don Pablo había hecho un estudio sobre salarios mínimos, en torno a las fracciones VI y IX del artículo 123 y leyó un brindis en un banquete cuyo objeto era celebrar el triunfo de los aliados.[54] Con estas actividades se hacía presente como político no solamente dedicado a asuntos militares. Finalmente, estuvo de acuerdo con el manifiesto de Carranza, en el sentido de aplazar la campaña presidencial. Nunca dijo que no se lanzaría a ella, pero fue prudente y no se anticipó. La prensa y los círculos políticos lo consideraban presidenciable. Después de Obregón era el general que contaba con un mayor número de amigos políticos en la capital, lo cual le daba bastante fuerza. Dentro de la administración castrense, González contaba con numerosos adeptos, particularmente en el centro. En 1919 gozaba del prestigio de que, bajo sus órdenes, Guajardo había acabado con uno de los rebeldes más señalados, Zapata. Finalmente, el 18 de junio de 1919 se terminó de imprimir un folleto largo, escrito por la inefable feminista Hermila Galindo, titulado *Un presidenciable. El general Pablo González*.[55] En él se hace una biografía-panegírico del general González y se insiste en la importancia de la transmisión pacífica del poder. El libro aprovecha para celebrar a Carranza. Con respecto a la ideología, se refiere a un "radicalismo sensato" de González en materia agraria, política e internacional: "Constituye una garantía para los legítimos intereses del terrateniente, del capitalista, del extranjero laborioso... Don Pablo no establecerá una autocracia exclusivista, bajo la apariencia de gobierno radical; don Pablo gobernará con la Mayoría Nacional..."[56]

Con este ambiente se llegaba a la mitad de 1919. Hasta el 31 de mayo el manifiesto de Carranza había surtido efecto y la campaña se había aplazado mas no las expectativas.

[54] *Excélsior*, 16 y 25 noviembre 1918.
[55] México, (Imprenta Nacional), 1919, 144 pp.
[56] *Ibidem*, p. 140



"Otro fuerte presidenciable era el general de división Pablo González."



II. LOS CANDIDATOS SE DESTAPAN

1

OBREGON DESPLIEGA SUS BATERIAS

El primero de junio, y desde la lejana ciudad fronteriza de Nogales, el general Alvaro Obregón se permitió romper la tregua electoral solicitada a principios de 1919 por el presidente Carranza. Para que la nación se enterara acerca de cuáles eran sus pretensiones y cómo caracterizaba el panorama político, dio a conocer un manifiesto de larga extensión y abundante en consideraciones.[1]

A través de ese manifiesto Obregón volvía a la escena política nacional, de la cual se había apartado —ya que decir retirado es exagerar— desde mayo de 1917. Y lo hizo en Sonora, en su tierra, donde la seguridad que tenía era casi absoluta. Una glosa del documento es imprescindible.

Señala en dicho manifiesto que él quiso ser de los primeros en beneficiarse, como ciudadano, del nuevo orden constitucional, por lo cual renunció a "los arreos de soldado" y se dedicó a vivir dentro "del más legítimo bienestar". Sin embargo, la situación por la que atravesaba el país al acercarse una nueva definición presidencial lo obligaba a "abrir un paréntesis de zozobra, responsabilidades y peligros, para no romper los vínculos —dice— que al deber me unen".

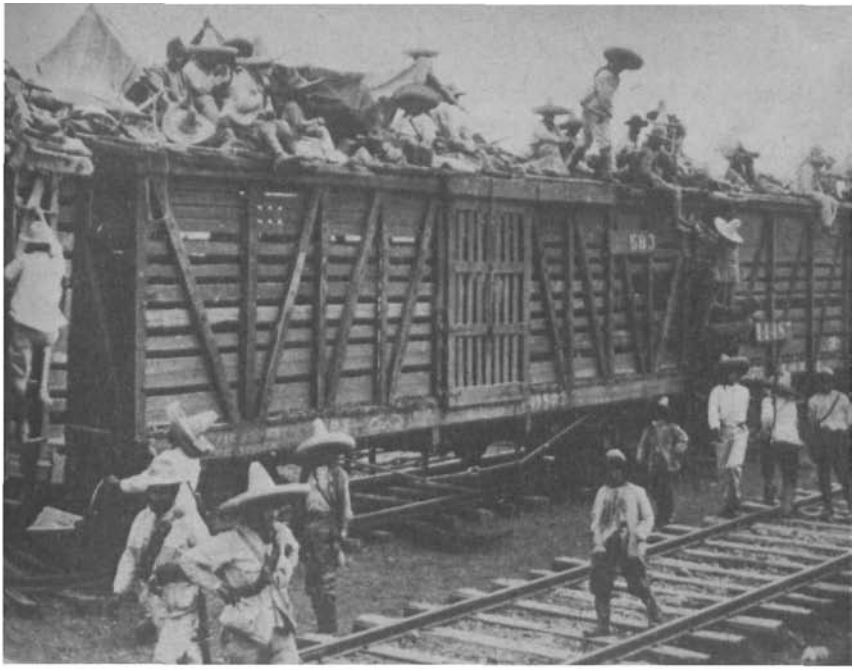
[1] El original de este manifiesto es bastante raro, pero de él se han hecho muchas reproducciones fieles. Un ejemplar del folleto se recoge en NAW, 812.00/22814. La prensa diaria de los primeros días de junio de 1919 lo dio a conocer fragmentariamente. Para apoyo de mi texto he utilizado las versiones aparecidas en *La caída de Carranza*, pról. de José Vasconcelos, México, s/e, 1920, 248 pp. 3-26 y *Campaña política*... I, pp. 40-59. Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución mexicana*, México, Ediciones Botas, 1946, 397 pp., se refiere a él como "Manifiesto de la Resaca".

Se cuida muy bien en señalar que se encuentra "favorecido por la más absoluta independencia, sin ligas ni compromisos de ninguna clase". Esta aclaración resulta muy pertinente debido a que confirma su independencia precisamente de Carranza. Si bien esto era hasta cierto punto obvio desde el momento de su salida del gabinete, resultaba necesario en el manifiesto. Con ello, Carranza se veía precisado a buscar un sucesor dependiente que tendría que enfrentarse a Obregón, tarea poco rentable.

Después de su declaración de independencia, Obregón procede a analizar la situación política nacional y "las causas que originan el malestar que se deja sentir cada día más y el que toca casi los linderos de la angustia". Para hacerlo, adopta un sencillo método de preguntas y respuestas.

En la historia de México, piensa Obregón, sólo ha habido dos partidos: el liberal y el conservador. Al primero pertenecen "todas las clases trabajadoras", mientras que al segundo "los grandes acaudalados, el alto clero y los extranjeros privilegiados". Bajo el rubro de "todas las clases trabajadoras" que, además forman "una verdadera mayoría de la familia mexicana", se encuentran los jornaleros al lado de agricultores y ganaderos, obreros junto con industriales en pequeño y al lado de todos ellos, los profesionales. Estos, todos éstos, son los oprimidos. Los opresores eran entonces una especie en vías de la extinción, como su partido, ya que el alto clero no disfrutaba en 1919 de sus mejores momentos los grandes acaudalados se habían llevado sus fortunas, al exilio para resguardarlas de una violencia que las traía entre ojos. Por su parte, los extranjeros luchaban, con buenas armas, eso sí, para que Carranza no disminuyera sus privilegios. Sin embargo había posibilidad de insurrección.

Si bien por el momento sólo existía el partido liberal, aunque fragmentado en multitud de banderías, casi tantas como caudillejos existían, el partido conservador aguardaba una pronta conversión que de hecho se estaba dando. Un rudimento dialéctico, del cual no era consciente Obregón, le permitía avisorar que el conservadurismo se veía reforzado por caudillos del partido liberal que, agrega, siempre fracasa en las contiendas políticas que siguen a las victorias armadas, en las que siempre triunfa, por cierto, porque la lucha se desarrolla en su seno. Y aquí es donde se pierde la lucha por los principios y muchos caudillos, especialmente los de alto relieve, al apartarse de ese camino siguen el que conduce "a la opulencia y al poder, aprovechándose del prestigio conquistado con el esfuerzo colectivo para improvisar fortunas y cometer desmanes". Esos caudillos son los que se convierten en "vehículos de la reacción y permiten que sobre su desprestigio cabalgue cómodamente el partido conservador hasta invadir todos los poderes de la Nación."



"Piensa el caudillo que el porvenir histórico de la Revolución Constitucional y de su primer jefe sería fatal..."

La situación por la que atravesaba el partido liberal era desastrosa en opinión de Obregón, tanto por las múltiples divisiones operadas en su seno como porque muchos revolucionarios, civiles y militares, dedicaron "todas sus actividades a improvisar fortunas, alquilando plumas que los absuelvan falsamente en nombre de la opinión pública". Y si la situación actual del partido era desastrosa, sería insostenible si el partido conservador llevara al poder a uno de los caudillos anteriormente caracterizados. Ello propiciaría que los "jefes militares que no han violado los fueros del honor y que han resistido las tentaciones del oro de fácil adquisición" se vieran en la disyuntiva de volverse escépticos y ausentarse de la vida pública, "retirándose a sus casas donde una muerte misteriosa podría sorprenderlos", o encabezar nuevamente una guerra civil. Si un neoconservador, como llama Obregón a los antiguos revolucionarios, llega al poder, el papel del ejército sería el de verdugo de la opinión pública.

Piensa el caudillo que el porvenir histórico de la revolución constitucionalista y de su primer jefe sería fatal "si el partido conservador lograra, con la complicidad de los jefes... señalados, controlar el poder supre-

mo de la Nación y destruir la obra revolucionaria en su naciente legislación". Y enriquece su idea señalando algo que provocó un evidente disgusto en don Venustiano. Comenta Obregón que es creencia generalizada que Carranza toleró desmanes por parte de algunos jefes militares porque su objetivo principal era derrocar a Huerta, primero y, más tarde, aniquilar a Villa. Y una vez establecido el orden constitucional, con él en la mano procedería a ejecutar los actos de corrección necesarios. Como ello no ha tenido lugar, acaso por la difícil situación de los dos primeros años de vida constitucional, esos hombres estaban impunes y sería factible que el partido conservador los manejara en su provecho. En fin, existía un temor fundado de que todos esos intereses constituyeran una barrera para la efectividad del sufragio.

Y en este punto llega Obregón al momento de establecer siete conclusiones, en las cuales se presenta como el elemento capaz de salvar a la Revolución del naufragio. Las conclusiones a las que llega después de varias páginas de análisis son: temor de que la libertad de sufragio se vea entorpecida por la barrera de intereses materiales acumulada por los caudillos; que el triunfo conservador, basado en el fracaso liberal, acabe con las incipientes reformas de la Revolución y esa mayoría que no se ha llevado a la práctica jamás se aplique; hay ansiedad porque se considera la paz en peligro; la dignidad nacional quedaría a merced de las ambiciones extranjeras al acabar con el partido liberal; el único obstáculo para la implantación de los principios avanzados de la Revolución son los intereses materiales creados por ella misma; los fueros de ciudadanos se encontraban en peligro y la personalidad histórica del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista estaba en peligro "si su obra... resulta infecunda... por no permitirle al país librarse de sus libertadores."

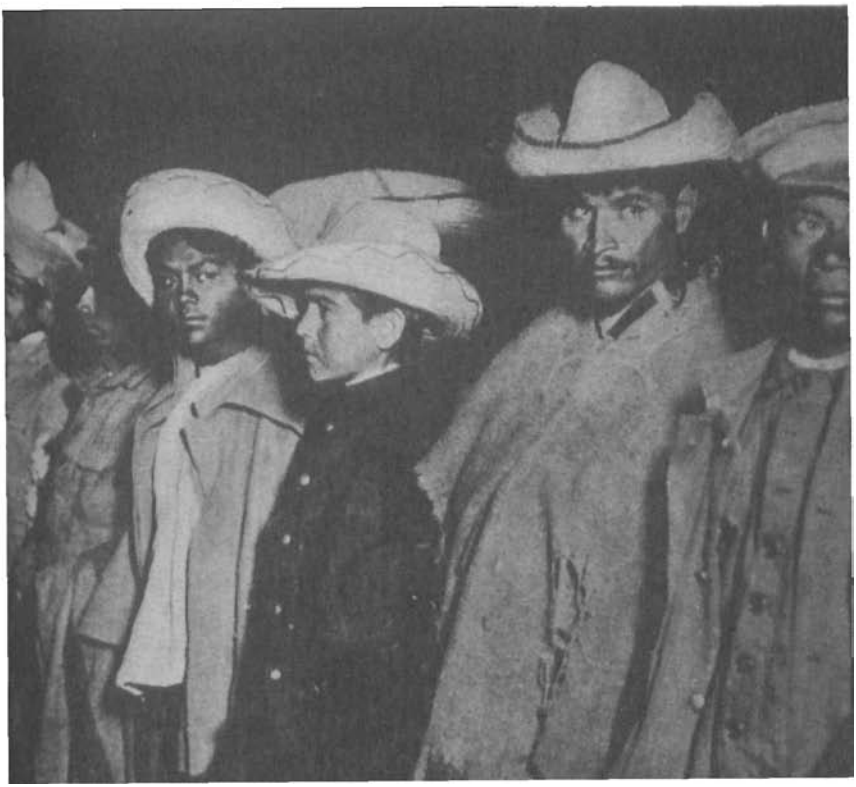
En su largo análisis de la situación política, Obregón señala una continuidad histórica que arranca con Madero y prosigue con el Primer Jefe. Ante el peligro que estaba viviéndose, él, Obregón, era quien debería continuar la obra revolucionaria. La parte siguiente del manifiesto está encaminada a ubicar a su persona en la contienda política.

Antes de ello se permite señalar los medios para conjurar el peligro y poner al partido liberal en condiciones de obtener una victoria definitiva. En primer término, dar a los conservadores una oportunidad para figurar en la contienda, pero sin disfraces, abiertamente como lo que era y no "con programa rentado por algún neoconservador". Asimismo, Obregón consideraba importante que cada miembro de la liberalidad actúe bajo su propia iniciativa, sin sujetarse a los compromisos políticos de sus dirigentes; organizar a la ciudadanía para que todos emitieran

sus votos sin necesidad de incorporarse a ninguno de los grupos existentes para no caer bajo la esfera de elementos oficiales. La ciudadanía debería ser completamente independiente. Ello garantizaría la libertad de sufragio y rescataría al país del neoconservadurismo.

Por lo anterior, Obregón se lanza a la contienda sin estar sujeto a ninguna de las organizaciones que previamente le habían ofrecido su apoyo. Una de las razones que esgrime para ello es que ningún grupo debe ser considerado realmente como partido, sino apenas como una fracción del partido liberal; si deja en manos de una de ellas la dirección política de sus actos electorales, provocaría divisiones. El triunfo de un grupo, añade, no le daría la fuerza moral necesaria para resolver los problemas nacionales que ha esbozado en la primera parte del manifiesto. Por último, Obregón piensa que en los grupos organizados existen infiltrados muchos elementos oficiales que menoscabarían su triunfo. Esas consideraciones lo llevan a la oposición; sin embargo, él mismo advierte que no permitió recibir apoyo de los oposicionistas, por no querer incurrir en

"...Organizar a la ciudadanía para que todos emitieran sus votos..."



los cargos que les señala a los neoconservadores; porque a pesar de que en la oposición militan personas sinceras y "revolucionarios de buena cepa", predominan los infidentes. Con todo ello, Obregón se permite decir:

> Soy candidato a la Presidencia de la República en la próxima campaña electoral. No tengo compromisos de ninguna índole ni dentro ni afuera del país.

Obregón debía pasar a ofrecer un programa de gobierno, para aplicarlo en el caso del triunfo, según las reglas y costumbres. El prefiere abstenerse de hacerlo, porque los programas resultan "prosa rimada", pero no abandona al lector del manifiesto sin proponerle algunas consideraciones sobre los problemas capitales, que, según su entender, son dos: el de índole moral y el de índole política. Y sin más, pasa a dar su respuesta para el primero:

> El problema moral podrá resolverse siempre que el sucesor del actual Primer Mandatario esté capacitado para iniciar una campaña enérgica de depuración, empezando por los miembros del ejército que han abandonado el camino del honor y llevándola a todos los demás ramos de la administración, con todos aquellos funcionarios que han creído que la Revolución llevó como finalidad única la de enriquecer a los que se incorporaron a ella. Esta obra resulta indispensable después de un movimiento revolucionario, en el que, muchas veces, necesidades del momento obligan a utilizar hombres poco experimentados, y consideraciones por servicios prestados en campaña exigen algunas tolerancias con jefes militares y otro género de seguidores.

Y agrega un párrafo contra la burocracia carrancista:

> Para que sea factible la labor de depuración se necesita, además, que el sucesor del actual Presidente llegue al poder sin compromisos de ninguna clase, para que así pueda tener un campo mucho más amplio donde elegir los necesarios para el buen servicio, sin estar obligado a escogerlos entre un grupo reducido.

Por lo que toca al problema político éste depende, en general, de la efectividad del sufragio, porque ello quería decir que los puestos de representatividad política serían ocupados por personas electas libremente, sin compromisos de camarilla, pero Obregón se percataba que no era fácil que se desarrollaran unas elecciones realmente libres. Había impe-

dimentos, uno de los cuales era "nuestra tradicional indiferencia para ejercitar nuestros derechos en las luchas políticas". Por otra parte, los ya muchas veces mencionados, al grado de la obsesión, intereses creados a partir de la lucha revolucionaria, porque esos intereses se ocupaban de buscar autoridades vinculadas con ellos para así subordinar lo colectivo a lo particular. Por último, existía otro impedimento, al parecer mayor. Dice Obregón.

> El error tradicional en que ha venido incurriendo la mayoría de nuestros mandatarios al creer con más o menos sinceridad que sirve fielmente a la nación procurando crear un sucesor a quien entregarle el poder, porque es el único capacitado para concluir su obra que ellos no pudieron terminar por la limitación de su periodo. ¡Como si la obra de un gobernante pudiera considerarse terminada alguna vez!

Este último párrafo fue con especial dedicatoria a don Venustiano, quien al leerlo acabó por comprender por qué Obregón no quiso ser el recipiendario directo del poder, por vía de sucesión de arriba hacia abajo.

Si se resuelve ese problema capital, los demás estarían en vías de encontrar solución. Claro está que no se trataría de enfrentarlo aumentado a los impuestos, sino reduciendo el presupuesto, agrega Obregón, aunque admite que al no haber una pacificación generalizada en el país, esto era difícil.

Trata también el problema internacional. De entrada repite los principios tradicionalmente básicos de la política externa mexicana, en lo referente a la defensa de la soberanía y el respeto a los demás. Agrega una cuestión de importancia referente a dar "toda clase de facilidades al capital que quiera invertir" en México, para así fomentar su crecimiento y "buscando siempre la forma más práctica y equitativa para conciliar las ventajas que puedan obtener el capital, los braceros y el Erario".

Un llamamiento al Ejército constituye uno de los puntos finales del manifiesto. No cambia, en rigor, el mensaje. Se trata de insistir en pedir su colaboración a aquellos que no hayan cedido a las tentaciones por el "oro ajeno"; a las autoridades militares que se adhieran al manifiesto les pedía no usar su investidura como medio de presión en favor de su candidatura.

A las agrupaciones políticas que le habían brindado su apoyo, les pide que lo refrenden sólo en caso de estar de acuerdo con el manifiesto. Fi-

"Este último párrafo fue con especial dedicatoria a Don Venustiano..."

nalmente, se despide del lector solicitándole abandonar la indiferencia. No pide apoyos incondicionales, sino acción política efectiva, sin importar cuál tendencia se defendiera. Señala que era lo suficientemente liberal para no pensar que todos debían seguir el mismo camino.

Esa es, en suma, la larga carta de presentación obregonista. En ella está un buen número de razones por las cuales decidió lanzarse a la lucha. El meollo es político, y dentro de él, el asunto central es mostrar la tolerancia carrancista con los revolucionarios que engrosaban las filas de los llamados, por Obregón, neoconservadores. Ahí estaba el punto. Desde el primero de junio de 1919, públicamente Obregón era un opositor de la política carrancista. Con ese ropaje presentaba su candidatura a la presidencia de la República.

2

LAS REACCIONES DESENCADENADAS

No se hicieron esperar las reacciones motivadas por la publicación del manifiesto obregonista. Si bien era algo que se esperaba, ya que es creíble que ningún mexicano pensaba que Obregón pasaría el resto de su vida cultivando garbanzos, resulta de interés examinar las que han sido manifestaciones susceptibles de ser calificadas de trascendentes, aunque ninguna, por ser política, pueda estar exenta de oportunismo.

a) *Martín Luis Guzmán*

Periodista dueño desde entonces de una prosa magistral, Martín Luis Guzmán, ateneísta incorporado al periódico dirigido por don Modesto C. Rolland y financiado por el general Salvador Alvarado, publicó una serie de artículos dedicados al asunto de la carencia de partidos políticos en México debido a la abundancia de caciques y caudillos que hacían del personalismo la única bandera posible.[2]

Para comenzar se muestra escéptico. Así como se anunció un manifiesto de Obregón, opina que no tardaría en hacerse público otro de González. No para hacer frases lapidarias como la de afirmar que "el padre más probable de cualquier candidatura presidencial es el mismo que ha de aceptarla"[3] (con lo cual comete un error; prescinde de los padrinos). Sin embargo, estaba en lo cierto. Obregón era el padre de su candidatura. Y agrega:

> El pueblo de México no tiene ideas políticas definidas, ideas traducibles en palabras y generadoras de una voluntad; sólo siente su derecho a mejor vida, su derecho a salvarse, y, animado de ese sentimiento, busca un salvador, un redentor, un hombre al cual llega por el entusiasmo, por la fe, y no por un compromiso entre electores y elegidos.[4]

[2] Martín Luis Guzmán, *A orillas del Hudson. La querella de México y otras páginas*, México, Empresas Editoriales, 1958, p. 206. Indudablemente la visión más lúcida del proceso preelectoral se debe a Guzmán, a quien sigo.

[3] *Ibidem*, p. 210.

[4] *Ibidem*,

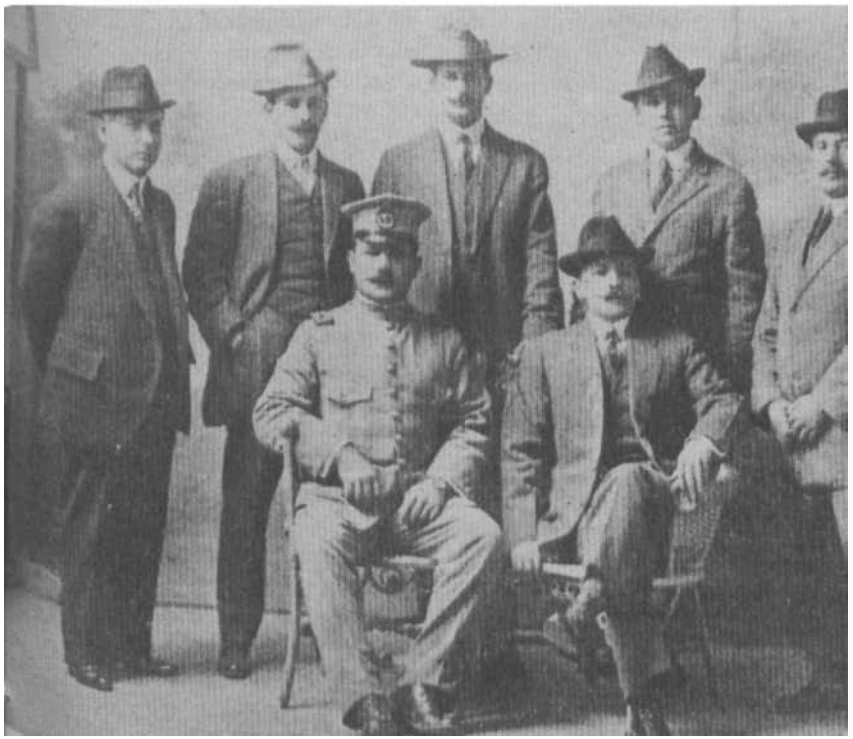
Es por ello que el programa de gobierno dependa del candidato y no de los electores. En esa medida resulta que no todos los obregonistas son revolucionarios —o "liberales" como dice el manifiesto— ni todos los liberales sean obregonistas. Por lo demás, Martín Luis se muestra elogioso frente a ideas de Obregón, particularmente la de aceptar que un auténtico conservador se presentara en el ruedo electoral, sin embozo, abiertamente. Lo que repudia el escritor es el personalismo; quiere partidismo, quiere que el olmo mexicano produzca peras cuando no han cambiado ni las semillas ni el abono.

b) *Palavicini y compañía*

Los días 9 y 10 de junio el periódico civilista animado por don Félix F. Palavicini, se ocupó en comentar el manifiesto de Obregón.[5] No lo reci-

[5] *El Universal*, 9 y 10 junio 1919.

"...Martín Luis Guzmán... publicó una serie de artículos dedicados al asunto de la carencia de partidos políticos en México..."



bió —como era de esperarse— con bombo y platillo, ya que por principio un candidato militar y, por añadidura, opuesto a Carranza, no era visto con buenos ojos. Sin embargo le agradece su moderación. Se felicita *El Universal* de ya no encontrar al jacobino de 1917 que apoyaba a los enemigos personales e ideológicos de Palavicini en el Congreso Constituyente. Aprovecha el llamado de Obregón a los diversos grupos de trabajadores y pequeños industriales. Alaba, en suma, el liberalismo obregonista al que supone ya alejado del jacobinismo de que hacen gala los elementos del Partido Liberal Constitucionalista en la Cámara de Diputados, particularmente los más radicales como el jalisciense Basilio Vadillo y el queretano José Siurob, los más radicales sostenedores del proyecto que por entonces se discutía de ley reglamentaria del artículo 123, donde el acento se cargaba en favor de los trabajadores y no, como era de esperarse, en beneficio del equilibrio de los factores de la producción. El tono de los editoriales es de felicitar a Obregón por todo lo que tiene de liberal, aunque aprovecha para señalar vaguedades y, más que nada, para desacreditar al PLC, órgano político de los obregonistas. Al decir Obregón en el manifiesto que no se hacía apoyar por un partido en particular, *El Universal* lleva la afirmación al extremo de interpretarla casi como un desconocimiento tácito de Obregón hacia el partido. Aun cuando esto no era real, sí contribuyó a desorientar lectores y perjudicar al PLC, que desde luego estaba activo y vigilante de los trabajos en favor de su elemento aglutinante.[6]

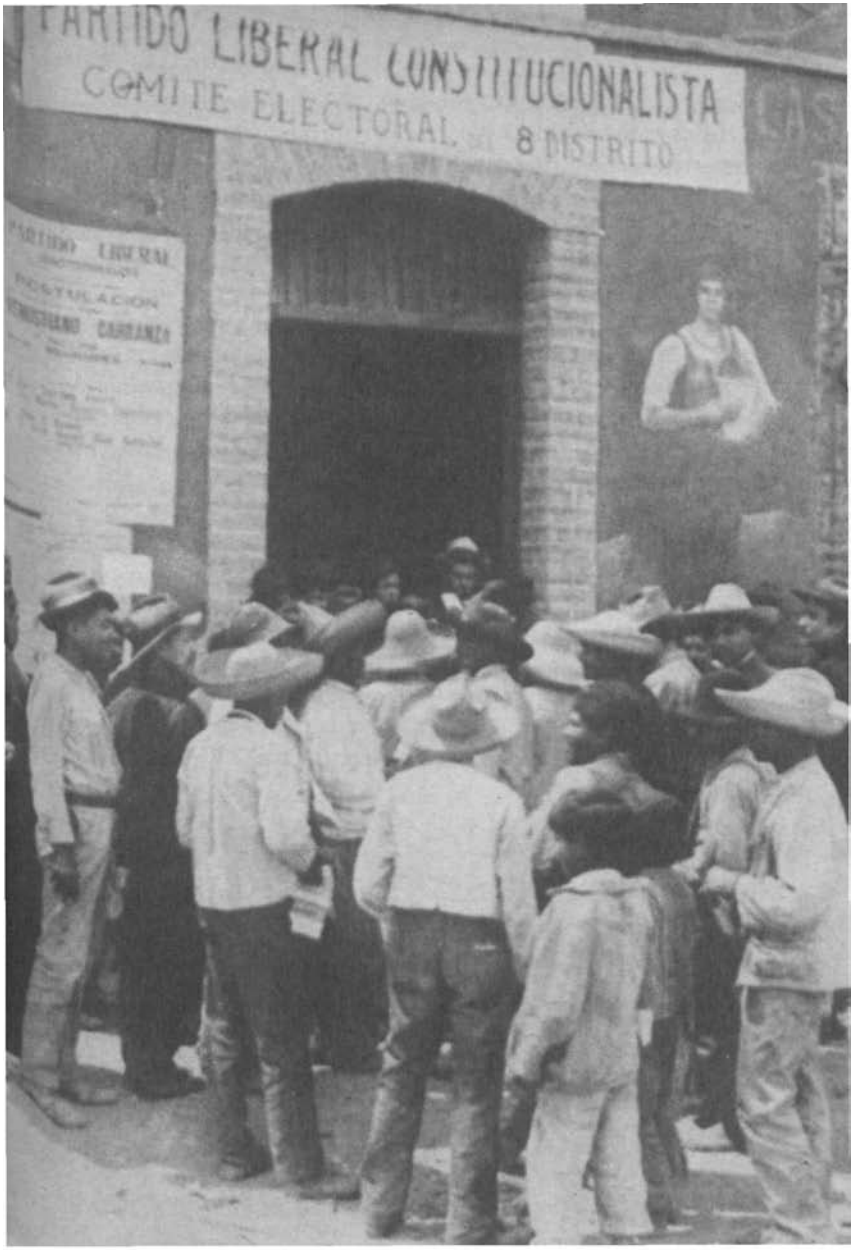
c) *Luis Cabrera desempolva al licenciado Blas Urrea*

El secretario de Hacienda del régimen volvió a utilizar el famoso seudónimo de Lic. Blas Urrea para responder a las preguntas que lanzara el nuevo periódico, *El Heraldo de México*, a los políticos con respecto a la posible reorganización del Partido Liberal.

La opinión de Cabrera resulta sumamente valiosa porque de manera implícita trae un comentario acerca de la actitud de Obregón sobre algunos puntos dados a conocer en el manifiesto y, de paso, lleva una buena cantidad de agua al molino carrancista, cumpliendo así su misión —posteriormente histórica— de ser el ideólogo de la causa de don Venustiano.

Para Luis Cabrera el Partido Liberal no existía. Entendía por tal al de los Juárez y los Lerdo; y si existiera sería un partido decrépito. Pasando

[6] *El Universal*, 12 junio 1919.



"...Alaba, en suma, el liberalismo obregonista al que supone ya alejado del jacobinismo de que hacen gala los elementos del Partido Liberal Constitucionalista..."

a un punto de mayor interés, señala don Luis que en toda sociedad existen partidos conservadores y partidos reformadores, señalando las evidentes características que deben guardar. Agrega que en el caso mexicano, los conservadores serían, dadas las recientes circunstancias, aquellos que preconizaran una vuelta al regimiento de la Constitución de 1857, en el supuesto de que esa Carta hubiera estado realmente en vigor. Cabrera así hace profesión de fe constitucionalista-carrancista en favor de la Carta de 1917. En virtud de ello, quienes realmente se oponían por entonces a la nueva Constitución eran quienes seguían a Félix Díaz o a Felipe Angeles, o bien aquellos que intrigaban desde el extranjero —Cuba o los Estados Unidos— o algunos oportunistas que pretendían acercarse a los nuevos caudillos. De hecho, y por tal razón, para Cabrera no había conservadores.

Explica que si bien en los momentos de lucha armada, de peligro, etc., se tiende a la unión; al sobrevenir el triunfo la división es natural. De esta manera existe una división, conservadores y renovadores, y

"...Quienes realmente se oponían por entonces a la nueva constitución eran quienes seguían a Félix Díaz o a Felipe Angeles..." El general Felipe Angeles sentado al centro.

dentro de este grupo, por el momento el único vigente en México, había subdivisiones.

La subdivisión de los revolucionarios triunfadores debería ser ideológica con respecto a los que consideraba los tres grandes problemas nacionales: el de la pacificación, el económico y el internacional. Es con respecto al problema militar con el cual se permite aludir y disentir de Obregón. No se trata solamente de purificación o moralización del Ejército sino de reclutamiento, organización y funcionamiento. La recluta debe servir para educar y democratizar a sus elementos. El ejército debe ser "un organismo administrativo al servicio de las autoridades civiles, y principalmente una garantía de las instituciones democráticas".

"El problema económico es indudablemente el más complejo de los problemas actuales", principia Cabrera y añade que Obregón sólo alude a él como problema fiscal. Expresa que las opiniones acerca de cómo debe emprenderse la reconstrucción de México se polarizan en dos sectores: quienes señalan que las bases de la reconstrucción deben ser la igualdad entre las clases sociales, la mayor distribución de la propiedad territorial, la mayor equidad entre el trabajo y el capital y que las riquezas naturales deben ser controladas incluso por el Estado, procurando que no pasen a manos extranjeras y, finalmente, que el concurso de los capitales foráneos debe ser sobre bases de estricta igualdad con los mexicanos. La otra opinión es aquella que tiende a señalar que "lo que en México sobran son tierras y brazos y que lo que falta son capitales y hombres de empresa". El corolario de esto es afirmar que es necesario dar garantía a los capitales ya invertidos y procurar la inmigración de nuevos.

El problema internacional tiende a confundirse con el económico dada la presencia de intereses foráneos en la riqueza natural y los negocios mexicanos. La igualdad jurídica entre las naciones debe ser garantía para defender a las más débiles. Para fortalecer la soberanía de países como México el recurso sería fomentar los lazos con países similares en origen como los de América Latina y España. La actitud contrapuesta es la que debe tomar en cuenta la vecindad con los Estados Unidos, país al que se le debe tratar con cautela. El corolario de Cabrera a su hilo de razonamientos merece la transcripción textual.

> El Partido Reformador se tendrá que subdividir, pues, en dos grandes sub-partidos, conforme a las líneas trazadas antes.
>
> Los nombres que adoptaría cada una de esas dos ramas es lo de menos, y tendrían que derivar de su respectiva manera de ver el problema en cuestión. Al tratar de la cuestión militar, el Partido Reformador se

dividiría en *civilistas y militaristas*; tratándose de la cuestión económica el país se dividiría en *socialistas* y *capitalistas*; sobre la cuestión internacional, el país se dividiría en *nacionalistas* e *internacionalistas*.

En realidad, los civilistas, los socialistas y los nacionalistas serían un solo grupo que podría llamarse "demócrata"; mientras que los militaristas, los capitalistas y los internacionalistas formarían un solo grupo que podría llamarse "imperialista".

Tal es, en mi concepto —finaliza Cabrera—, la subdivisión que habrá de efectuarse en el seno del que yo llamo Partido Reformador.

Indudablemente que si el México de 1919 estuviera formado por ciudadanos que diario leyeran en los periódicos razonamientos como el expuesto, don Luis Cabrera hubiera tenido toda la razón. Tal vez en un acto de conciencia acerca de la realidad y no de lo que debería suceder, Cabrera le enmienda las preguntas al *Heraldo* y lanza otras acerca de lo que podría suceder en el futuro inmediato. También se transcriben:

¿Qué debería hacerse en caso de que, para junio de 1920, la situación del país fuera tal que no pudieran verificarse verdaderas elecciones en la mayor parte de la República? ¿Qué debería hacerse para evitar los peligros de que resultaran dos candidatos presidenciales "ambos triunfantes", como está ocurriendo con frecuencia al tratarse de toda clase de elecciones municipales y de Gobernadores?

¿En quiénes estaba pensando Luis Cabrera? Esa pregunta, para la cual todos los que sí leían los diarios tenían respuesta, le allanaba el camino a la presidencia a un candidato oriundo del carrancismo. Si había precisamente un nacionalista, socialista y civilista, esto es, "demócrata" en el grupo gubernativo, ése era el autor de las líneas que se han venido reproduciendo y comentando. No otro. Sin embargo, Cabrera podía prestarle su doctrina a quien señalara el alto mando.

3

EL GENERAL GONZALEZ ROMPE EL SILENCIO

a) *El contramanifiesto gonzalino*

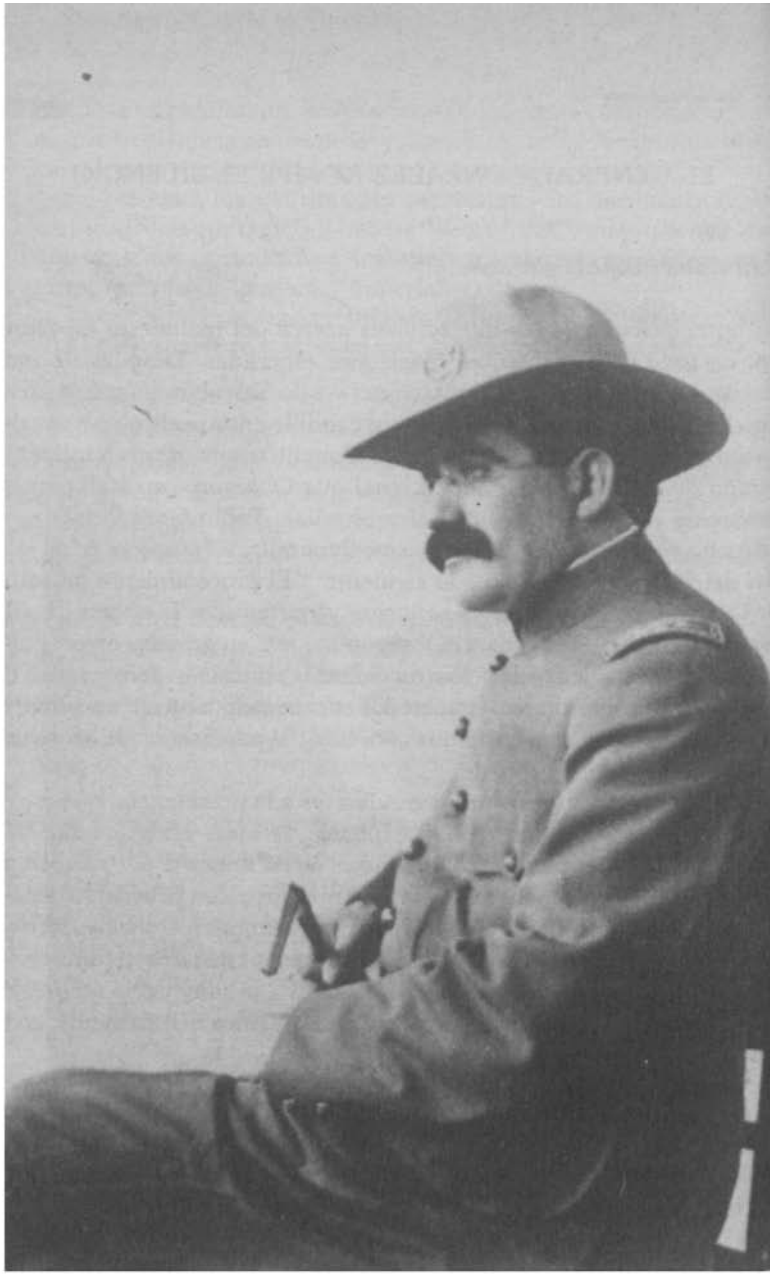
Las apreciaciones de los intelectuales acerca del manifiesto de Obregón, en todo caso, contenían reacciones esperadas. Después de todo estaban conscientes de sus limitaciones y sólo buscaban llamar la atención de los lectores acerca de cómo un caudillo entorpecía el camino del pueblo mexicano hacia la democracia. Por ello resulta de gran interés la opinión de otro aspirante que al igual que Obregón, ostentaba en los hombros y el kepí, un águila y tres estrellas: Pablo González.

A ocho columnas y con una enorme fotografía, *El Universal* en su edición del 23 de junio, publicó lo siguiente: "El procedimiento personal para postularse presidente es peligroso y retrógrado. El general Pablo González juzga que el general Obregón incurre en grandes errores históricos y políticos y tiende a obstruccionar la educación democrática de México".[1] Después de ese prometedor encabezado, se hace un sumario del contenido de la entrevista que concedió "el pacificador de Morelos" a *El Universal*.

Para don Pablo, los presuntos candidatos a la presidencia, que eso es lo que él se consideraba, debían exponer sus ideas abiertamente. No quería considerarse candidato "mientras no recibiera la postulación de elementos de importancia nacional organizados y con programa definido", lo cual estaba en marcha. El redactor preguntó a González su opinión sobre el manifiesto de Obregón, y las respuestas deben tomarse ya como una contienda abierta entre aspirantes a la silla. Cabe solamente reparar en la pregunta del reportero, que la clasifica debidamente, en el siguiente ordenamiento:

> Primero: procedimiento del señor General Obregón para lanzar su candidatura. Segundo: clasificación política de los elementos nacionales que hace el propio candidato, y tercero: peligro de una nueva y más terrible revolución, después de las elecciones presidenciales.

[1] *El Universal*, 23 junio 1919.



"...Resulta de gran interés la opinión de otro aspirante que, al igual que Obregón, ostentaba en los hombros y el kepí, un águila y tres estrellas: Pablo González."

Con estos puntos, don Pablo se enfrentó a un material atractivo para poner más ladrillos a su pedestal. Vale la pena entresacar juicios:

> ...debe lamentarse todo lo que tiende a extraviar el criterio público, fomentar odios y mantener en zozobra a la Nación... sobre no aportar una idea precisa y eficaz para la resolución de los grandes problemas nacionales, incurre en graves errores históricos y políticos, tiende a obstruccionar de modo formidable nuestra incipiente educación democrática y levanta ante el país, ávido de tranquilidad y de trabajo fecundo, el pavoroso fantasma de una futura revolución...

Más adelante pasa a comentar el procedimiento de la autopostulación. Principia por comentar que ello tiene el mérito de revelar independencia de carácter, sinceridad, sencillez de espíritu, pero en lugar de disciplinarse a un programa —la "prosa rimada" del sonorense— obliga a sus partidarios a convertirse en incondicionales. El párrafo complementario es bastante fuerte:

> En nuestro país, que por tantos años ha sufrido la maldición del caudillaje y por el caudillaje ha visto retardado su progreso cívico, y en esta época en que llevamos ocho años de revolución para sacudirnos el yugo de múltiples caudillos, desde Porfirio Díaz y Huerta hasta Villa, Zapata y otros menores, resulta completamente retrógrado y peligroso el procedimiento "personal" de que vengo hablando para iniciar una campaña electoral.

Otro punto de interés en el comentario de González a Obregón es el relativo a la clasificación de tendencias políticas y las correspondencias entre ellas y los grupos sociales. González manifiesta su desacuerdo y señala que puede haber conservadores entre las clases de obreros, jornaleros y agricultores, a causa de su ignorancia, mientras que puede haber liberales, con motivo de su ilustración y cultura, entre los terratenientes capitalistas y los grandes industriales.

Con respecto al serio problema que entrañaría el que uno o varios de los candidatos perdedores se lanzara a la conquista del poder por las armas, lo más importante que comenta González es que dirigirá una serie de proposiciones concretas a Obregón, las cuales daría a conocer en breve a la opinión pública. Por lo pronto ésa y otras opiniones quedaban ahí vertidas, para que los futuros electores alimentaran sus arsenales de datos favorables y contrarios sobre los más prominentes aspirantes a suceder a Venustiano Carranza.

Buen efecto, por lo pronto, causaron las declaraciones de don Pablo. *El Universal* interrogó a algunos personajes, quienes tuvieron conceptos elogiosos para el divisionario. El editorialista del diario se muestra de plácemes sobre todo por las notas antiobregonistas[8]. No obstante, el comentario más inteligente provino de *El Heraldo de México*, en artículos de Martín Luis Guzmán.[9]

La inteligencia del comentarista queda nuevamente de relieve cuando después de señalar que aparentemente todo parece favorecer al general González, éste obstruye también la "educación democrática", y "aún con mayor gravedad, ya que el general Obregón, si torpe y destructivo, es sincero en su tesis personalista, mientras que el general González, tan personalista como aquél, finge aspiraciones democráticas y corrompe nuestro débil civismo". Y, enmedio de todo esto, Martín Luis propone como única y posible solución:

> la unión de los revolucionarios en una convención magna, de cuyo seno surgiera el programa reconstructivo común a todos y un solo candidato. En esa medida se liquidarían los personalismos, mediante compromisos previos de partido (pues dígase lo que se quiera el partido revolucionario es uno solo, aunque subdividido en la superficie por cuestión de personas); y allí también encontrarían un dique los odios irreconciliables, porque la nación, en vista de intereses y argumentos de radio entonces sí nacional, estaría con la Convención Revolucionaria, cualesquiera que fuesen las disidencias.

Y con respecto al posible pacto de los generales, Martín Luis Guzmán agrega que el compromiso de dos mexicanos "nos salva o nos pierde a todos". Así concluye el escritor, adelantándose, aunque no por mucho, a su tiempo.

b) *Obregonistas contra gonzalistas*

Ante los temores de algunos sectores acerca de que dos generales fuesen candidatos a la presidencia, y que el perdedor no quisiera aceptar su condición, aunado a la posibilidad de utilizar su posición militar para apoyar tanto su campaña militar como la votación a su favor, Pablo González envió una carta a Obregón, en la que proponía un pacto de honor.

[8] *El Universal*, 24 junio 1919.
[9] *El Heraldo de México*, 25 y 26 junio 1919. Martín Luis Guzmán, *Op. cit.* pp. 216-221.

Proponía don Pablo, fundamentalmente, tres cuestiones: no hacer uso de la injuria; no emplear procedimientos ilegales para conquistar votos, y no aprovechar la influencia que pudieran ejercer en su favor, tanto los militares en servicio como los empleados públicos. Esto, por lo que respecta a la campaña; por lo que toca al resultado de la elección, González proponía considerar sagrada la declaración del Congreso. En caso de resultar agraciado, González proponía a Obregón ofrecerle colaboración, así como a sus partidarios y, de resultar vencido, González ofrecía al sonorense "ser el primero en felicitarlo cordialmente" y ofrecerle su apoyo moral, etc., etc. Para darle "legalidad" al acuerdo, González proponía:

> que calcemos con nuestras firmas un pacto que contenga los compromisos aquí enunciados y que yo de antemano me impongo si llego a figurar como candidato aunque usted como no lo espero, declinará aceptarlos.[10]

Las proposiciones gonzalinas cayeron como anillo al dedo a Obregón, quien pudo aprovechar su propia respuesta como un buen elemento para su campaña. Desde luego se apresta a señalar que en la carta de González "campea una buena intención":

> pero el camino que usted señala en dicha carta —añade Obregón— está cerrado, en concepto mío, porque la forma propuesta tiene un aspecto indecoroso que, a más de herir el espíritu democrático y la dignidad que debemos conservar los candidatos, heriría directamente a las agrupaciones políticas que nos postulan y al país en general, si yo, siguiendo las insinuaciones contenidas en su carta, aceptara un pacto que nos presentara ante la nación como árbitros de sus destinos, dejando supeditado el futuro de nuestro país al capricho de nosotros dos.

Agrega Obregón, que, aparte de lo anterior, la aceptación del pacto estaría por encima de las agrupaciones políticas que los postulaban, a las cuales, implícitamente, se les consideraría subordinadas a ellos. Y, como corolario, aceptar el pacto implicaba, igualmente, aceptar que antes de su firma la manera en que se conducían era la que dicho pacto tra-

[10] *Campaña política*... I. pp. 104-107.

taba de proscribir.[11] El rechazo del pacto, que los periódicos dieron a conocer a ocho columnas, fue también motivo de especulaciones y comentarios.

Todo esto propició un duelo verbal, o mejor, periodístico, en el cual los partidarios de ambos aspirantes trataron de desacreditar al oponente. El asunto que se trató de ventilar fue relativo a un supuesto o real acuerdo entre Obregón y Carranza, para alternarse en la silla presidencial, una vez que don Venustiano la abandonara. Elementos de los dos bandos aseguraban tener documentos probatorios del caso, los cuales, por cierto no llegaron a ver la luz.[12] El caso es que, nuevamente, los obregonistas aprovecharon la lanzada de don Pablo, que fue el primero en atacar, para llevar el agua a su molino. Pero, pese a ello, también los obregonistas resultaron algo maltrechos. El editorialista de *Excélsior* tituló a su escrito del 25 de julio "El suicidio de los presidenciales". Aparte de censurar el procedimiento seguido de amenazar con publicar do-

[11] *Ibidem* y *El Universal*, 10 de julio 1919.

[12] *Excélsior*, 24 julio 1919. *El Universal*, 24 julio 1919 y *Excélsior*, 25 julio 1919. Los declarantes fueron Benjamín C. Hill, Cutberto Hidalgo y Rafael Zubaran Capmany. El 26 de julio en *Excélsior* desmintieron versiones Atenor Sala, Jesús Acuña, Daniel Ríos Zertuche, José Inés Novelo y Manuel García Vigil. Vid. Guzmán, *Op. cit.*

"...El asunto que se trató de ventilar fue relativo a un supuesto o real acuerdo entre Obregón y Carranza..."

cumentos comprometedores y de llegar a utilizar elementos calumniosos llega a la conclusión de que si con los dos aspirantes estaba sucediendo eso, ya no quedaría nadie dispuesto a sobrellevar la "pesada encomienda de trabajos homéricos a que equivale en estos tiempos una postulación presidencial".

Esto último, sin embargo, parecía ser favorable a un sector carrancista. Efectivamente, una serie de documentos que ejemplifican un caso de contraespionaje político[13] señalan que al hacerse trizas obregonistas y gonzalistas, la opinión pública se inclinaría por un civil, como salvador de la caótica situación que los militares estaban empeñados en mantener.

[13] Trinidad W. Flores, Jefe del Departamento de Hacienda de los Telégrafos Nacionales y miembro activo del Partido Liberal Constitucionalista, escribió una serie de 100 cartas, presumiblemente al licenciado Roque Estrada, en las que daba conocimiento a su correspondiente de las actividades antiobregonistas desplegadas por el director general de la dependencia Mario Méndez. Dicha correspondencia contiene una estimable información política debido a que Méndez era uno de los miembros de la llamada "camarilla" del presidente Carranza, junto con Juan Barragán y Pedro Gil Farías. La correspondencia forma un legajo titulado "Historia de los telegramas cruzados durante la propaganda del C. Alvaro Obregón durante su campaña electoral para Presidente de los Estados Unidos Mexicanos" y se encuentra en el Archivo del general Amado Aguirre, caja II, exp. 5 s/f. De esa correspondencia preparo una edición para el Instituto de Investigaciones Historicas de la UNAM.

4

HABIA UN EMBAJADOR EN WASHINGTON

En fecha tan temprana para estas lides como el 4 de julio de 1919, *El Demócrata*, periódico lejos de estar mal informado, anuncia que el señor embajador de México en la capital norteamericana, Ignacio Bonillas, sería candidato presidencial. Atribuye la noticia a un grupo de diputados, quienes señalaron que el ingeniero sonorense merecía de obregonistas y gonzalistas "el mejor concepto por su honradez y buen criterio". Un día después, *El Universal*, en una pequeña nota, recoge unas líneas del embajador, en la que se ponen en su boca las siguientes palabras: "No hay ningún motivo que dé fundamento a aquella noticia" y, a la pregunta sobre si se formalizara su candidatura, la aceptaría, Bonillas respondió que resultaba ociosa, porque eso jamás tendría lugar. Para concluir rechazó que él fuera o hubiera sido político; entró a la revolución en 1913 para manifestar su posición ante el crimen del mes de febrero. *El Demócrata* del mismo día repite la noticia y agrega que Bonillas reiteró que al concluir con su encargo, se retiraría a la vida privada.

Días antes, el 28 de junio, Trinidad W. Flores, el telegrafista metido al contraespionaje, le decía a su corresponsal que Bonillas esperaba su retiro de la Embajada por ser obregonista,[14] lo cuál revela que no había trascendido la noticia o al menos, la idea de que Bonillas fuese el ansiado (?) candidato civil. Más tarde, Flores mismo aventura una interpretación del rumor o sondeo bonillista. Vale la pena reproducirla:

> Sabemos que otra de las intenciones de la camarilla[15] es que en la Cámara se propongan algunas reformas a la Constitución, entre ellas, que no tengan lugar las elecciones por esta SOLA vez, en vista del estado de revolución en que se halla el país. Indudablemente a eso se debe la actitud del Lic. Cabrera en la Cámara después de proponer el control de los ferrocarriles de Yucatán; está haciendo el papel de víctima para consolidar el grupo Nacionalista[16] y tener mayoría para cuando el gobierno proponga las famosas reformas a la Constitución. Y que esto es, no tiene duda: hoy tuvo acuerdo Méndez con el Presi-

[14] *Ibdem*, 28 junio 1919.
[15] El texto de la misma, líneas abajo, da los nombres de la "camarilla" completa.
[16] Bloque mayoritario de la Cámara de Diputados en la XXVIII Legislatura.

dente y regresó muy contento platicando que el general Obregón y el general González ya se acabaron, que ESTAN seguros de que ninguno de los dos saldrá electo Presidente, el plan es presentar un candidato CIVIL, por eso hicieron publicar lo de Bonillas para que la opinión popular se entretenga y divida lo más posible sus simpatías, que después presentarán a otro y probablemente al fin ofrecerán al público la candidatura de Cabrera quien aceptará y procurará por todos los medios revolver el agua para que se nulifiquen las elecciones y se vea precisado a continuar en el poder el señor Carranza. Por medio del representante de la Prensa Asociada, y Méndez por la inalámbrica, se lanzó la noticia a los Estados Unidos y Centro y Sud-América, de la aparición de la candidatura de Bonillas agregando que cuenta con muchas simpatías, preparando así en el extranjero la justificación de todas las chicanas de la camarilla compuesta por Cabrera, Aguilar, Barragán, Méndez, Fontes, Millán, Gil Farías, los diputadillos

Ingeniero Ignacio Bonillas.

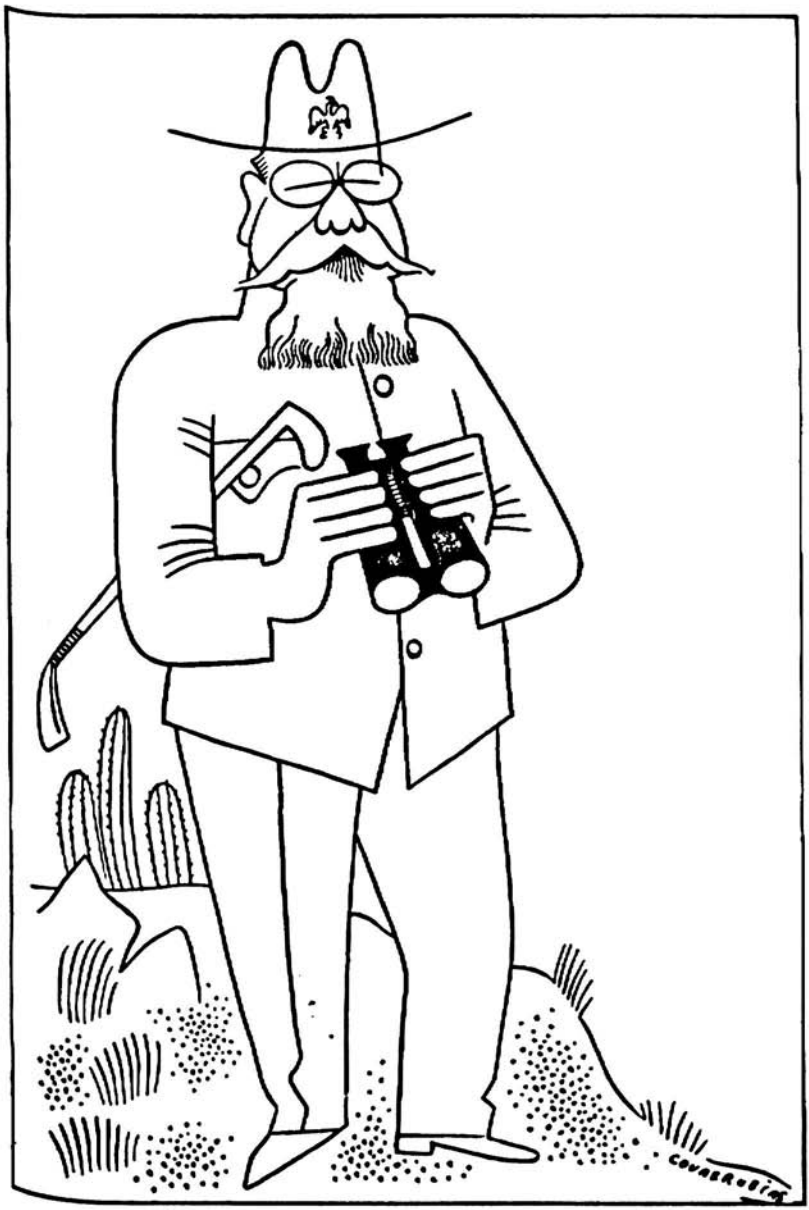
Sr. Méndez, Alfonso Castro, Francisco Arlanzón y otros afiliados al partido Nacionalista.[17]

El nombre del embajador desapareció de la prensa y no fue sino hasta octubre cuando volvió a circular. Entre julio y el mes señalado, la actividad política descendió. En otro terreno, el internacional, fueron particularmente fuertes las presiones por parte de los Estados Unidos a partir de agosto, por lo que la atención a los asuntos internos disminuyó para cederla a lo más urgente. Incluso Obregón envió un telegrama a Carranza donde protestaba su adhesión al gobierno en caso de peligro.[18] Mas las hipótesis del señor Flores, lejos de ser aventuradas tenían un fondo de lógica. Bonillas, efectivamente, era desconocido para la opinión pública, pese a su honesta posición como embajador en Washington en una época sumamente crítica de las relaciones exteriores. La idea de Cabrera como más idóneo candidato civil era sensata, puesto que después de la Revolución la presidencia tenía que recaer en alguien destacado por sus trabajos en ella, y Cabrera era acaso el civil más connotado después, claro, de Carranza. Asimismo, la pretensión de reelección por parte del Presidente no se antoja tan descabellada. El curso que irían tomando los acontecimientos sería el definitorio acerca de quién sería el elemento oficial que debiera contender contra los generales.

Así, entre julio y octubre de 1919 se dieron a conocer las candidaturas de los dos divisionarios. El nombre del civil, a quien la opinión pública esperaba como elemento apoyado por el gobierno, no apareció. Por fin, al concluir ese mes, Bonillas volvió a sonar, ahora sí, en plan definitivo.

Antes del anuncio oficial de su candidatura, hubo un viaje a Querétaro al cual asistieron tanto el Presidente como los más allegados de sus colaboradores, entre quienes se encontraba Mario Méndez, el director de Telégrafos. Su regreso a la capital, el 20 de octubre, tuvo como fin primordial indicar quién era el "candidato civil-oficial" a un grupo que tenía nexos cercanos con don Venustiano. A dicho grupo pertenecía Antonio Letayf, "jefe de la colonia otomana" y propietario de la casa donde vivía Carranza. A Letayf y otros les comunicó Méndez que Ignacio Bonillas "al fin aceptó su candidatura oficial, y desde luego van a cambiar a todos los gobernadores en quienes no tengan absoluta seguridad, lo mismo que harán con todos los funcionarios del gobierno que estén en idénticas circunstancias".[19]

[17] *Ibidem*, 10 julio 1919.
[18] *Excélsior*, 24 agosto 1919.
[19] "Historia de los telegramas...", 20 octubre, 1919.



"¿Qué podría perseguir Carranza con el apoyo a su embajador en Washington?"

El anuncio no fue, empero, abierto y oficial. Todo se quedó en rumor, aunque bastante filtrado en muchos círculos. Una carta de Plutarco Elías Calles, entonces secretario de Industria, Comercio y Trabajo, a Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora, fechada el 27 de octubre de ese mismo año, le informa que "insistentemente ha seguido rumorándose en los círculos oficiales, y entre las personas más allegadas al Presidente, que el ingeniero Bonillas será el candidato que sostendrá el gobierno en las próximas elecciones".[20] Calles da una buena interpretación acerca de lo que podría pasar al respecto:

> ...y como nadie mejor que tú conoces, el ingeniero Bonillas carece en absoluto de personalidad política, de prestigio en el país y de popularidad para poder aspirar a este puesto, y si el gobierno, saliéndose del compromiso de sus obligaciones, tratara de imponer al ingeniero Bonillas, estoy seguro, y lo deploro con toda mi alma, de que el país se verá envuelto de nuevo en la guerra civil, pues no es posible que pudiera consentirse eso, estando aún tan frescos y palpitantes los ideales revolucionarios, entre cuyos grandes principios está la efectividad del sufragio.

Y más adelante agrega Calles, para cerciorarse y comunicarlo a De la Huerta, que Cosme Hinojosa —otro sonorense—[21] le preguntó a Bonillas si era cierto lo de su candidatura y el embajador le respondió que no era su deseo, pero "pudieran presentarse circunstancias que demandaran imperiosamente mi anuencia y que fuera imposible eludir".[22] Esto mismo, también se filtró a la prensa el mismo día.[23]

¿Qué podría perseguir Carranza con el apoyo a su embajador en Washington? No precisamente un acercamiento a los Estados Unidos, ya que a Bonillas le tocó enfrentarse a situaciones sumamente candentes y era tenido por los interesados como el embajador del obstinado germanófilo Carranza. La candidatura de Bonillas suena a provocación para que los candidatos castrenses trataran de llegar al poder por la fuerza de las armas y así quitarles toda legitimidad. Asimismo, el rumor que corría entre círculos obregonistas podía hacerse efectivo, a saber, el tocante a que, al provocar una situación de enfrentamiento armado por causa

[20] Fabela, *op. cit.*, v. VI, t. I, pp. 297-299.

[21] Para la trayectoria de los sonorenses, es fundamental el trabajo de Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1977, 450 pp.

[22] Fabela, *op. cit.*

[23] *El Universal*, 27 octubre 1919.

de la sucesión presidencial, podría suscitarse una medida de emergencia o una reforma constitucional y permitir que Carranza continuara en el poder. Todo lo anterior es más factible al argumento simple del civilismo, que, en todo caso, se manejaba como un civilismo elitista —de los aptos para el desempeño del gobierno, frente a un militarismo populista, o mejor dicho, un populismo que eventualmente portaba charreteras. La respuesta a todo estaba en la llegada de 1920.

"...Sus títulos provenían de la misma estirpe. Servicios prestados a la Revolución Mexicana."

III. LA CAMPAÑA ELECTORAL

Llegados casi a noviembre de 1919 se contaba con tres aspirantes a la presidencia de la República. Es ocioso repetir sus nombres, pero se trata de dos generales, Alvaro Obregón y Pablo González y un civil, Ignacio Bonillas. Sus títulos provenían de la misma estirpe: servicios prestados a la Revolución Mexicana; su participación en ella, que los hacía ser alguien, reforzaba más que nada el personalismo como plataforma electoral. Ninguno de los tres, explícita o implícitamente, representaba partidos que, a su vez, fueran organizaciones de intereses de grupos. Grupos propiamente no había. Existían, claro, trabajadores asalariados, campesinos, banqueros, industriales, comerciantes, clero, militares, intelectuales, profesionistas, estudiantes, pero si se quiere especificar, había grupos en-sí y no para-sí. Es decir, nada puede negar que existieran personas cuya índole pudiera caracterizarse dentro de alguno u otro de los grupos enlistados. El problema es que en ellos no existía una cohesión corporativa y si había fermentos de ella, aún no llegaba a lograrse una expresión política. Por otra parte, el país no estaba para que los candidatos que aspirasen a gobernarlo lo hiciesen a partir de una plataforma de ese tipo. Los candidatos, expresión de lo que era el país y no de lo que algunos quisieran que fuera, siguieron tres "procedimientos" para dar a conocer sus candidaturas.

Obregón, que fue el primero, lanzó su manifiesto a la nación, en el cual rechazaba los compromisos partidistas, aunque luego el partido se amoldó a su personalismo. Pablo González, por su parte, ponderó que estaba disponible pero sólo aceptaría si un partido, con convención y todo, le ofrecía su apoyo. Finalmente, a Bonillas, que de los tres era el que no quería, se le dio todo hecho. De los tres, era el único que tenía "partido", hasta donde puede llamarse así a la maquinaria electoral que podía moverse a su favor, pero a la cual le faltaba candidato. Fue todo ello una puesta a prueba de cómo un sistema puede fabricar a un hombre.

Volviendo a los títulos. Los dos generales habían alcanzado las tres estrellas y eran los únicos —con Alvarado— que llegaron a ser jefes de Cuerpo de Ejército, en el del Noroeste y el de Oriente, respectivamente. Sólo don Venustiano, que siempre rechazó la posibilidad de ser general, era a quien debían rendir cuentas. Dentro de las campañas constitucionalistas, como bien se sabe, los triunfos espectaculares corrieron a cargo de Obregón, descontando, claro, las proezas de Felipe Angeles y Francisco Villa. Sin embargo, a pesar de que González estaba muy devaluado como militar, el parte de la famosa batalla de El Ebano, ganada por Jacinto Blas Treviño le fue rendido a González, como comandante que era. Después cargaba con el arma de dos filos que representaba haber pacificado la zona zapatista. Don Ignacio había prestado servicios importantes a la revolución constitucionalista en su fase inicial en el aprovisionamiento de armas en la faja fronteriza, ya que conocía muy bien el estado de Arizona. Aunque eso no fuera entonces de muchas polendas, era egresado del Massachusetts Institute of Technology. Pero para como estaban las cosas hacia 1920 las prendas que lo adornaban hacían elitista su civilismo frente al populismo de los militares.

No es casual que ellos tres hayan sido los candidatos. De hecho cada uno de ellos pudo haber sido presidente de un sector representativo de mexicanos. De ahí que los tres, con los recursos que poseían, debían ganarse a una clientela hasta cierto punto indiferente. Y, como dijera el poeta, en medio de todos ellos, Carranza como un dios, con respecto al cual existían un ateo, un dudoso y un beato.

Con esos elementos, los días 27 y 28 de octubre ocurren dos acontecimientos importantes: Obregón inicia su gira electoral en Sonora y se estrena la obra *La república libre* en el Virginia Fábregas, de la capital, que es donde se asimiló el *couplet* "Flor de té" al señor embajador ante los Estados Unidos.[1]

[1] Armando de María y Campos, *El teatro de género chico en la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1956, 435 pp., pp. 213-215. (BINHERM, 7)

1

OBREGON RECORRE EL PAIS

Alvaro Obregón no había destapado sus cartas para emprender su campaña electoral. Ciertamente se sabía quiénes eran los obregonistas y qué posiciones ocupaban, por lo cual sus movimientos estaban controlados relativamente. Había partidarios suyos en altos niveles, como el titular de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, Plutarco Elías Calles, hasta modestos empleados, pasando por subsecretarios, embajadores y, desde luego, diputados y senadores. Entre los jefes militares contaba con el mayor número de seguidores.

Todo lo anterior se refiere a las cabezas visibles del obregonismo. Este movimiento no se contentaría contando sólo con ellas. Era menester establecer una serie de alianzas, del tipo más variado, para contar con una buena reserva de elementos a la hora decisiva.

Así, por lo que salió a la superficie en los meses de abril y mayo de 1920, se conoce que los obregonistas habían establecido alianzas con los principales núcleos anticarrancistas del país. En algunos casos eso fue efectivo y en otros no, en la mayoría se tuvo buen éxito.

En ese sentido, cabe señalar que Obregón comenzó a funcionar como elemento aglutinante de caudillos y caciques que operaban separadamente y que entre sí a veces existía enemistad. Obregón fue el elemento capaz de realizar aquello que el norteamericano George Carothers había sugerido al Departamento de Estado a principios de 1917[2] y que había resultado imposible de realizar a causa de la mutua desconfianza y disparidad de objetivos que caracterizaban a los cabecillas de los múltiples centros rebeldes del país.

La efectividad potencial de contar con ese tipo de cabecillas era grande. Carothers la había estimado bien y otro tanto había hecho Carranza para quien, evidentemente, uno de los problemas fundamentales a resolver era el de la pacificación.[3] El presidente sabía que si no dominaba efectivamente el territorio nacional no podía fincar en él un Estado.[4] Incluso, puede afirmarse que para Carranza era más importante, en su

[2] Parker a Lansing, NAW/812.00/20409. En esta comunicación, que detalla ampliamente la situación del país a principios de 1917, se hace referencia al plan de Carothers.

[3] Es abundante la información al respecto. Una síntesis en el informe presidencial de septiembre de 1919.

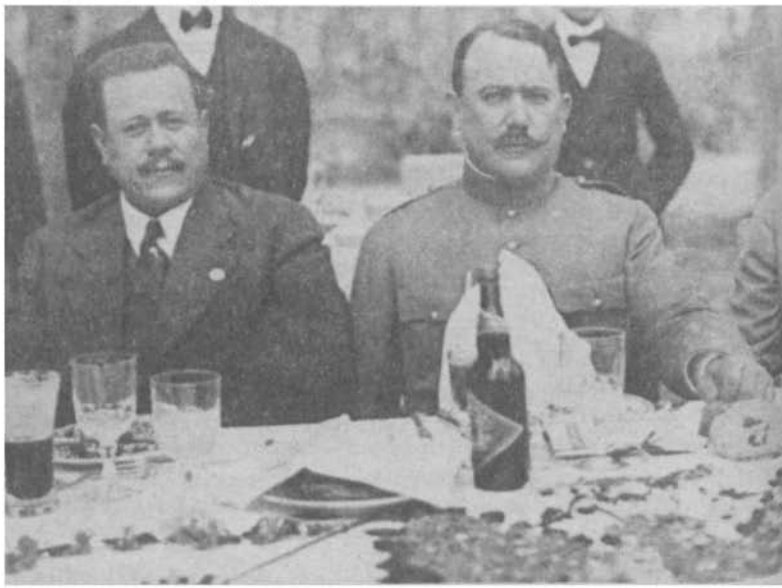
[4] Este tema se desarrolla ampliamente en la segunda parte de Alvaro Matute, *Op. cit.*

momento, liquidar a un Inés Chávez García que calibrar los resultados benéficos que podría acarrear para el Estado una alianza con los obreros. Su política así lo demuestra.

Obregón y los suyos, en cambio, sabían que lo importante era establecer alianzas. Para ello había que ganarse tres sectores básicos: el de quienes estaban dentro del gobierno, el de los marginados y el de los hostiles. En el primero se contaba con un buen número de funcionarios y burócratas, lo cual se extiende naturalmente al sector militar; en el segundo, los obregonistas se pusieron en contacto con grupos como el de los obreros, y, en el tercero, como se había señalado, con los núcleos rebeldes más importantes del territorio nacional.

El primer sector, el gubernamental, realmente no era para ganarlo. Ya se contaba dentro de él con un buen contingente y sus límites eran estrechos. Lo mismo sucedía al respecto con los gonzalistas y los bonillistas. No había uniformidad dentro del sector, sino que, al salir de él los candidatos, sus miembros estaban con quien le tocaba. No obstante, considerando a los militares dentro de este primer sector, era menester allegarse a todos aquellos que pudieran estar independientes y el camino más seguro era revisar cuáles generales pertenecían a qué grupo. Por

"...Obregonistas, desde luego Benjamín Hill..."



lo que respecta únicamente a los divisionarios, el cuadro es como sigue: obregonistas, desde luego Benjamín Hill, con nexos cercanos Jesús Agustín Castro y, para ubicarlo en un grupo, aunque propiamente independiente, Salvador Alvarado. Gonzalistas, aparte de don Pablo, sólo queda Jacinto Blas Treviño; y leales a Carranza, lo que quiere decir favorecedores leales y potenciales de Bonilla, Cándido Aguilar Francisco. Murguía, Manuel M. Diéguez y Cesáreo Castro. Cabe distinguir que, en el momento no todos tenían mando de tropas, por lo que cada uno de ellos tenía que acudir a sus respectivos generales y jefes para ganarse el apoyo armado en la sucesión presidencial. La vía adecuada era la de ganarse jefes de operaciones militares para así controlar territorios. Sin llegar a la precisión, por carecer de pruebas, es fácil adivinar las zonas de dominio de los candidatos, por sus relaciones con las jefaturas de armas.

El gobierno dominaba propiamente el norte, ya que sus fieles Diéguez, Murguía y Castro se extendían por Chihuahua, Nuevo León, Tamaulipas, San Luis Potosí, Coahuila, Durango, Zacatecas y La Huasteca veracruzana. También se contaba seguramente con Baja California norte, Hidalgo, Veracruz, Jalisco y algunas otras. Pablo González, por su parte, hasta el momento de lanzar oficialmente su candidatura, jefaturaba una amplia región que abarcaba Morelos, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca y parte del Estado de México. En caso de quedar licenciado del cargo, su influjo personal era grande en esa región. Sospechosos de obregonismo eran Rentería Luviano, en Michoacán, Fortunato Maycotte en Guerrero e, independientemente de las personas, quien estuviera al frente a las jefaturas de Sonora y Sinaloa.[5] Más que contar con diputados y senadores, ediles y burócratas, lo fundamental era ganarse a los uniformados.

Un aspecto en el que siempre se manifestó la miopía de don Venustiano fue con respecto al sector obrero. Por lo contrario, los sonorenses se habían manifestado especialmente sensibles con respecto a la importancia que tenía contar con ese sector. Carranza mantenía a los obreros al margen de la participación política, pese a que un hombre de su confianza, el gobernador coahuilense Gustavo Espinosa Mireles, había otorgado facilidades al líder Luis N. Morones para celebrar en 1918 un congreso en Saltillo, del cual se originó la Confederación Regional de Obreros Mexicanos. Pese a ello, Obregón había dado muestras de sim-

[5] Alvaro Matute, "Del Ejército Constitucionalista al Ejército Nacional", *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, v. VI, 1977, pp. 153-183,

patía a los trabajadores y elogiaba la participación de los batallones rojos en las batallas que él comandó, en su libro *Ocho mil kilómetros en campaña*. Más efectivo que la lisonja era el sistema que desarrollaron en Sonora Calles y De la Huerta, con una especie de congreso obrero, en el cual se gestó algo semejante a una institución tripartita para discutir problemas laborales.[6] Y, para completar el cuadro, Carranza había puesto a Calles al frente de la secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, donde podía tener contacto estrecho con la clase laboral.

Con todo ese marco, además, el 6 de agosto de 1919 celebraron un pacto secreto el candidato Obregón y los directivos de la CROM, entre quienes se contaba a Morones, Celestino Gasca, Samuel O. Yúdico y otros. El compromiso recíproco entre el candidato y los cromistas era que, a cambio del apoyo, el gobierno resultante de los trabajos electorales crearía un ministerio (sic) de Trabajo, separado de la secretaría que por entonces desempeñaba esa función administrativa, y que esa cartera estuviese ocupada por un cromista. Mientras se llevaba a cabo la reforma al respecto, lo mismo se solicitaba para el titular de la Secretaría que entonces jefaturaba Calles. Asimismo, solicitaban que de sus filas o de filas simpatizantes surgiera el titular de Agricultura y Fomento. De mayor trascendencia era la solicitud de promulgación de una ley laboral y del reconocimiento a la CROM para tratar directamente con las autoridades todo lo referente a "los asuntos directamente relacionados con las agrupaciones (de obreros) de la República".[7] En el pacto secreto quedaba deslindada la acción laboral futura y la incorporación de los trabajadores al aparato estatal.

Finalmente, el tercer sector con el que había de contar el obregonismo era con el hostil al gobierno. Este se encontraba lejano a formar un bloque homogéneo, aunque algunos de los grupos habían establecido relaciones. La dificultad de establecer compromisos radicaba en la naturaleza ideológica de cada grupo. Por ejemplo, los felicistas peleaban por abrogar la Constitución de 1917, aspecto que sería bien visto por pelacistas, y aun por villistas, como quedó varias veces señalado. Un retorno a la Constitución de 1857 no convenía a los zapatistas, por ejemplo, quienes emprendieron una lucha contra el liberalismo agrario, y menos aún significaba eso un compromiso que se pudiera sostener dentro de las filas obregonistas, ya que en ellas militaban muchos autores de la Constitución y muchas fuerzas ligadas a ellos. Una derogación constitucional

[6] Aguilar Camín, *Op. cit.*

[7] El texto del pacto secreto en Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México*, 2 v., México, Secretaría de Educación Pública, 1976, v. II, pp. 188-189.

"...Había otorgado facilidades al líder Luis N. Morones..."

era un riesgo que no se podía correr y, sin embargo, había que allegarse a los rebeldes sin incurrir en nada que manchara al obregonismo con el epíteto de "reaccionario". La única solución era manejar el anticarrancismo caracterizado de autoritarismo, imposicionismo, pero jamás tocar aspectos institucionales, como sí tenía que hacerse con la CROM.

Con todos esos elementos ocultos, a su favor, Obregón iniciaba su campaña. La trayectoria geográfica de la primera etapa recordaba la que siguió en calidad de jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste: Hermosillo, Guaymas, Navojoa, Culiacán, Mazatlán, Acaponeta, Manzanillo, Colima, Ciudad Guzmán, Guadalajara y la ciudad de México. Todo ello del 27 de octubre al 23 de noviembre. Por las crónicas de prensa se aprecia que en cada localidad Obregón tuvo buena acogida. De hecho, además de haber sido el primer candidato que inició un recorrido buscando apoyo de los votantes, fue quien realizó la gira electoral más completa. Este es un fenómeno relativamente reciente en la cultura política mexicana ya que el iniciador de este tipo de trabajo político fue Madero en 1909, siguiendo la forma de campaña que habían desarrollado los políticos norteamericanos. Don Porfirio no necesitaba darse a conocer. Después de Madero siguió Obregón, ya que las circunstancias habían modificado las costumbres políticas. Obregón tenía en común con Madero que ambos eran candidatos de oposición.

Obregón pronunció discursos en Hermosillo, Mazatlán, y Guadalajara. En los otros puntos otros oradores se encargaron de hacerle propaganda, aunque se contaba con la presencia del candidato en el estrado que había en cada mitin.[8] El discurso de Hermosillo no pasó de ser una serie de llamadas al paisaje y al sentimiento de que se corría peligro de que sucediera en la nación algo similar a lo acontecido en algunos estados, es decir, la violación de la soberanía por la imposición de candidatos. Esto podría poner en peligro a la nación.[9] Por su estilo, más que candidato a la presidencia, parece político local. En Mazatlán, en cambio, ya apunta cuestiones de interés político y social que permiten ubicar mejor sus aspiraciones y su manera de evaluar los problemas.

El asunto de mayor importancia que trató en Mazatlán es el referente a las relaciones entre capital y trabajo. Después de considerar la gravedad del problema, agrega:

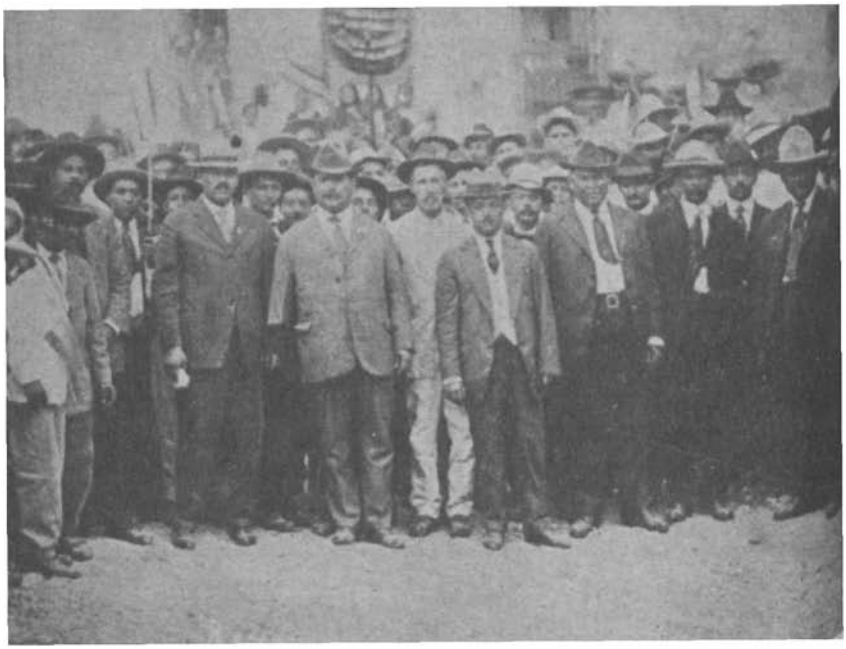
[8] La experiencia de esa gira política está recogida, principalmente en *Campaña política...* y en Alvaro Obregón, *Discursos del general...*, 2 v., México. Biblioteca de la Dirección General de Educación Militar, 1932.

[9] *Discursos*, v. I, p. 63.

Yo he oído a oradores que dicen que el mejor gobernante será aquel que se ponga de parte de los trabajadores; a otros he oído decir, que el mejor gobernante será aquél que se apoye en los hombres de negocios... Yo soy de opinión... que el mejor gobernante será aquel que encuentre el fiel que establezca el equilibrio entre estos dos factores, para que sobre un plano de equidad, encuentren las ventajas recíprocas que ambos deben obtener.

Más adelante señala que si no se dan garantías al capital, dentro de las limitaciones que le marcan las leyes, dicho "capital permanecerá dentro de las cajas o fuera de nuestras fronteras, y entonces nuestros trabajadores tendrán que seguir saliendo del país". Llama la atención que en Nogales fue testigo de cómo los enganchadores reclutaban braceros y finaliza haciendo énfasis en la necesidad de equilibrar la oferta y demanda de empleo.

"...La trayectoria geográfica de la primera etapa recordaba la que siguió en calidad de jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste: Hermosillo, Guaymas, Navojoa, Culiacán, Mazatlán, Acaponeta..."



"...En Mazatlán... ya apunta cuestiones de interés político y social..."

El discurso del teatro Degollado no amplió aspectos que pudieran ayudar a configurar el perfil ideológico del candidato. En él dirigió sus baterías contra los políticos profesionales que, después de buscar por muchas partes, llegaron hasta la embajada en Washington para dar con su hombre. Criticó, con ellos, a quien prefiere el suicidio a desprenderse del presupuesto.

En esta primera fase de la campaña electoral, Obregón deja ver sus características de hombre conciliador, al mismo tiempo que inflexible con el enemigo. Por su lenguaje, se deja ver al hombre capaz de llegar a muchos oídos. Todo lo que es escasez de conceptos es abundancia de palabras fáciles, de saber llegar. Las crónicas narran cómo era ovacionado y así lo atestiguan las interrupciones señaladas en las versiones taquigráficas de los discursos que improvisaba. Sobre la popularidad de Obregón, se cuidó a la prensa de no difundir los buenos aspectos de la gira. Según Flores, el informante del telégrafo, Mario Méndez había ordenado censurar todo lo relativo a la campaña.[10] *El Universal* recibía los

[10] "Historia de los telegramas...", 19 noviembre, 1919.

despachos de un enviado especial y, en cambio, *El Monitor Republicano*, financiado por Hill y dirigido por el jalisciense Basilio Vadillo, era el diario más abundante en información obregonista. Incluso se preocupaba de incluir material gráfico para impresionar a los lectores de la capital.

La llegada de Obregón a la capital fue rumbosa, desde su recibimiento en la estación Colonia, el 23 de noviembre. En México tuvo una semana de actividad electoral intensa y de preparación para la segunda fase de la campaña. Esta se iniciaría el 1o. de diciembre y abarcaría poblaciones del centro del país. El itinerario a seguir incluía las siguientes plazas: Pachuca, Tulancingo, Xochimilco, Toluca, El Oro, Tlalpujahua, Zitácuaro, Morelia, Pátzcuaro, Uruapan, Morelia, Celaya, Salvatierra, Acámbaro, Puruándiro, Irapuato, León, y Guanajuato. En cada localidad visitada, aparte de los mítines, se formaba un club político que se encargaría de mantener viva la propaganda obregonista mientras llegara el mes de julio de 1920. De esa manera los obregonistas fueron estableciendo una organización nacional bastante fuerte y extendida. Así, después de esa segunda etapa, por la región del Bajío, principalmente y del Centro, en el mes de febrero se iniciaría la tercera, por el norte. Esta daría principio en el distribuidor ferroviario que es Aguascalientes, para proseguir a Zacatecas, San Luis Potosí, Matehuala, Saltillo, Monclova, Allende, Piedras Negras, San Pedro de las Colonias, Torreón, Parras, Nuevo Laredo, Tampico y Monterrey. Ahí se interrumpió la gira para regresar a la capital.

La mejor organización de la campaña se dejó sentir a partir de febrero, cuando se constituyó el Centro Director Obregonista. Esto ocurrió a raíz de la renuncia de dos colaboradores del gabinete carrancista, el secretario de Industria, Comercio y Trabajo, general Plutarco Elías Calles y del subsecretario de Agricultura y Fomento, general e ingeniero Amado Aguirre, el 31 de enero.[11] Las renuncias fueron previas a la celebración de una convención nacional del Partido Liberal Constitucionalista. Ahí se integró el primer Centro Director Obregonista, con una representativa mesa directiva: presidente, Fernando Iglesias Calderón; vicepresidentes, Plutarco Elías Calles y Amado Aguirre; secretarios, Antonio Ancona Albertos, Enrique Meza y Herminio Pérez Abreu.[12] Lejos de transcribir aquí un directorio, es interesante repasar las funciones asignadas a las diferentes comisiones existentes. Cada una de ellas tenía

[11] Texto de las renuncias en *El Universal*, 3 febrero, 1920 y en Amado Aguirre, *Mis memorias de campaña. Apuntes para la historia*, México, s/e, (1953), p. 303.
[12] *Ibidem*, pp. 305-309

un presidente y un dilatado número de vocales que, por lo general, rebasaba la docena. Las comisiones eran de hacienda, presidida por Roque Estrada; prensa, por Miguel Alessio Robles; consultiva jurídica, por Enrique Colunga; censo y organización electoral, por Manuel I. Fierro; propaganda, por Rafael Zubaran Capmany; información política, Plutarco Elías Calles, y unificación y armonización de candidaturas, Fernando Iglesias Calderón. Así quedó organizado el Centro Director Obregonista, el 9 de febrero de 1920.[13] La buena organización que se dio a la campaña es notable dada la ausencia de una tradición partidista en México. En ese sentido la escuela también provenía del maderismo y algunos de los mencionados así lo demuestran, como sería el caso de Roque Estrada y muchos de los miembros de vocalías cuyos nombres se omiten.

De todos esos nombres es menester recordar uno: Luis N. Morones. Salta a la vista cuando se piensa exclusivamente en miembros del PLC y surge el del dirigente máximo de dos organismos: la CROM y el entonces recientemente fundado Partido Laborista. Si bien la alianza entre los obreros organizados y Obregón había sido pactada desde la fase inicial de la campaña, fue a raíz de un segundo congreso general de la agrupación, celebrado en la ciudad de Zacatecas —territorio favorecedor del obregonismo, con su gobernador Enrique Estrada— cuando se tomaron posiciones públicamente. A dicho congreso asistieron, además del gobernador, los generales sonorenses Francisco Serrano y Jesús M. Garza, además del joven político tamaulipeco Emilio Portes Gil, todos ellos de reconocida filiación obregonista, particularmente Serrano, que fue uno de los principales elementos de la campaña electoral. Con esa alianza, el obregonismo contaba con los trabajadores organizados, lo cual le daría fuerza en un frente prácticamente insospechado por los carrancistas, quienes tradicionalmente se habían manifestado contrarios a las huelgas. Ello incluía a Pablo González, de quien se conservaba vivo el recuerdo de principal elemento represivo en la famosa huelga de la ciudad de México en 1916. Como ya se ha señalado, los sonorenses fueron particularmente sensibles para aquilatar el potencial político del movimiento laboral.[14]

Después de un proceso de cierta normalidad, en el mes de marzo la situación comenzó a presentar actos de hostilidad entre las facciones aspirantes al poder. El 21 de marzo llegaría Bonillas a la capital. El candida-

[13] *Ibidem.*

[14] Barry Carr, *Op. cit*, v. I, pp. 138-153.

to oficial había iniciado su gira en Coahuila, de norte a sur, pocos días antes, con lo cual Obregón le llevaba mucha distancia. Al mismo tiempo en que llegaría Bonillas, los obregonistas iban a celebrar una manifestación en favor de su candidato que se convirtió en verbena contraria a "Flor de té", "Mister Bonillas" y demás apodos que se le prodigaban al civilista. Para evitar un motín, la policía intervino y aprehendió a alrededor de sesenta partidarios de Obregón, entre quienes se encontraban cinco diputados: Basilio Vadillo, Ezequiel Ríos Landeros, Martín Barragán, Francisco Reyes y Enrique Meza. También fue privado de su libertad el licenciado Miguel Alessio Robles y algunos militares. Estos fueron llevados a Santiago Tlatelolco. Los obregonistas protestaron en la Comisión Permanente contra el gobernador del Distrito Federal Manuel Rueda Magro y el propio Obregón envió un enérgico mensaje a Carranza quien, con la parsimonia que acostumbraba respondió al candidato llevando agua al molino bonillista. [15]

El último acto de la campaña electoral obregonista tuvo lugar el 4 de abril en Monterrey. De la capital neoleonesa tuvo que trasladarse a la del país para rendir declaración ante las autoridades del fuero militar en el proceso que se le había instruido al general rebelde Roberto F. Cejudo. Este personaje había militado en las filas zapatistas para después formar parte del Ejército Reorganizador Nacional de Félix Díaz.

A principios de marzo unos emisarios del obregonismo se entrevistaron con Cejudo para invitarlo a unirse a sus filas, en el caso de que fuera necesario levantarse en armas. Cejudo aceptó e incluso ofreció entregar a su jefe. La traición a Félix Díaz le resultó fallida gracias a la oportuna intervención del secretario de Díaz, coronel Angel Figueroa. Los planes de Cejudo fallaron. Por una parte, los carrancistas descubrieron los tratos entre los obregonistas y Cejudo, y Félix Díaz descubrió el intento de traición. Cuando Cejudo regresaba a su campamento por su tropa fue recibido a tiros por los felixistas. Esto lo obligó a replegarse hacia Puebla, donde lo esperaban las tropas del gobierno, quienes lo redujeron a prisión, lo llevaron a Santiago Tlatelolco y allí se le inició el proceso con el cual el gobierno esperaba liquidar al más fuerte candidato de oposición. [16]

El 7 de abril, el presidente Carranza telegrafió a todos los gobernadores de los estados, transcribiéndoles íntegros los documentos recogidos

[15] *Campaña política...*, v. II, pp. 413-449; *Diario de Debates de la Cámara de Diputados*, 24 de marzo de 1920, pp. 3-5 Clodoveo Valenzuela y Amado Chaverri, *Sonora y Carranza*, México, Casa Editorial Renacimiento, 1921, 522 pp., pp. 143-147, *El Universal* 27 de marzo de 1920.

[16] Luis Liceaga, *Félix Díaz*. México, Jus, 1958, 891 pp., pp. 603-607.

DE MIXCOAC
PARTIDO CIVILISTA
DE MIXCOAC
PARTIDO NACIONA
CIVILISMO.!
LIBERAL
CLUB
PARTIDO CIVILISTA
DE IXTAPALAP

al rebelde, y que son, un mensaje de Cejudo a Obregón donde acepta las proposiciones ofrecidas por los agentes; mensaje de Cejudo a Ricardo Morales, jefe de la brigada mixta y de operaciones en el Carmen de Coatepec, donde da instrucciones detalladas para proceder al levantamiento en el cual se encontraban implicados los obregonistas. Entretanto, Obregón se dirigía a México donde era esperado tanto por sus partidarios como por sus enemigos. Para esas fechas, las relaciones entre Sonora y Carranza eran álgidas, pero antes de examinarlas es menester retroceder en el tiempo para atender a los otros dos candidatos.

Manifestación de apoyo al ingeniero Ignacio Bonillas en marzo de 1920.

2

LA FORMALIDAD DEL GENERAL GONZALEZ

Muchos de los detalles que descuidaron Obregón y sus partidarios en torno a los procedimientos ortodoxos de una campaña electoral sí fueron atendidos en el bando gonzalista. Por las acciones de los principales consejeros de don Pablo, da la impresión de que muchos de ellos quisieron ser los "científicos" de un general ya acostumbrado al mando de tropas. No obstante, tanto él como quienes se encargaron de sus movimientos electorales, siempre obedecieron los cánones mejor que el propio Bonillas.

Lo primero que llevó a cabo don Pablo fue solicitar su licencia del Ejército, aun antes de que su candidatura fuese formalmente lanzada. Ello ocurrió el 8 de noviembre de 1919 y una semana después el presidente Carranza le comunicó la resolución de su petición en sentido positivo. Con ello, González podía presentarse a la convención de la Liga Democrática, el 26 de noviembre.

Dentro de un plano formal se presentaron varias precandidaturas, las de González, Félix F. Palavicini, el embajador Eliseo Arredondo, y Fernando Iglesias Calderón. La convención, por la crónica de *El Universal*, tiene un dejo mayor de sabor norteamericano que los trabajos obregonistas. En ella se discutieron las personalidades de los aspirantes, y fue el estudiante Mario Nagore —*of all names*, como diría don Daniel— quien expresó el por qué resultaba más conveniente don Pablo: "Palavicini es un idealista; Obregón, un positivista extremo, y surge como síntesis la personalidad del general González". Acordado el nombre del mejor aspirante, se procedió formalmente a ofrecerle la candidatura. Asimismo, procedió a formular una plataforma mínima, que en poco se diferenciaba de la que elaboró, por su parte, el grupo obregonista. Todos respetarían la Constitución, fortalecerían la enseñanza, el municipio libre, la armonía entre el capital y el trabajo, reorganizarían el ejército y cambiarían el nombre de la Secretaría de Guerra y Marina por el de Defensa Nacional. El dejo maderista del programa y los procedimientos también se explican por las personas. Presidía la Liga Democrática, Manuel Andrade Priego y le acompañaban en la directiva los senadores Rafael Cepeda y Juan Sánchez Azcona.[17]

[17] Pablo González Jr., *Centinela fiel del constitucionalismo*, Saltillo, textos de cultura historiográfica, 1971, XX-1108 pp. 477-483; *El Universal*, 27 de noviembre, 1919.

El material propagandístico de González, integrado por manifiestos y artículos donde se señalan lineamientos de acción gubernamental, se antojan propiamente dirigidos al medio urbano y de mayor efectividad en la capital que en la provincia. Se refiere a la necesidad de precisar el contenido de artículos constitucionales, a ideales político-morales, todo ello con demasiada ponderación. Ello pone en evidencia una campaña dirigida por elementos civiles de los que se consideraban a sí mismos aptos para gobernar. Era un candidato decididamente minoritario por el tipo de propaganda dirigida a un sector restringido de la sociedad. No había en sus modestas giras la palabra fácil, la improvisación del obregonismo. En suma, en un país que reclama el populismo, la respuesta, más de la Liga Democrática que de González mismo, era elitista. Ello hizo que los sempiternos vigilantes norteamericanos de la situación interna declararan a sus superiores que González era muy impopular entre los mexicanos por su conexión con el ejército y por su supuesta simpatía a los Estados Unidos, aunque ellos estiman que no era realmente favorecedor de los americanos aun cuando en tiempos de la Guerra se hubiera declarado aliadófilo.[18]

Con respecto a Bonillas, el general González declaró, después de la llegada a la capital del ex embajador, que se trataba de una candidatura "tan intempestivamente lanzada y tan esencial y torpemente sostenida". Critica el hecho de que el 21 de marzo se procedió a mover la policía contra quienes no apoyaban a Bonillas y se impusieran multas de quinientos pesos por repartir propaganda obregonista y gonzalista en el mitin. Niega la posibilidad de retirar su candidatura y de llegar a un acuerdo con los otros dos aspirantes.[19] El gonzalismo era relativamente débil, aunque contaba con apoyos efectivos dentro del aparato estatal. De no ganar las elecciones, lo que era más probable, podría llegar a obtener buenas posiciones en el legislativo y acaso algo más en el ejecutivo. En caso de alianza sería más factible hacerla con Obregón.

[18] Reporte de frontera, NAW 812.00/22844, 24 de enero 1920.
[19] *El Universal*, 27 marzo 1920.

3

LA CANDIDATURA OFICIAL

a) *Indecisiones iniciales*

Aun a pesar de haber asentido a los ofrecimientos en el mes de octubre, persistía en noviembre la duda acerca de si el ingeniero Bonillas sería candidato a la presidencia. Esta manifestación de inseguridad inicial podría resultar muy negativa, aunque también le daría tiempo al aparato encargado de su propaganda de fabricar una imagen susceptible de ser aceptada por los mexicanos. El trabajo era titánico.

Todavía el 12 de noviembre aparecía en la prensa que el candidato de los "terceristas" o civilistas sería Manuel Aguirre Berlanga, secretario de Gobernación. *El Universal* aprovechó la ocasión de la noticia para dirigir sus baterías contra los licenciados Luis Manuel Rojas y José Natividad Macías, principales encargados de fabricar la propaganda bonillista. Según *El Universal*, los terceristas, al saber quiénes eran los propagandistas, prefirieron trocar a Bonillas por Aguirre Berlanga, sin tomar en cuenta que todavía no alcanzaba la edad constitucional para aspirar a la presidencia, y el periódico da por hecho que se comenzaría a trabajar por el secretario de Gobernación.[20] Tuvo que hacer declaraciones Aguirre Berlanga para desmentir las especulaciones de *El Universal*, que también desarrollara *El Heraldo de México*. En ellas negó categóricamente toda posibilidad de ser candidato presidencial.[21]

Entretanto, Luis Manuel Rojas, diputado constituyente y miembro de la Comisión de Reclamaciones, se dirigía al presidente Carranza para enviarle una copia del proyecto de manifiesto redactado por él para la postulación de Ignacio Bonillas. Solicita a Carranza las observaciones pertinentes para incluirlas en la versión final de dicho texto. También le solicita una audiencia, "a fin de recibir directamente sus inspiraciones en esta delicada gestión".[22] En una segunda carta, Rojas comenta la publicación del manifiesto por *El Demócrata* y sugiere la conveniencia de tirar una extra y de fijar carteles con él. Asimismo, propone a Carranza la formación de un partido de alcance nacional, con ramificaciones por to-

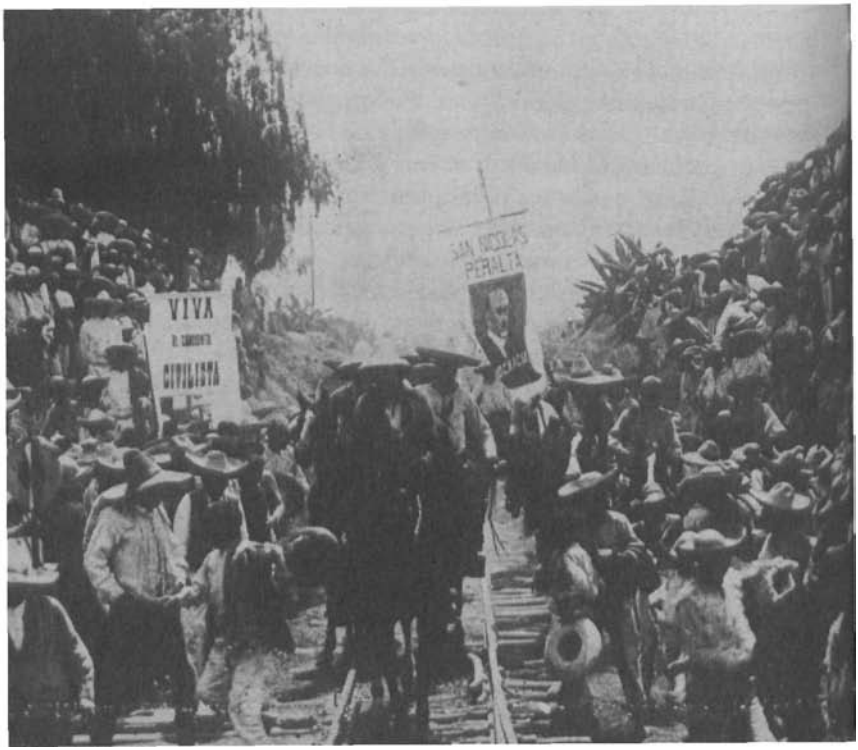
[20] *El Universal*, 12 noviembre 1919.
[21] *El Universal*, 13 noviembre 1919.
[22] Rojas a Carranza, 19 noviembre 1919, AHDN/XI/481.5/ff. 632-633 (102).

das partes, sin que ello contrariara la idea de Carranza de que fueran surgiendo clubs y grupos espontáneos por diversas partes del país. Insiste en la necesidad de un centro director para quitar la impresión de que Bonillas era candidato oficial. Agrega que ese partido sería netamente carrancista, según se desprendería de su primera base "y será el órgano político que le sirva a usted y de que será usted el jefe nato, aun cuando deje de ser Presidente de la República".[25]

Dos días más tarde, el 26 de noviembre, Rojas insiste ante Carranza acerca de la conveniencia de cablegrafiar a Bonillas comunicándole su postulación en la ciudad de México por el Partido Nacional Democrático, o una copia del manifiesto (escrito por Rojas) con las firmas auténticas que lo calzaban, e incluso hasta enviar comisión especial para obtener la respuesta de Bonillas.[26]

[25] Rojas a Carranza, 24 noviembre 1919, AHDN/XI/481.5/ff. 655-656. (102).
[26] Rojas a Carranza, 26 noviembre 1919, AHDN/XI/481.5/f. 656. (102).

"...todo esto ha formado en mí la convicción que se trata, clara y simplemente de imponer un candidato al pueblo mexicano."



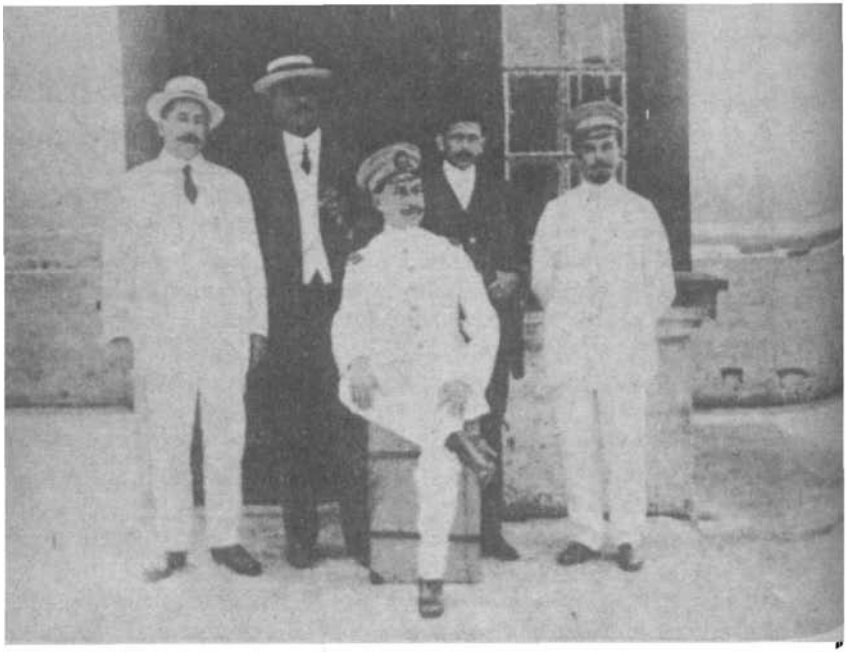
Mientras don Ignacio tomaba sus decisiones, su postulación causaba mermas en las filas carrancistas. Rafael Martínez "Rip-Rip", siempre tan fiel a Carranza, dirigió una carta a Aguirre Berlanga en la cual se quejaba de que "todo esto ha formado en mí la convicción que se trata, clara y simplemente de imponer un candidato al pueblo mexicano", trátese de quien se trate y peor aun de Bonillas. Líneas abajo de su extensa carta señala procedimientos:

> Conozco los detalles salientes del plan para tal imposición: contar con los gobernadores, los jefes de armas y aplicar la maquinaria administrativa en favor del candidato oficial, y sé que se tiene mucha fe en tal procedimiento...

Enseguida agregaba "Rip-Rip" que esos procedimientos eran los propios del porfiriato y no quería que el gobierno de Carranza viera una sombra del tuxtepecano. Pasando a referir su posición personal, que era precaria, renuncia a seguir siendo corifeo de imposición. La misma carta que envió a Aguirre Berlanga le fue remitida a Carranza por su autor. En ella reiteraba sus convicciones. Más tarde, el 26 de diciembre Rafael Martínez rechaza la oferta de echar a andar su periódico dedicado a cuestiones internacionales, dadas sus discrepancias en el orden interno. Sugería, mientras durase el receso de las cámaras, se le enviara de cónsul a Barcelona o a alguna otra ciudad. El estaba dispuesto a seguir defendiendo y divulgando la política exterior de Carranza, pero no quería tener nada que ver con la interna.[25] Con esto se perdía a un buen propagandista que prefirió salir del aparato oficial antes que traicionar una convicción.

El hombre esperado para dirigir la campaña bonillista era el general veracruzano Cándido Aguilar, divisionario y yerno de Carranza. Después de un viaje por Europa, declaró en Veracruz su actitud política, en plan de abierta propaganda al candidato oficial. Precisamente se refirió a que en Francia, en la época de Napoleón, se creó la candidatura oficial, es decir, la de aquellos que el propio gobierno presentaba como suyos para optar a los puestos de elección. Dado que en México se tienen diferentes costumbres, según Aguilar, los gobernantes deben hacer política y él anunciaba que se dedicaría a hacerla. Después de esa carta de presentación, su disertación versa sobre la oposición entre militarismo y civilismo, llamando la atención sobre el progreso político alcanzado con

[25] Martínez a Aguirre Berlanga, 2 diciembre 1919; Martínez a Carranza, 3 y 26 de diciembre, AHDN/XI/481.5/ff. 691-694 y 710. (102).



"El hombre esperado para dirigir la campaña bonillista era el general veracruzano Cándido Aguilar..."

Juárez, Lerdo, Madero y Carranza.[26] Más adelante, Aguilar, junto con el guanajuatense Federico Montes, sería el más destacado puntal de la propaganda bonillista.

b) *La junta de gobernadores*

El once de enero un grupo de gobernadores, encabezados por el de Guanajuato, Federico Montes, dirigió una carta invitación al resto de sus colegas para asistir del seis al nueve de febrero a la ciudad de México para discutir el grave asunto de la transmisión pacífica del poder, con motivo de las elecciones presidenciales. También firmaron la carta los gobernadores de Querétaro, Salvador Argáin; de Jalisco, Luis Castellanos y Tapia y de San Luis Potosí, Severino Martínez.

Durante la última decena del mes se dieron a conocer los nombres de los gobernadores que aceptaron la invitación. Parece que, incluso, algu-

[26] *El Universal*, 21 enero 1920.

nos de los que no asistieron definitivamente, estuvieron de acuerdo con la reunión, cual fue el caso del coronel Esteban Cantú, de Baja California Norte. En rigor los tres gobernadores de los territorios federales brillaron por su ausencia. Acaso por el carácter legal de su cargo, acaso —Cantú— porque si abandonaban su territorio ello podría significar una separación definitiva del poder. Para no hacer listas de nombres, cabe mencionar a quienes no se presentaron: Adolfo de la Huerta, quien no obtuvo permiso de su legislatura; Enrique Estrada, quien adujo, en una carta bastante fuerte, que llegó a molestar a Montes, que tenía importantes asuntos que atender en su Estado. Tampoco asistieron Carlos Greene, de Tabasco, Pascual Ortiz Rubio, de Michoacán, obregonistas. Los de Colima, y Sinaloa, por problemas de momento y los interinos o provisionales de Chihuahua, Chiapas, Oaxaca, Morelos y Tamaulipas. El cónclave, como le llamó la prensa a esta reunión, dio principio el 6 de febrero en el Automóvil Club, ubicado en el bosque de Chapultepec.

Al iniciarse las reuniones la prensa dedicó sus esfuerzos a criticar el carácter privado que les imprimió Montes, ya que en principio se había dicho y pensado que serían abiertas. De las cosas que salieron a flote fue el nombramiento de una significativa Mesa Directiva; presidente, Federico Montes; vicepresidente, Carlos Castro Morales, de Yucatán; secretario, Gustavo Espinosa Mireles, de Coahuila y exsecretario de don Venustiano; y Alfonso Cabrera, de Puebla, hermano de don Luis.

Supuestamente los gobernadores examinarían la ley electoral para proponer las reformas necesarias. Algún suspicaz llegó a maquinar que la reunión tenía como fin proponer la reelección de don Venustiano, en caso de un levantamiento armado por parte de los candidatos. Sin embargo todo esto no pasó de la especulación. Las crónicas divierten al lector relatando que después de sólo una hora de sesiones, a las doce del día tomaron champaña y que el gobernador de Hidalgo, Nicolás Flores, decidió dar una vuelta en lancha por el lago, en compañía de dos colegas. Los trabajos de la convención, junta o cónclave, tuvieron su fin el día 9 de febrero a las once de la noche. El día 11 la prensa dio a conocer un manifiesto, que contenía las conclusiones generales de la reunión. El manifiesto tomó el toro por los cuernos en dos párrafos sustanciosos:

> algunos de los partidos políticos, desde el principio de sus trabajos electorales, han comenzado a suponer de parte de las autoridades y, especialmente, de parte del gobierno federal, la intención de conculcar la libertad de sufragio, basando toda su propaganda electoral en el supuesto de que su labor va a consistir en contender, no con otros

"...Tampoco asistieron Carlos Greene, de Tabasco, Pascual Ortiz Rubio, de Michoacán, obregonistas."

candidatos, sino con el gobierno mismo, a quien suponen resuelto a efectuar una imposición.
Esta versión difundida en todas las formas de propaganda ha sido algo como un preliminar, para hacer pública la intención de no acatar el voto del pueblo en el caso de que aquél les sea desfavorable, y de ir a la guerra civil para hacer valer sus derechos por la fuerza; propósito que se había expresado, primero, en la forma de sugestión velada; pero que más tarde se ha confirmado expresamente en mítines, en discursos de propaganda y muy particularmente en discursos parlamentarios.

El resto del manifiesto abunda sobre lo expresado y llega a conclusiones evidentes tales como la observancia de las leyes, el estricto apego a las mismas, etc. Lo que destaca, sobre todo, es el compromiso de apoyar al Presidente de la República, absolutamente, desde el día de la elección hasta el de la transmisión del poder. Agrega el manifiesto que si algún gobernador tenía deseos de participar activamente en la lista electoral, era menester que renunciase a su cargo 90 días antes de la elección, es decir, a principios de abril. Con esto dio fin el cónclave de dieciocho gobernadores que pasaron unos días en la Casa del Lago de Chapultepec, bebiendo champaña, comiendo bien y tomando acuerdos trascendentales.[27]

Finalmente, el ingeniero Ignacio Bonillas entró al país por Nuevo Laredo y el 19 de marzo llegó a Saltillo. En la capital de Coahuila declaró su aceptación formal de la candidatura a la presidencia de la República. Dos días más tarde llegó a la capital, donde fue recibido con demostraciones de simpatía por la maquinaria organizada al respecto. En el banquete que se le ofreció, el general Montes, jefe de la propaganda, defendió a su candidato. Alfonso Cravioto, el culto diputado constituyente, se permitió decir que "Flor de té" se estaba convirtiendo en ahuehuete. Cándido Aguilar dijo, con razón, que Bonillas había sido un representante diplomático que no cedió a los intereses de los Estados Unidos.[28]

Después de la llegada del candidato a la capital se iniciaron los trabajos electorales de manera más formal. De hecho, a Bonillas no le tocó protagonizar ya una campaña propiamente dicha. Para esas fechas las

[27] Sobre el cónclave de gobernadores: *El Universal*, 25, 28 y 29 enero, 6, 7, 10 y 11 de febrero 1920. *Campaña política*... v. II, pp. 239-240, 242-244, 254-258, 259-271, 271-276, 287-288, 288-295; "Historia de los telegramas...", 2 de febrero 1920 y *La caída de Carranza*, pp 146-147.

[28] *El Universal*, 22 marzo de 1920.

relaciones entre Sonora y Carranza eran tensas, el proceso al rebelde Cejudo estaba por abrirse y el ambiente comenzaba a anunciar tiempos difíciles.

Un pequeño balance de las campañas puede arrojar un resultado parcial. Obregón había recorrido el noroeste, el occidente, el centro y el norte en una campaña formal, ganando adeptos con su populismo y un enorme equipo de colaboradores que tejía relaciones con múltiples sectores sociales y políticos. González resultaba el más opaco, en cuanto a que su campaña no lo había llevado muy lejos de la capital y sus partidarios civiles pecaban en exceso de formalismo. Bonillas, el individuo que tenía las ventajas y las desventajas de ser desconocido, contaba también con la ventaja y la desventaja de ser apoyado por la maquinaria gubernamental. Con esas perspectivas, los tres llegaban al mes de abril, en el cual todo habría de decidirse.

PESADILLA

El mal del sueño.
(Encefalitis letárgica)
"...Los tres llegaban al mes de abril en el cual todo habría de decidirse."

IV. LA REBELION DE AGUA PRIETA

1

SONORA Y CARRANZA

Lejos de ser la causa del enfrentamiento entre el gobernador del Estado de Sonora y el Presidente de la República, se suele considerar al litigio entre ese Estado y la Federación por la soberanía sobre dos ríos sonorenses, como la fase inicial del conflicto. Aunque el asunto es más bien jurídico y administrativo que político, no deja de tener significación en este último aspecto, tanto por las personas como por las fechas en que se desarrolló. Y ya encadenado con los acontecimientos posteriores y con la animadversión propiciada entre los sonorenses por su prensa local contra el Poder Ejecutivo Federal, en ese sentido, el asunto de los ríos debe colocarse, más que como parte del primer acto, como tema de la obertura.

El 13 de mayo de 1918 fue declarado ser propiedad de la nación el Río San Miguel Horcasitas, conforme a lo estipulado en el artículo 27 de la Constitución, donde se asienta que todo río cuyas aguas sean permanentes desde su nacimiento hasta su desembocadura o que sirvan de límite entre dos estados o de límite internacional, son propiedad nacional. Con ese criterio y de acuerdo con los trabajos de los enviados de la Secretaría de Agricultura y Fomento se hizo la nacionalización del mencionado río. Más tarde, el 11 de junio de 1919, lo mismo sucedió con el Río Sonora, ubicado al norte del Estado, no lejos de Cananea.

Todo ello ocurrió siendo gobernador de Sonora el general Plutarco Elías Calles, quien entregó el poder a su sucesor, Adolfo de la Huerta, el primero de septiembre del mismo año. Si bien Calles no advirtió irregularidades en el asunto de los ríos, ni lo hicieron los gobernadores interinos que cubrieron sus ausencias, sí lo hizo su sucesor, quien solicitó la

reconsideración del acuerdo el 13 de enero de 1920. Antes de ello el periódico *Orientación*, con Clodoveo Valenzuela al frente, desarrolló una campaña sobre el caso, para contar con el apoyo de la opinión pública de la localidad. También se sumaron a la protesta de De la Huerta, los ayuntamientos de los municipios afectados por la disposición federal. La petición fue denegada por la agencia de la Secretaría de Agricultura y Fomento y, a la postre, por el propio Presidente. Pastor Rouaix, titular de la dependencia mencionada, hizo ver a De la Huerta que, si bien los ríos habían sido declarados propiedad nacional, sus aguas podían ser usufructuadas por los directamente interesados en hacerlo. En fin, el intercambio de notas se extendió hasta principios del mes de marzo. En ese tiempo no se llegó a un acuerdo. Varios meses después, en octubre, Sonora reivindicó sus derechos sobre el río que lleva su nombre.[1]

Más que los litigios por la soberanía federal o local por dos ríos, es menester encontrar por otro lado los hilos que llevan al núcleo mismo del conflicto entre Sonora y Carranza. El cambio de jefe de operaciones militares en la zona correspondiente al Estado es un punto de interés. A fines de 1919, el presidente Carranza, en uso de sus facultades, realizó algunos cambios en el gabinete. El general Juan José Ríos, que desempeñaba el cargo de Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, fue nombrado Jefe de Operaciones Militares en Sonora, en lugar del general Juan Torres. Según apreciación de Calles, en una carta dirigida a De la Huerta, le hace ver que Ríos fue removido por ser considerado partidario de Obregón. Calles mismo lo deja ver como elemento positivo para su causa, aunque no llega a declararlo partidario. Le recomienda a De la Huerta que impida una actitud negativa de parte de Torres. También le comunica al gobernador que

> ahora he confirmado la opinión de que el Presidente me trajo a ésta, no por tener en mí un colaborador, sino para sacarme del Estado de Sonora. No se escapará a ti la falsa situación en que me encuentro colocado, pues yo comprendo con toda claridad que no soy un elemento grato a los actuales hombres que rodean al Presidente y en todos los asuntos de importancia que he tratado, entre otros la huelga de Orizaba, he tenido la oposición abiertamente franca del Ministro de Gobernación, quien ha consentido y ha sugerido que la prensa del Gobierno me ataque.[2]

[1] Valenzuela y Chaverri, *Op. cit.*, pp. 9-55.
[2] *Ibidem*, pp. 73-76.

La presencia del general Ríos de hecho no alteró los trabajos de pacificación emprendidos por De la Huerta, con los yaquis.[3] Sin embargo, pronto se dio a conocer que la jefatura de operaciones militares de Sonora, dependería del divisionario Manuel M. Diéguez, nombrado Comandante en Jefe de Operaciones del Pacífico.

Dadas las amplias consideraciones que merecía su persona, se le otorgó la jefatura de una amplísima zona, que cubría a todo el noroeste, incluyendo la Península, y que se extendía a los estados costeños de Occidente. La presencia de Diéguez daría una dimensión distinta a las cosas. Por una parte, había permanecido incondicional a Carranza y, por otra, durante épocas anteriores había quedado su recuerdo como hombre de mano dura para los yaquis.[4] Ello era suficiente para alterar la paz interior de Sonora. De la Huerta dirigió un mensaje al Presidente, el 30 de marzo, en el cual expresa sus temores por la movilización de tropas a Sonora al mando de Diéguez. La idea era que este general tuviera su residencia en Hermosillo. De la Huerta hizo un relato a Carranza acerca de las condiciones de paz y normalidad existentes en el Estado, no sólo con respecto a los futuros comicios sino con respecto a los yaquis, que por entonces se encontraban en paz. Refiere De la Huerta que el propio Diéguez le había manifestado que su sólo paso por el sur del Estado sería suficiente para entorpecer los esfuerzos de pacificación del yaqui. Le pide, en fin, reconsiderar la orden de movilización de un contingente militar de número considerable, así como la presencia de Diéguez.

La respuesta de Carranza fue directa: le aconsejaba no dar crédito a versiones propaladas por la prensa amarillista de los Estados Unidos y, con respecto a Diéguez, le hacía ver que un movimiento de tropas federales no implicaba un atentado contra la soberanía local; por lo que respecta a los yaquis, se permitía Carranza calificar de absurda la idea de que se rebelaran por la sola presencia de un comandante militar. Finalmente, le aconsejaba adelantar el viaje que en la carta anterior anunciaba para el mes de mayo.[5]

Alrededor de ese intercambio de correspondencia, giraban rumores interesantes. Uno de ellos, captado por el telegrafista obregonista, Trinidad W. Flores, señala que el gobierno tenía comprado a Cesáreo Soriano para sustituir a De la Huerta en el momento en que Diéguez arribara a Hermosillo; asimismo, que Carranza había telegrafiado en clave a Murguía —jefe de operaciones en Chihuahua— para aprehender a

[3] *Ibidem*, pp. 59-63.
[4] Aguilar Camín, *Op. cit.*
[5] Valenzuela y Chaverri, *Op. cit.*, pp. 154-156.

"...De la Huerta hizo un relato a Carranza acerca de las condiciones de paz y normalidad existentes en el estado..."

Obregón. También transmite que el cónsul en Douglas, Arizona, telegrafió sobre unas declaraciones del general Calles en Agua Prieta.[6] Ese mensaje fue pasado por la Secretaría de Relaciones a Pedro Gil Farías, secretario particular del Presidente, y en él se asienta que Calles declaró lo señalado acerca de Soriano y que si Diéguez entraba a Sonora con ocho mil hombres, ello sería la causa del estallido de una contienda. Agrega la información del cónsul que el diario *La Nación*, de Nogales, informaba que había tres mil hombres listos para marchar a la frontera de Sinaloa para repeler las tropas del sur.[7]

De la Huerta y Carranza continuaron intercambiando mensajes, a los cuales es mejor atenerse. El tema del gobernador en su carta del 4 de abril al Presidente era ofrecer pruebas que le permitieran tener bases firmes para sus peticiones. Señalaba, en primer lugar, que a las versiones que circulaban en la prensa seguían hechos como las órdenes a las aduanas fronterizas para trasladar sus fondos al territorio norteamericano; la remisión de sólo un diez por ciento de estampillas solicitadas a la Secretaría de Hacienda. Además, contrariamente a las reiteradas solicitudes de envío de infantería de marina cuando los yaquis estaban en pie de guerra, en el momento en que se estaba en paz, aparecía la infantería de marina en Guaymas, con instrucciones de duplicar sus efectivos. Por último, la contraorden de la Secretaría de Hacienda de exportar ganado "no obstante el firme convencimiento que antes había manifestado de ser anti-económica e improcedente". Ello, señala De la Huerta, ha provocado la creencia de que se busca quitarle subsistencias al Estado en caso de rebelión, provocada por el gobierno federal.

La legislatura local sonorense se dirigió al Presidente en términos aún más violentos, prácticamente dando por hecho toda la "maniobra Diéguez". Carranza les respondió, tanto al gobernador como a los diputados locales el 9 de abril. A éstos les hizo ver que el Ejecutivo Federal no podría discutir con cada entidad sus planes militares. "Si cada Estado —dice Carranza— fuera a reclamar como violatorio de su soberanía el envío de tropas que quisiera hacer el Ejecutivo de la Unión, el principio de unidad de nuestra República quedaría enteramente deshecho y rotos los lazos de la Federación", con lo cual tenía toda la razón, por otra parte. Les hizo ver también que de esa actitud a la independencia absoluta sólo había un paso y el Ejecutivo a su cargo consideraba que su deber

[6] Historia de los telegramas..., 3 de abril 1920.
[7] Alberto C. Franco a Pedro Gil Farías, Archivo del General Juan Barragán Rodríguez, UNAM, 7 abril 1920.

era "afirmar el principio de cohesión federal". Concluye su carta en los siguientes términos:

> Queda, pues, a cada cual la responsabilidad de sus actos concretos: A ustedes, como Gobernantes de un Estado, la de desconocer la autoridad del Centro y relajar los vínculos federales, por motivo de personalismos y de susceptibilidad provincialista. Y a mí, como Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, la que pudiera corresponderme por aceptar los riesgos de un conflicto local sosteniendo la unidad del Gobierno Federal, dentro de las facultades que me da la Constitución.

La carta a De la Huerta mantiene el mismo criterio, sólo que es más amplia y explicativa. En ella señala como injuriosa la atribución que le hacen tanto la legislatura, como el general Calles en sus declaraciones y el propio gobernador, sobre toda la maquinación relativa al envío de tropas para así someter al principal núcleo obregonista del país.[8]

Diéguez mismo tuvo que dirigirse al Presidente para transmitirle el mensaje que, a su vez, envió a los jefes militares y al gobernador de Sonora. En dicho documento niega las versiones propaladas.[9] El 7 de abril la prensa dio a conocer un boletín oficial de la Secretaría de Guerra en el cual se señalaba que iría un contingente de ocho mil hombres a Sonora con el propósito de exterminar a los yaquis.[10] En ese contexto entró en escena el general Calles, quien en una carta a Diéguez le aseguraba que el pueblo de Sonora "ha perdido por completo la confianza en el gobierno del centro" y le manifiesta que si marchan tropas al Estado "se incendiaría una guerra civil que tal vez sea la más sangrienta de todas", y termina responsabilizando a Diéguez de ella. De inmediato, Calles procedió a dar órdenes al general Roberto Cruz, jefe de la primera línea del yaqui, en el sur del Estado, para dar principio a la movilización y para llevar salvo al general Angel Flores a Navojoa.[11] Para llenar los expedientes, el 9 de abril Calles se puso a las órdenes del gobierno de Sonora, para defenderlo en caso de que su soberanía fuese violada. Flavio A. Bórquez, Secretario de Gobierno, respondió de inmediato aceptando la oferta. La legislatura local, a cuyo frente estaba el licenciado Gilberto Valenzuela, otorgó facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda y Guerra al ejecutivo del Estado, por un periodo que concluiría hasta el

[8] Textos íntegros en Valenzuela y Chaverri, *Op. cit.*, pp. 154-156 y en Isidro Fabela, *Op. cit.* v. XVIII, pp. 376-387. Fueron también publicados en *El Universal*, 10 abril 1920.

[9] *La caída de Carranza*, pp. 161-162. *El Universal* 5, abril 1920.

[10] *El Universal*, 7 abril 1920.

[11] Valenzuela y Chaverri, *Op. cit.*, pp. 157-158 y 102.

ORIENTACION

DIARIO INDEPENDIENTE

Cervecería del Pacífico, S. A.

Precio: 10 Cts

¡A las Armas Ciudadanos!

DOCUMENTOS Y MOTIVOS PARA LA HISTORIA

El Estado de Sonora por los Fueros de su Independencia y Soberanía, Asume todos los Poderes Necesarios para su Defensa y Concede al Ejecutivo Local Facultades Extraordinarias en los Ramos de Hacienda y Guerra, Autorizándolo para Cambiar los Poderes del Estado, Cuantas Veces lo Considere Necesario

EDITORIAL

HE ALLI EL SAYON DEL GOBIERNO!

Terceramente, con Terquedad Criminal, el Pdte. Carranza Insiste en Movilizar Tropas a Sonora

EL CONGRESO DEL ESTADO DE SONORA, en nombre del pueblo decreta lo siguiente

Ley que concede facultades extraordinarias al Ejecutivo del Estado en los ramos de Hacienda y Guerra para defender la Soberanía del Estado

Al Margen de la Palpitante Situación del Estado

El General Calles Asume la Jefatura de las Operaciones Militares en el Estado

Por Acuerdo Extraordinario del Ciudadano Gobernador Constitucional

El C. Obregón Relata con Todos sus Detalles los Atentados Ocurridos en Tampico y el Complot de que Iba a ser Víctima

El Congreso del Estado Ratifica en Todas sus Partes su Viril Actitud Frente a los Desmanes del Centro

A Todos los CC. Presidentes Municipales del Estado

TELEGRAMA CIRCULAR

"...El pueblo de Sonora ha perdido por completo la confianza en el gobierno del centro."

Pida Ud. siempre Cerveza pura y deliciosa
de la
Cervecería del Pacífico, S. A.
Nada mas.

ORIENTACION

DIARIO INDEPENDIENTE

Tomo 9 - Num. 84 | Registrado como artículo de 2a clase en la Admon. de Correos. | Hermosillo, Son. Miércoles 14 de Abril de 1920 | Precio: 10 Cts

Toda la Fuerza Armada en Defensa de Sonora

Satisface Hondamente Ratificar que Todos los Jefes con Mando de Fuerzas en la Entidad, han Estado de Modo Unánime de Parte del Gob. del Edo. por Altas Razones de Principios, de Honradez y de Justicia

EDITORIAL

EL DISCURSO DE OBREGON

Texto Fiel de las Contestaciones Dadas por los Altos Jefes Militares con Mando de Tropas, al Ex-Jefe de las Operaciones Militares Gral. Juan José Ríos

Viril Acuerdo del Congreso Local

Dieguez se Apresta a Lanzarse a Peligrosa Aventura

Se Encuentra aun en Guadalajara, y desde allí Telegrafía Tratando de Sorprender otra vez la Buena fe de Sonora

El General Angel Flores, Jefe de la Primera División del Cuerpo de Ejército del Noroeste

Salió Rumbo al Sur, a Bordo de un Tren Especial, y le Acompaña Como Médico de sus Fuerzas, el Dr. Agustín Valenzuela

Nuevo Empleado

Texto de la Vibrante Adhesión del Mayor Preciado

AL MARGEN DE LA BRUJA DEL DIA

El Dr. Cruz Ofrece sus Servicios

Una Adhesión mas

El Coronel Jiménez Ofrece, Incondicionalmente, sus Servicios al Edo.

"...Le hizo ver que se trataba de someter a un estado de la federación que intentaba sustraerse del pacto federal..."

15 de septiembre de 1920.[12] La propia legislatura se dirigió al general Diéguez para aclararle que se contaba con fundamentos para poner en duda la honorabilidad de las declaraciones tanto del Presidente como suyas, teniendo en cuenta los casos de los estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas, así como el del ayuntamiento de la ciudad de México y el conflicto de poderes en Nayarit, para tener la seguridad de que el Ejecutivo violaría la voluntad popular con motivo de las elecciones venideras. Con respecto al movimiento de tropas señalan que, en efecto, es facultad discrecional del Presidente, pero debe concretarse a la seguridad interior y defensa externa, pero para proteger a un Estado, la Federación requiere de la excitativa previa de la Legislatura o del Gobernador, y que en el caso presente el estado de paz en Sonora no exigía una movilidad de elementos armados como la que se proyectaba.[13] El corolario de lo anterior fue el nombramiento del general Plutarco Elías Calles como comandante militar del Estado.

Los tres poderes de Sonora se dirigieron a su pueblo para darle a conocer sus puntos de vista sobre el inminente conflicto entre la entidad y Carranza. En 17 puntos sintetizaban todos los argumentos previamente expuestos en la correspondencia entre el gobernador y el Presidente, y entre la Legislatura y don Venustiano. Asimismo, los tres poderes daban garantías al pueblo de Sonora para que no sintiera comprometida su seguridad durante el conflicto que se aproximaba.[14] El 13 de abril el joven general Juan Barragán decía a la prensa que las autoridades sonorenses se habían rebelado y que el general Diéguez sería llamado urgentemente por el Presidente. La prensa de ese día daba a conocer en la ciudad de México el estado de la situación, agregando, además, que los rebeldes se habían incautado el ferrocarril Sud–Pacífico y habían maniobrado para tomar el cañonero "General Guerrero" que, según la prensa del día siguiente, escapó de manos de los rebeldes. Lo que fue un hecho es que las tropas federales, a cuyo mando estaba el general Juan José Ríos lo desconocieron, partiendo él de inmediato a la frontera, para ponerse a salvo de cualquier contingencia. Con eso, el poder militar de Calles era prácticamente absoluto en Sonora.[15]

El general Manuel M. Diéguez había permanecido en Guadalajara. Según testimonio de quien fuera su subalterno en las campañas del

[12] *Ibidem*, pp. 100-101 y Antonio G. Rivera, *La Revolución en Sonora*, México, Imprenta Arana, 1959, 531 pp., pp. 522-523.
[13] *La caída de Carranza...*, pp. 180-183.
[14] Manifiesto en Valenzuela y Chaverri, *Op. cit.* pp. 213-215.
[15] *El Universal*, 13 y 14 abril 1920.

constitucionalismo, general Amado Aguirre, a la sazón encargado con Camilo Pani de la propaganda obregonista en Jalisco. Aguirre fue llamado por Diéguez, quien tenía la intención de aprehenderlo, para llevarlo al frente de la columna de vanguardia a Sonora. Le hizo ver que se trataba de someter a un estado de la federación que intentaba sustraerse del pacto federal, y le prometía un grado militar inmediato superior al que ostentaba, es decir, general de brigada. Aguirre permaneció fiel al obregonismo y después de un par de entrevistas fue informado por un telegrafista de su confianza, que Diéguez le había manifestado a Carranza que lo convencería de tomar el mando de la columna, o de no hacerlo, lo aprehendería. Aguirre se dirigió de inmediato a Ahualulco y Etzatlán, donde comenzó a organizar tropas para hacerle frente a la situación.[16]

En México, el sonorense Roberto V. Pesqueira presentó una iniciativa a Carranza de nombrar una comisión que saliera a Nogales a parlamentar con los rebeldes para así evitar una nueva guerra civil. Bonillas, por su parte, que también era sonorense, censuró la actitud del general Calles, al mismo tiempo que la Comisión Permanente discutía si daba un voto de calidad al Presidente o no, cuestión debatida y derrotada por diferencia de un voto.[17] Para esos días Calles se encontraba en Agua Prieta y afirmaba contar con 25 000 hombres en todo el Estado.[18]

Mientras en Sonora ocurría aquello, en el vecino del sur, Sinaloa, el general Angel Flores se preparaba para atacar Culiacán, hecho que consumó el 20 de abril. Enrique Estrada, en Zacatecas, también se levantaba en armas. Por otro rumbo se daba a conocer que el general Arnulfo R. Gómez se unía en la Huasteca al rebelde por antonomasia de esa región, el general Manuel Peláez, en favor de los sonorenses.[19]

Por fin, el 20 de abril la expectante opinión pública recibía la noticia de que Diéguez se trasladaría a Sonora en el cañonero "Guerrero" para iniciar las operaciones militares. También se decía que el general Iturbe, gobernador de Sinaloa, reconquistaría la plaza perdida. El día 22, se anunciaba que Cándido Aguilar formaría una columna con tropas de Puebla y Veracruz, mientras que Arnulfo R. Gómez marchaba sobre Tampico.[20]

En suma, el movimiento se había generalizado en Sonora. Ahí, Calles contaba con el apoyo de todos los jefes militares, a saber, Roberto Cruz,

[16] Amado Aguirre, *Op. cit.*, pp. 311-312.

[17] *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados de la XXVIII Legislatura Federal*, 15 abril 1920; *El Universal*, 15 abril 1920.

[18] *El Universal*, 16 abril 1920.

[19] Valenzuela y Chaverri, *Op. cit.* pp. 231-238

[20] *El Universal*, 20, 21 y 22 abril 1920.

"...Por otro rumbo se daba a conocer que el general Arnulfo R. Gómez se unía en la Huasteca..."

Jesús M. Aguirre, Abelardo Rodríguez, Anatolio Ortega, Fausto Topete, Carlos Plank y Lino Morales. Sólo permaneció fiel al gobierno federal el general Miguel S. Samaniego. El caso de Ríos era más bien de abstención.

Lo que llama la atención, sobre todo, es la lentitud con que Diéguez preparó su campaña, ya que entre lo dicho en los diarios y la acción directa transcurría demasiado tiempo.

Acaso Carranza se salía con la suya al precipitar a los sonorenses a levantarse en armas, a la vez que éstos estaban más que dispuestos a hacerlo. Mas antes del enfrentamiento es menester seguir los pasos de la pieza principal del rompecabezas: el candidato Alvaro Obregón.

2

LA FUGA DE OBREGON

Obregón tuvo que interrumpir su gira electoral cuando se encontraba en el puerto de Tampico, para regresar a México vía Nuevo Laredo y Monterrey. Del puerto petrolero pensaba dirigirse al sureste, donde Felipe Carrillo Puerto y, en general, el Partido Socialista de Yucatán, habían preparado el terreno no sin tener que vérselas con las autoridades. En Monterrey, Obregón lanzó el más enérgico de sus discursos, en el cual lanzó ataques verbales contra Cándido Aguilar, quien se había desempeñado como orador a la ofensiva, en la campaña de Bonillas. El 5 de abril emprendió Obregón su viaje a la capital de la República donde había sido llamado a declarar en el proceso Cejudo, por el subsecretario de Guerra, general Francisco L. Urquizo.

Para preparar el terreno, Carranza envió una circular a los gobernadores de los estados, en la cual se transcribían los mensajes encontrados a Cejudo, donde se demostraba el acuerdo entre Obregón y el rebelde.[21] La contraofensiva obregonista consistió en un manifiesto que lanzaron los obregonistas miembros del Poder Legislativo. El texto reproduce el *leit motiv* que se encuentra en la correspondencia de Calles, De la Huerta y la Legislatura sonorense, a saber, la burla del sufragio en Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Tamaulipas, Ayuntamiento de México, etc. Además, claro, señalar la imposición de Bonillas y el apoyo del aparato oficial en su favor. Si bien los firmantes no constituían una mayoría de las cámaras, sí representaban a un buen número de sus integrantes.[22]

Pablo González, que todavía existía, proponía el retiro de las candidaturas y la presentación de "un hombre independiente y prestigiado". Su salida patriótica consistía en tratar de establecer un acuerdo entre aspirantes para que retiraran su candidatura. La proposición, para Obregón, resultaba extemporánea, ya que él sabía que se le iba a aprehender después de rendir declaración el 12 de abril a las 10 de la mañana.[23] No obstante ello, Obregón y González se reunieron en el restaurante Chapultepec, con sus "estados mayores políticos": Jacinto B. Treviño, Rafael Zubaran Capmany, Aureliano Mendívil, Luis G. Cervan-

[21] Liceaga, *Op. cit.* p. 607.
[22] *El Universal*, 9 abril 1920 y *La caída de Carranza* pp. 195-196.
[23] Francisco L. Urquizo, "Memorias del general...", México, D.F. abril 1930. Copia mecanoescrita en AAA, caja X, exp. 36 (1186). ff. 27-67. De este documento también se vio copia en el archivo de Juan Barragán. Vid. *El Universal*, 10 abril 1920.

tes, Juan Sánchez Azcona y Benito Ramírez G.[24] Esa fue la última ocasión en que se vería públicamente a Obregón antes de su presentación ante las autoridades de la justicia militar. Lo que ahí probablemente se pactó fue la alianza que fructificaría a finales del mes.

Lo que ocurrió después fue la peliculesca escapatoria de Obregón. Cuenta Miguel Alessio Robles que salieron en un coche descubierto él, Zubaran y Obregón. El coche salió de la calle de Colima a la de Orizaba y, al pasar por la plaza, después de haber cambiado Obregón su sombrero de jipi por uno negro con Zubaran, se arrojó a los setos y se les perdió a los agentes que los seguían ostentosamente por todas partes. Cerca lo esperaba el ferrocarrilero Margarito Ramírez quien lo llevó a su casa en la colonia Guerrero donde esperaron el momento para trasladarse a la estación de Buenavista. Ahí, disfrazado de garrotero, con un gabán encima del brazo derecho, fue llevado a Contreras, donde emprendió su viaje al sur.

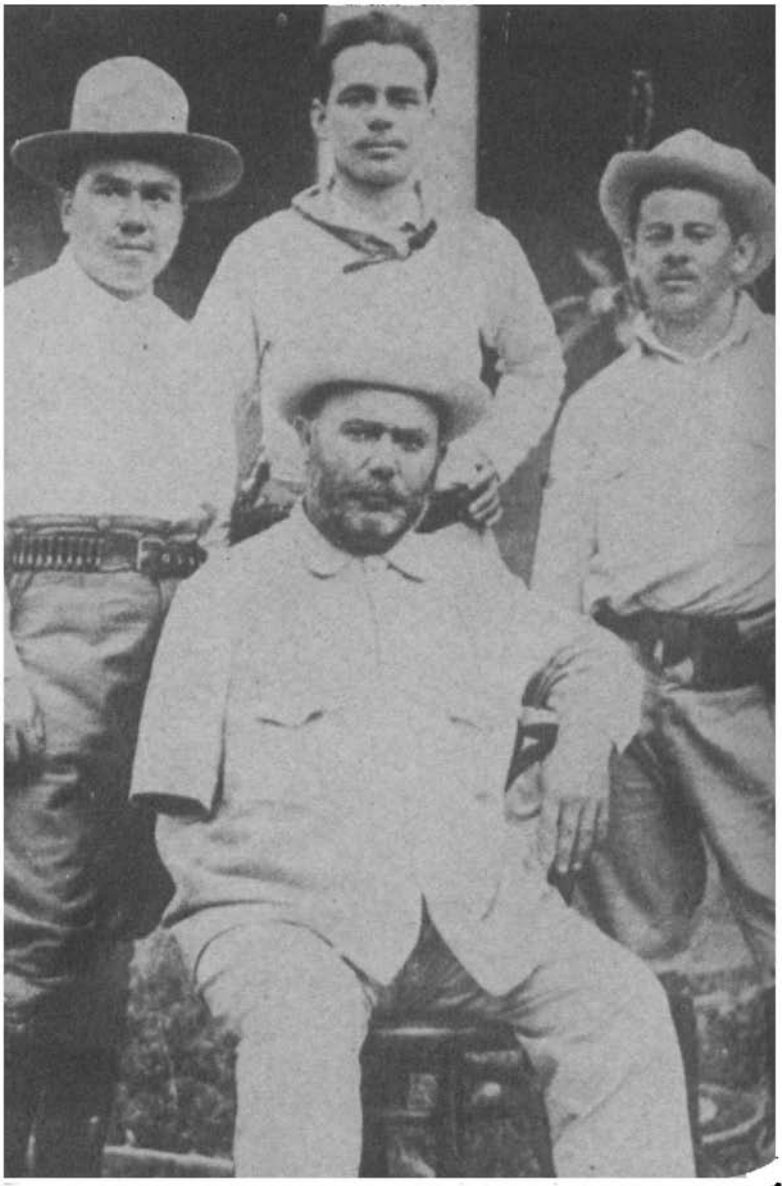
El suspenso continuó hasta la llegada de Obregón a Iguala, alrededor de las siete de la noche del día 13. Los obregonistas guerrerenses se habían movilizado adecuadamente. Entre ellos cabe señalar al general Rómulo Figueroa y a los licenciados Eduardo Neri y Teófilo Olea y Leyva —este último de los "Siete Sabios"—, además de personajes tan disímbolos como Luis N. Morones, quien se encontraba en Chilpancingo y —como dato curioso—, el mayor José Rolón, de la banda de música. Lo importante del caso es que este grupo había hecho labor de persuación con el jefe de Operaciones Militares, general Fortunato Maycotte, quien efectivamente tuvo en sus manos al candidato fugitivo. Pero Maycotte, como todos los que se mostraron partidarios de Obregón, demostró tener confianza en el futuro —al menos en el inmediato— y no en lo que representaba el presidente Carranza. En fin, Obregón llegó sano y salvo a Iguala, desde donde se trasladó, ya sin ocultamientos, a la capital guerrerense. En todo eso, la pieza básica fue Margarito Ramírez.[25]

La ausencia de Obregón en la capital causó sensación. La prensa del día 13 de abril reporta que Obregón no acudió a la cita con el juez; la del 14 comenzó a especular, pero con bases: *El Universal* reportaba, con grandes letras que Obregón y Hill iban rumbo a Iguala, donde en efecto ya estaba uno de ellos. Con tono de alarma, el editorial del día hace un

[24] *El Universal*, 12 abril 1920.

[25] El relato de Miguel Alessio Robles en *Op. cit.* pp. 233-237 Los relatos del propio Obregón y de Margarito Ramírez en Valenzuela y Chaverri, *Op. cit*, pp. 179-185. Carta de M. Ramírez al Lic. Eduardo Neri y versión del mismo en Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, México, s/e, 1970, 701 pp., 460-463.

Lo que ocurrió después fue la peliculesca escapatoria de Obregón."



"...Lanzó un manifiesto desde Chilpancingo en el cual responsabilizaba a Carranza de sostener una candidatura impopular..."

llamado a la concordia y exhorta a militares y civiles a pensar en la patria, antes que en el poder. Sin embargo, después de una pista cierta, el mismo periódico se fue con el engaño, y como Hill no había ido a Iguala, se especuló que Obregón estaba escondido en Tacuba.

La ausencia del candidato y de Hill propició que *El Monitor Republicano* dejara de publicarse a partir del día 15. Mientras tanto, la especulación continuaba. Algunos lo ubicaban en el pueblo de Pungarabato, a donde se suponía había ido por el rumbo de Zitácuaro. En realidad, al menos la prensa manifestaba no tener idea acerca del paradero de Obregón. Asismismo las autoridades militares, que en comunicación a Maycotte ubicaban al fugitivo en el rumbo de Temascaltepec.[26] La Secretaría de Guerra, pero a través de Barragán, dio a la prensa un mensaje de adhesión de Maycotte, firmado el 14 de abril, así como también las protestas de adhesión del general Francisco Cossío Robelo, jefe de las Operaciones en Cuernavaca, y hasta de Pascual Ortiz Rubio, es decir, de todos los ya para entonces involucrados en la fuga.

El día 20, por fin, ocurrió algo: Barragán declaró a la prensa tener noticia del paradero de Obregón, más o menos acertada, y el candidato, a su vez, lanzó un manifiesto desde Chilpancingo en el cual responsabilizaba a Carranza de sostener una candidatura impopular y de apoyarla con el tesoro nacional y, lo más importante, declara ponerse a las órdenes del "ciudadano Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Sonora, para apoyar su decisión y cooperar con él hasta que sean depuestos los Altos Poderes".[27]

Obregón se lanzaba a la lucha, pero su manifiesto no tuvo la difusión necesaria, por lo cual, la prensa seguía especulando. Para pasar de Guerrero al Distrito Federal era necesario contar con las piezas más adecuadas. El general Cossío Robelo, gonzalista, había actuado favorablemente en la fuga, pero los obregonistas ya contaban, desde antes, con una alianza más segura, por lo que se refiere a Morelos: el general zapatista Genovevo de la O. A través de un intermediario, Aurelio Calva, quien había conferenciado con Hill, De la O había aceptado entrar en alianza con los obregonistas, toda vez que los principales jefes zapatistas, como Gildardo Magaña y Fortino Ayaquica, habían perdido la fuerza original del movimiento. De la O fue de los que siguieron alzados en su rumbo de Santa María Ahuacatitlán, en la zona boscosa cercana a los límites entre Morelos y el Distrito.

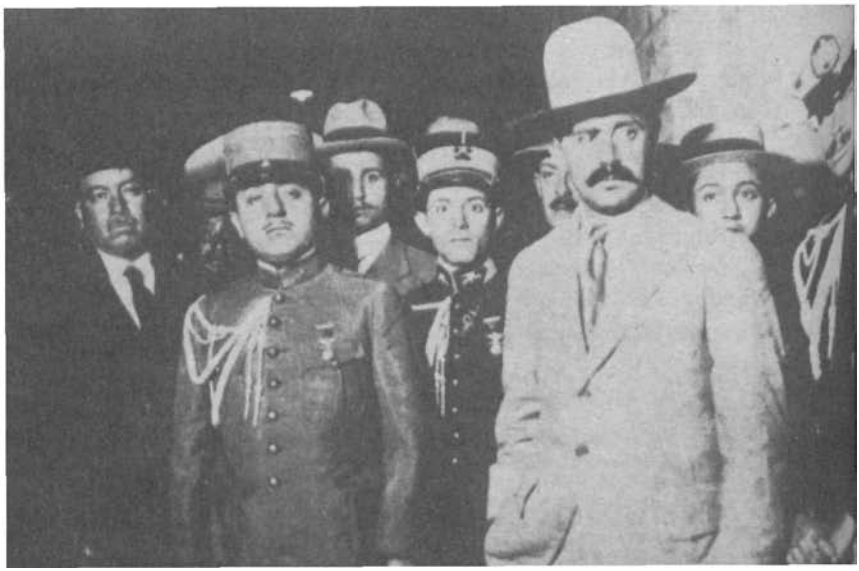
[26] AHDN XI/481.5/134 (74) ff. 43-44. *El Universal*, 15 abril 1920.
[27] Se publica el manifiesto en *La caída de Carranza*, pp. 203-206.

Los obregonistas entregaron armamento a los zapatistas de De la O y éste descarriló un tren a finales de marzo, con prueba de la alianza, y realizó un ataque a Milpa Alta. Cuando los zapatistas realizaron un intento de rescate de Benjamín Hill en Contreras, se suscitó una acción de armas donde perdieron la vida algunos de los atacantes, entre quienes iba Aurelio Calva, y el 20 de abril, pese a la balacera, Hill llegó a entrevistarse con De la O en Tepeite, Morelos, donde estaba el campamento revolucionario. Para el 2 de mayo, De la O, Hill, Salvador González y Donato Bravo Izquierdo recibieron a Obregón en Zacatepec.[28] Con todo, Obregón le seguía teniendo más confianza a los zapatistas que a los gonzalistas. El anticarrancismo era un punto de unión mayor entre el caudillo sonorense y los del sur.

El candidato había escapado de la trampa que le había tendido el Primer Jefe.

[28] Martha Rodríguez García, *Genovevo de la O. Un jefe zapatista*. Tesis, México, Universidad Iberoamericana, 1978, 267 pp., pp. 214-230 y para conocer la situación de los zapatistas, en general, después de la muerte de su caudillo, John Womack Jr. *Zapata y la revolución mexicana*, trad. Francisco González Aramburu, México, Siglo XXI Editores, 1969, 443 pp., pp. 342-351.

El general Roberto Cejudo a su llegada a la capital.



3

DE AGUA PRIETA A TLAXCALANTONGO

a) *Las defecciones y las alianzas*

El Plan en el cual se hacía conocer a la opinión pública cuáles eran los propósitos que perseguían los sonorenses fue dado a conocer como "Plan de Agua Prieta" el 23 de abril de 1920. Por su redacción, a primera vista salta un añejo sabor decimonónico. Poca diferencia podría encontrarse entre éste y otros muchos de los planes que llevaron al poder a hombres como Paredes Arrillaga, Santa Anna y Porfirio Díaz. El Plan de Agua Prieta se parece al del Hospicio como puede parecerse al de la Noria o al mismísimo de Ayutla. No se parece, en cambio al de San Luis o al de Ayala, pero sí guarda aspectos en común con el de Guadalupe. Tiene en cambio lo suyo propio. Desconoce, sí, al Presidente a causa de la imposición y todo lo demás; desconoce, también, a los gobernadores de Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí, Nuevo León y Tamaulipas; desconoce al Ayuntamiento de México y, por otra parte, reconoce como gobernador nayarita al general Santos Godínez, a quien la Federación no reconocía su triunfo por ser obregonista e invita, finalmente, a la unión y reconocimiento del plan. Un aspecto básico es que asume la autoridad de la Constitución vigente y, para proveer de autoridades, se reserva el derecho de deponer a aquellos que muestren su hostilidad al movimiento. El jefe supremo del Ejército Liberal Constitucionalista era Adolfo de la Huerta (civil, como el Primer Jefe) y la máxima autoridad militar era el de Agua Prieta, por antonomasia: Plutarco Elías Calles.

Firmaban el documento un buen número de militares y civiles de Sonora, quienes estaban seguros de dar los pasos que debían, con mucha seguridad. Tres días antes, otro sonorense había hecho reconocimiento implícito del Plan de Agua Prieta, desde Chilpancingo, al subordinarse a De la Huerta. El pronunciamiento de Obregón llevaba tras de sí a la jefatura de operaciones militares de Guerrero, con Maycotte, y al gobierno del mismo Estado, con Figueroa a la cabeza. Como ya se señaló los zapatistas trabajaban al unísono, gracias a las gestiones de otro hombre de Sonora, el divisionario Hill.

Pascual Ortiz Rubio y Enrique Estrada, gobernadores de Michoacán y Zacatecas, ya se habían levantado en armas desde el 15 y 16 de abril, lo mismo que el general Carlos Greene, gobernador de Tabasco.

Art. 14º El Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista nombrará Gobernadores Provisionales de los Estados de Guanajuato, San Luis Potosi, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas; de los que no tengan Gobernador Constitucional y de todas las demás Entidades Federativas cuyos primeros Mandatarios combatan o desconozcan este movimiento.

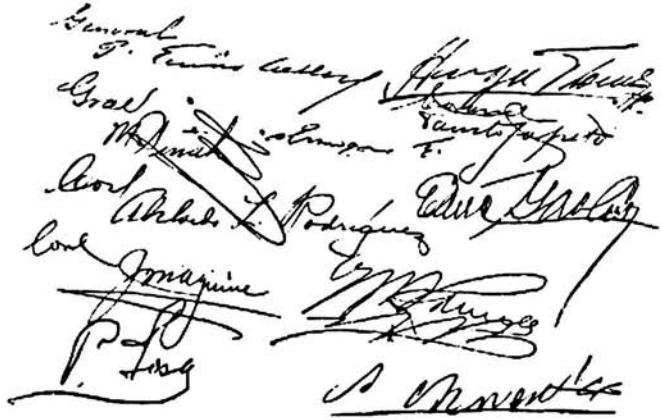
Art. 15º Consolidado el triunfo de este Plan, el Presidente Provisional autorizará a los Gobernadores Provisionales para que convoquen inmediatamente a elecciones de Poderes Locales, de conformidad con las leyes respectivas.

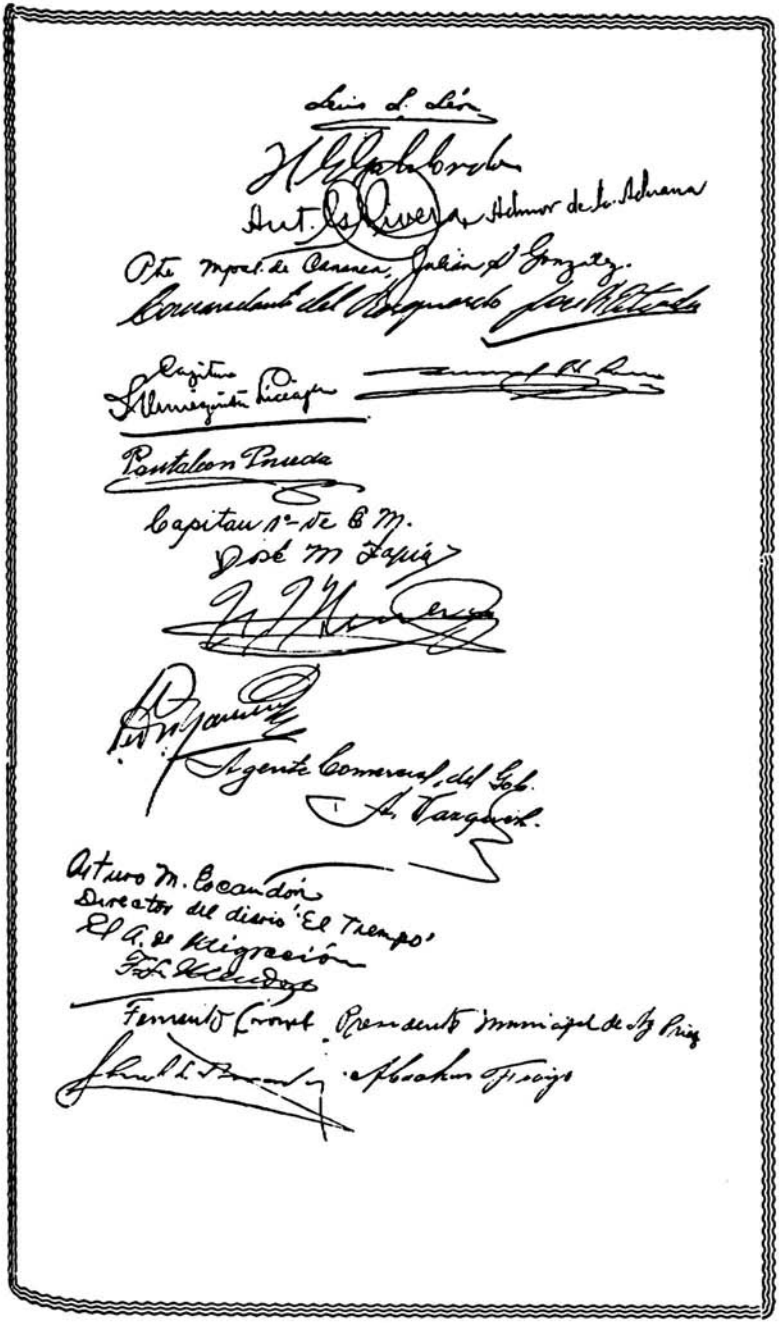
Art. 16º El Ejército Liberal Constitucionalista se regirá por la Ordenanza General y Leyes militares actualmente en vigor en la República.

Art. 17º El Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista y todas las autoridades civiles y militares que secunden este Plan, darán garantias a nacionales y extranjeros y protegerán, muy especialmente, el desarrollo de la industria, del comercio y de todos los negocios.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.

Agua Prieta, Sonora, abril 23 de 1920.





Chihuahua dejó de ser carrancista con suma rapidez, dado el éxito de los generales Joaquín Amaro, Eugenio Martínez y Francisco R. Serrano, quienes rápidamente se adueñaron de la situación en ese Estado. El flanco oriental de Sonora estaba asegurado. Aquí cabe destacar que el gran problema de Chihuahua, Pancho Villa, permaneció a la expectativa, dado que no le tenía confianza a los sonorenses, pero podía aún más su enemistad con Carranza.

El sur de Sonora estaba asegurado, ya que el general Iturbe no pudo hacer nada contra Angel Flores. Sinaloa prácticamente no ofrecía problemas y con el triunfo florista se arreglaba una vieja rencilla por el poder, iniciada desde 1917 y que concluyó con el sitio de Culiacán y el traslado de poderes a Mazatlán por parte del gobernador leal a Carranza, Iturbe. En 1920, Flores arregló esas cuentas pendientes.

El caso nayarita, para seguir hacia el sur, fue de poca resistencia, toda vez que Diéguez, al parecer, seguía indeciso y los aguaprietistas rápidamente aprovecharon el fermento post-electoral para hacerse fuertes en la nueva entidad.[29]

Al contar prácticamente con la región del noroeste hacia fines de abril y tener, de hecho, a los estados de Guerrero y Michoacán, la pieza de enclave era Jalisco. Esta entidad vivió en la incertidumbre hasta el once de mayo. Ese día, tres después de que el comandante del Pacífico, general Diéguez había regresado a la capital tapatía, el coronel Isaías Castro preparó la aprehensión del divisionario, quien no pudo oponer ninguna resistencia. Es factible especular sobre la posible falta de fe de Diéguez en la situación carrancista, ya para entonces insostenible, dada su inactividad militar. El caso es que fue llevado a la prisión militar de El Carmen, sitio que fue artillado para impedir una posible acción de rescate. Las fuerzas de Castro fueron apoyadas por las del general Jesús M. Garza, quien traía tropas de Zacatecas. Más adelante, Enrique Estrada entró en Jalisco y fue nombrado jefe de operaciones en ese Estado. El gobernador fue aprehendido también y se le asignó ese puesto al constituyente Ignacio Ramos Praslow. Con Jalisco, tomado el 11 de mayo, de hecho casi toda la costa del Pacífico era de los aguaprietistas.[30]

Faltaría incluir a Oaxaca y Chiapas para que el movimiento iniciado el 23 de abril tuviera realmente al litoral oeste completo. En la primera entidad hacía poco que habían pasado las elecciones, habiendo triunfado en ellas el general Carlos Tejeda, de la confianza carrancista. El ge-

[29] Valenzuela Y chaverri, *Op. cit.* y *Campaña política...*
[30] *Ibidem* y *El Universal*, 15 mayo 1920.

neral Luis T. Mireles y el coronel Rafael R. Navarro fueron los elementos encargados de organizar a las tropas, con las cuales intimidaron a los gobernadores entrante y saliente para reconocer el movimiento de Hermosillo. Los gobernadores se negaron, pero carecían de elementos para enfrentarse a los sublevados, quienes capitalizaron a favor de su causa el movimiento de la Soberanía que tenía levantada en armas a la Sierra de Ixtlán. Los soberanistas firmaron un pacto en San Agustín Yatareni, donde el general Isaac M. Ibarra pactaba con los aguaprietistas, pero se cuidaba de conservar ciertas prerrogativas propias del movimiento que por varios años había mantenido en pie de lucha a los serranos. Este fue el establecer el imperio de la Constitución Federal de 1857 así como la local del mismo año, y todo lo de ellas derivado.

Ello duró sólo veinte días, pues al triunfo definitivo de la rebelión sonorense los oaxaqueños se vieron precisados a reconocer a la Constitución de 1917, tal como lo señalaba el Plan de Agua Prieta.[31] En Chiapas los de Sonora no encontraron tampoco una resistencia carrancista de proporciones mayores. En ese Estado dominaba, por la zona de San Cristóbal, la Brigada Las Casas, comandada por el general rebelde Alberto Pineda Ogarrio, de filiación felixista, originalmente. Separado de don Félix por operar en zonas distantes, Pineda no había depuesto las armas y los aguaprietistas trataron de utilizarlo para sus fines. Por las características que llevaba su movimiento, similares a las de los oaxaqueños, Pineda fue utilizado más no subordinado. El, como Félix Díaz y los soberanistas, pedían el imperio de la Constitución liberal. Fue por ello que el triunfo de la rebelión en Chiapas se debió a la labor de convencimiento con las tropas federales ahí estacionadas y no tanto con los rebeldes. Sin embargo la presencia de Pineda fue un factor muy favorable porque ello representaba un núcleo fuerte de anticarrancismo. Ese factor propició la hegemonía sonorense en toda la costa del Pacífico. El caso de Pineda quedó pendiente.[32] Lo importante fue vencer al comandante militar en la zona, general Alejo González, sitiado en la finca "La Catarina", a donde huyó después de que los rebeldes tomaron Tuxtla Gutiérrez. Esto tuvo lugar ya a finales del mes de mayo.

La Península de Yucatán tampoco ofreció resistencia carrancista a los

[31] Jorge Fernado Iturribarría, *Oaxaca en la Historia, (De la época precolombina a los tiempos actuales)*. México, Editorial Stylo, 1955, XXXV-471 pp., pp. 395-403.

[32] Prudencio Moscoso Pastrana, *El pinedismo en Chiapas, 1916-1920*, comentario de Guillermo Zozaya Molina, México, Ed. del autor, 1960, 336 pp., pp. 299-324 y Santiago Serrano, *Chiapas revolucionario. Hombres y hechos*, Tuxtla Gutiérrez, s/e, 1923, 235 pp., 209217

"La labor previamente desarrollada por Felipe Carrillo Puerto, a través del laborismo ayudó al movimiento..."

de Agua Prieta. Concretamente en Yucatán, la labor previamente desarrollada por Felipe Carrillo Puerto, a través del laborismo, ayudó al movimiento. Privaba asimismo en Yucatán una situación difícil por varios factores: el alvaradismo anterior que el gobierno del Centro trató de destruir, causando con ello la reacción de los grupos que representaban al ex gobernador y creador de la Reguladora del Henequén; el ya citado Carrillo, que llevó adelante el radicalismo yucateco, todo lo cual podía coincidir en un repudio de la población a Carranza.

Caso de particular interés fue Tabasco. Como se conoce, el general Carlos Greene fue de los gobernadores que no asistieron a la reunión convocada por Montes y compañía. Eso ya le otorgaba un carácter de independencia frente a Carranza y, por consiguiente, el Estado se encontraba de parte de los sonorenses. Un dato de interés es que el licenciado Tomás Garrido Canabal, también aliado de la causa aguaprietista fue nombrado, al triunfo de aquélla, gobernador de Yucatán, con carácter provisional. Garrido sustituyó a Carlos Castro Morales, gobernador leal al gobierno del Centro. Al igual que Pino Suárez, otro tabasqueño resultaba gobernador de Yucatán. Caso interesante de influjo político en la zona, ya que en la etapa alvaradista Mérida ejercía influjo sobre la Península, Tabasco y la zona chiapaneca vecina a esta entidad, mientras que en otras ocasiones, había sido Tabasco el centro de poder que se difundía hacia toda la región.[35]

La situación de la República era favorable, en términos generales, a los rebeldes de Agua Prieta. Para cerrar el Golfo, ya se ha señalado que el general Arnulfo R. Gómez entró en contacto con el hombre fuerte de la Huasteca, Manuel Peláez, quien se unió a los sonorenses. Con ello la salida por Tampico se hacía difícil y sólo quedaba el estado de Veracruz como posibilidad. Cabe recordar que, sin embargo, en Veracruz operaban la gavilla de Higinio Aguilar y las fuerzas felixistas. Claro está que se contaba con el hecho de que el gobernador Cándido Aguilar se sentía fuerte en su estado. El fue el encargado de organizar las operaciones de la Huasteca y le dio una importante comisión al general Guadalupe Sánchez para contribuir a la defensa del Estado.

En términos generales, hacia fines del mes de abril y principios de mayo, la situación general era favorable a los sonorenses, quienes iban demostrando que el ejército estaba con ellos. La mejor manera de probarlo es que casi nadie presentó resistencia. A ello hay que sumar la lentitud

[35] Alfonso Taracena, *Historia de la Revolución en Tabasco*, México, Ediciones del Gobierno de Tabasco, 1974, 436 pp. 377-379.

con que procedió el gobierno federal para presentar una resistencia formal. La guerra tenía lugar más en el periódico que en el campo de batalla. Así lo atestiguan las numerosas noticias acerca de que el general Diéguez saldría en el cañonero "Guerrero" a desembarcar en Mazatlán o Guaymas para hacer frente a la rebelión. Asimismo, Aguilar organizaba tropas y expedía nombramientos, pero no combatía. Las plazas caían casi sin resistencia. El ejército demostraba su obregonismo.

Una vez más la proverbial lentitud de don Venustiano tenía lugar. Es muy factible pensar que él estaba esperando saber con quienes contaba realmente. Acaso sus dudas sobre algunos divisionarios no eran justificadas, cual sería el caso de Diéguez, a pesar de todo, de Cesáreo Castro, de Murguía y de su yerno Aguilar. Pero, en cambio, González no ofrecía demasiada seguridad. Es posible que don Venustiano esperara conocer la reacción de las tropas que estuvieron bajo el mando de don Pablo para ver qué actitud debería tomarse.

El 30 de abril es la fecha que trae al calce un manifiesto de Pablo González que la prensa publicó hasta el 8 de mayo. En él hace una terrible crítica sobre el imposicionismo electoral, que le sirve de base para justificar su actitud de desconocimiento del gobierno de Carranza. Para apoyar con hechos sus declaraciones, se trasladó a Texcoco, en compañía de los generales Jacinto Blas Treviño, el divisionario que faltaba de definirse, y su antiguo subordinado, Manuel W. González.

Con la defección de Cossío Robelo, quien también lanzó un manifiesto anticarrancista el 2 de mayo, el Valle de México y áreas circunvecinas quedaban en manos de gonzalistas, dado que todo ese material humano había dependido de don Pablo. Esta era la señal que acaso esperaba Carranza para proceder. Con el agua subiéndole al cuello, don Venustiano tuvo la paciencia de esperar a una fecha patriótica, el 5 de mayo, para lanzar un Manifiesto a la nación, más propio para historiadores que para ciudadanos.

b) Carranza organiza su defensa

El largo y detallado manifiesto de Carranza puede considerarse sin exagerar, como la primera pieza parahistoriográfica relativa al movimiento. En ella, don Venustiano hace un recuento de los hechos sin dejar fuera prácticamente ningún elemento informativo. Principia por recordar el sentido de la lucha emprendida por él con el Plan de Guadalupe y las razones que tuvo para aceptar en 1917 la presidencia. Asimismo recuerda a la nación que a principios de 1919 lanzó un manifiesto en el cual pedía

...El divisionario que faltaba definirse, y su antiguo subordinado, Manuel W. González."

aplazar el lanzamiento de candidaturas, tanto por razones de seguridad interna como exterior. Con todo eso como preámbulo, pasa don Venustiano a hacer un análisis de las candidaturas de Obregón y González. La del primero la caracteriza como de oposición, pero que incurrió en confundir oposición con incitación a la rebeldía. Conecta la campaña obregonista con el caso Sonora y pone de manifiesto que De la Huerta y Calles mantuvieron una actitud de provocación hacia el gobierno federal. Finalmente, relata detalles del proceso Cejudo que permitieron sacar a la luz pública la connivencia de Obregón con algunos de los grupos rebeldes que abundaban en el país. Más adelante caracteriza al otro candidato, al general González, de quien dice haber insistido en mantener su posición de militar y candidato al mismo tiempo, hasta que, finalmente en diciembre de 1919 se le concedió la licencia para cumplir con los requisitos legales. Sin embargo, se permite don Venustiano criticar a don Pablo por no haber realizado una verdadera campaña electoral, sino hacer una labor de convencimiento con sus subordinados militares, mientras que a Obregón le criticó el utilizar la campaña para subvertir. Finalmente llega a Bonillas, a quien pinta como candidato del civilismo frente a las expresiones militaristas que eran Obregón y González. Ahí desmiente que se trate de un candidato oficial.

Llega al final de su largo y prolijo documento haciendo alusión a que cuenta con cuatro divisionarios, Murguía, Diéguez, Aguilar y Cesáreo Castro, además de muchos otros generales y jefes que han permanecido leales. Con ellos procederá a hacerse la defensa de las instituciones ante un problema que califica de exclusivamente militar.[34]

Don Venustiano insistió hasta el final, en la oposición entre civilismo y militarismo, dándole una carga positiva al primero y negativa al segundo. El tipo de lector que pudiera con el manifiesto podría entender muy bien el mensaje carrancista, sólo que ese lector se hallaba confinado a la capital de la república, donde la situación era cada día más insostenible. Las masas eran ajenas al manipuleo ideológico de civiles contra militares y demostraban su actitud política como un acto de fidelidad hacia quien hubiera sido su jefe de armas. Con todo, el manifiesto es excelente. Es, parafraseando a Cabrera, la herencia de Carranza. Una pieza más que lo pinta de cuerpo entero: las palabras justas, sin verborrea, todo medido, el dardo bien lanzado al sitio donde debe caer, la arquitecura lógica, bien planeada, todo en función de su idea central. Su emulación a Juárez siempre fue atinada.

[34] Fabela, *Op. cit.*, v. XVIII, pp. 413-430.

Desafortunadamente, para él y su causa, la lentitud fue su peor enemigo. Si eso le trajo beneficios en otros tiempos, ya con Agua Prieta perdió la dimensión y respondió cuando sólo podía jugarse la última carta.

Con Diéguez en el Bajío, rumbo a Guadalajara, Carranza confió la jefatura de operaciones del Valle de México al prestigiado general Francisco Murguía. La mención de Diéguez no es gratuita. Entre los dos generales existía una gran rivalidad, que incluso Plutarco Elías Calles manejó en una comunicación provocativa dirigida a Diéguez donde le recomendaba auxiliarse con Murguía para ir a combatir a Sonora. Murguía, pues, fue la autoridad militar que se encargaría de resguardar lo que el Presidente habría de disponer como elemento de salvación.

Si bien la prensa del día 4 de mayo había dicho que México no sería evacuado, según declaraciones oficiales, el general Murguía se dedicó a hacer un reconocimiento de la vía del ferrocarril mexicano, uno de cuyos tramos había sido volado por fuerzas de Jesús Guajardo. Una vez asegurada la vía, con la columna de Murguía como vanguardia, se procedió a la evacuación, a partir del 6 de mayo.

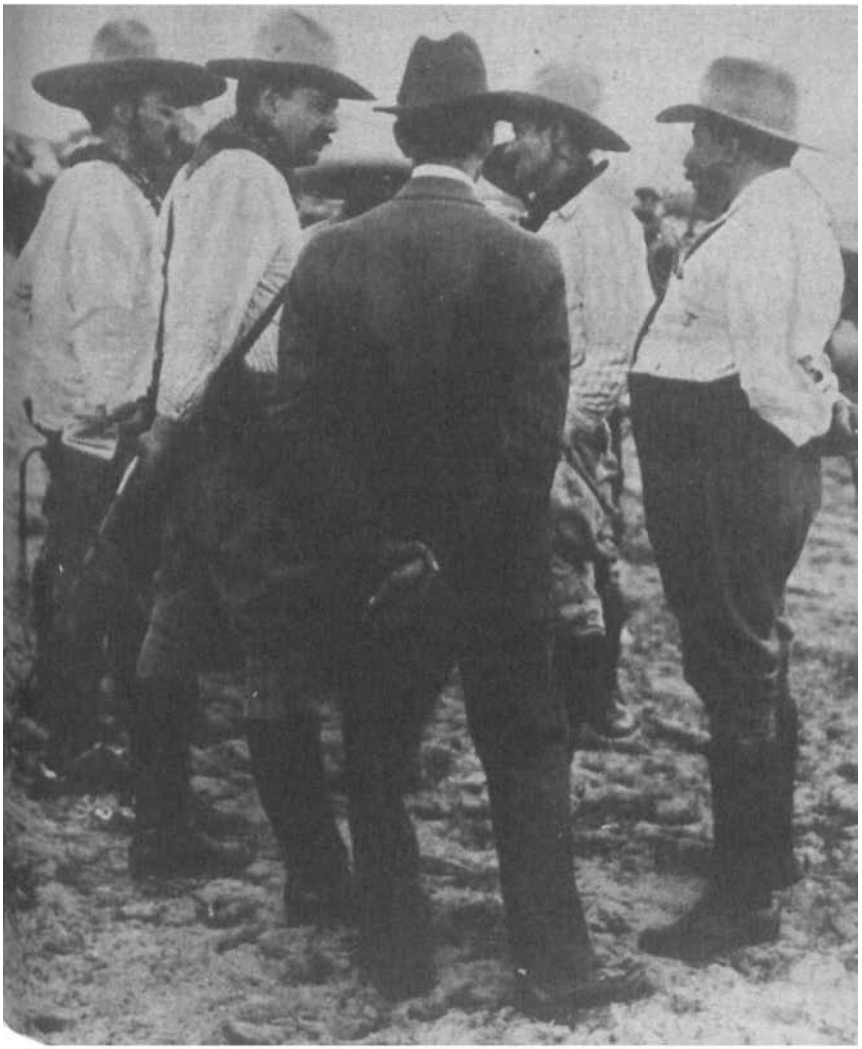
La idea de Carranza era seguir la vía del ferrocarril mexicano rumbo al golfo de México. Si no podía llegar a Veracruz, entonces trataría de hacerlo a Tampico o tal vez a Tuxpan, y de ahí, por mar, bajar a Veracruz desde donde haría frente a la rebelión, como sucedió durante los días del constitucionalismo. Contaba con su columna de vanguardia y con tropas a lo largo de toda la vía, incluyendo las del general Guadalupe Sánchez ya en territorio veracruzano.

Un movimiento de ese tipo se antoja con la impedimenta necesaria. Carranza, que siempre pensó en la cobertura legal de su gobierno, emprendió la marcha con una impedimenta en sentido peyorativo: el gobierno federal, con los tres poderes incluidos. A partir de ese momento, los aguaprietistas estaban casi en todo el país, excepto sobre el suelo que pisaba la comitiva presidencial.

El primer episodio negativo ocurrió en la propia estación Colonia, donde los ferrocarrileros boicôtearon máquinas y carros, lo cual impidió que saliera completo el convoy. Más adelante, noticias de defecciones de militares cuyo apoyo se esperaba, tanto en la plaza de México como a lo largo del trayecto.

La abundante y en ocasiones excelente literatura existente sobre la marcha de Tlaxcalantongo ha dado cuenta con detalle de las peripecias de este viaje que se antoja suicida desde su concepción misma.[55]

[55] Son múltiples las recreaciones y los testimonios del éxodo carrancista y de la muerte de



"...Treviño debía marchar al lugar donde sostenían combate las fuerzas de Murguía y los rebeldes." Generales Treviño y Cosío Robelo.

"...La mención de Diéguez no es gratuita. Entre los dos generales existía una gran rivalidad..."

Mientras el tren seguía su camino, la capital caía en manos de los gonzalistas. Don Pablo instaló una especie de gobierno provisional, sin jefe del Ejecutivo, pero con encargados del despacho en las secretarías. Así, Juan Sánchez Azcona ocupó Relaciones Exteriores; Aurelio Mendívil, Hacienda; José Quevedo, Correos; Miguel Gómez Noriega, gobernador del Distrito. González llegó a la capital con Manuel W. González, Miguel M. Acosta y Samuel de los Santos. Para garantizar la entrada de Obregón a México, llegó de avanzada el jefe zapatista Genovevo de la O. Después el sonorense se alojó en el Hotel St. Francis. González expidió un contramanifiesto refutando a Carranza y aclaró que no se había subordinado a Agua Prieta. Ya que los dos candidatos a la presidencia el 12 de abril acordaron que el Congreso, reunido en sesiones extraordinarias, nombrara un presidente interino.

Obregón y González designaron una comisión especial presidida por Treviño para encaminar sus esfuerzos "a garantizar la vida del C. Venustiano Carranza". Treviño debía marchar al lugar donde sostenían combate las fuerzas de Murguía y los rebeldes.

Treviño le envió un mensaje a Carranza, donde le transcribía el que le habían mandado González y Obregón. Al no recibir respuesta telegráfica del tren, Treviño recibió otro mensaje de los generales González y Obregón donde le daban instrucciones precisas: entre ellas la de dar un plazo de cuatro horas a Carranza para evacuar con los civiles que él designara y marchar a la zona que él escogiera para ponerse fuera de peligro. En caso negativo, presentar combate formal, procurando tomar prisioneros a los civiles. La instrucción tenía un carácter de salvaguarda personal, para manifestar su interés público por no dañar a don Venustiano. Claro está que el combate formal podría tener muchos detalles imprevistos.[36]

Entretanto, se reunían los jefes. Obregón escoltado por los zapatistas y con fuerzas de los guerrerenses Maycotte y Figueroa. Cada día que pa-

don Venustiano. Entre la literatura histórica más destacada cabe citar: Francisco L. Urzo, *México-Tlaxcalantongo. Mayo de 1920*, México, Editorial Cultura, 1932, 178 pp., Martín Luis Guzmán, *Muertes históricas, Tránsito sereno de Porfirio Díaz. Ineluctable fin de Venustiano Carranza*, México, Compañía General de Ediciones, 1958, 145 pp., Ramón Beteta, *Camino a Tlaxcalantongo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 126 pp. (Vida y pensamiento de México) y Fernando Benítez, *El rey viejo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 201 pp. (Colección Popular, 6). Sólo cito los testimonios y las recreaciones. El episodio aparece narrado con mayor o menor extensión en las historias generales. Sin embargo, los cuatro títulos mencionados son los que se dejan leer con mayor agrado.

[36] *El Universal*, mayo de 1920 y Fabela, op. cit., v. XVIII, pp. 452-453.

"...Otros rebeldes connotados se incorporaron a la rebelión en el norte: Eulalio Gutiérrez y Juan Andrew Almazán."

taba se recibían adhesiones a los triunfadores y noticias de plazas capturadas por los de Agua Prieta. Así, se difundía el hecho de contar con Guadalajara, el Istmo, Chiapas, Tabasco, y muchas plazas de todo el país. Con respecto a Tampico, avanzó al puerto el general Marcelo Caraveo, aguaprietista, que dirigió operaciones para perseguir a los leales que huían de Ciudad Victoria hacia los Estados Unidos. En Tampico, Peláez declaró ponerse a las órdenes de Gonzáles y Obregón, al mismo tiempo en que señalaba no estar bajo la esfera del Plan de Agua Prieta, cuyo contenido ignoraba. Estimaba, sí, que con ese triunfo concluiría la revolución. El 13 de mayo, las compañías El Aguila, Cortés, Huasteca, y otras le ofrecieron un banquete a quien fuera su protector, para ciento cincuenta comensales. Emilio Portes Gil tomaba el gobierno de Tamaulipas.

Por lo que toca a La Laguna, el general Jesús Agustín Castro, el divisionario que no había dado su inclinación pública sobre el movimiento, lo hizo finalmente en favor de los de Agua Prieta. Por último, el otro Castro, Cesáreo, uno de los fieles al Presidente, no pudo demostrar su apoyo a Carranza de ninguna manera. Los generales con fuerzas se pusieron en huelga; los subalternos no siguieron a los jefes. El ejército esta con los de Sonora.

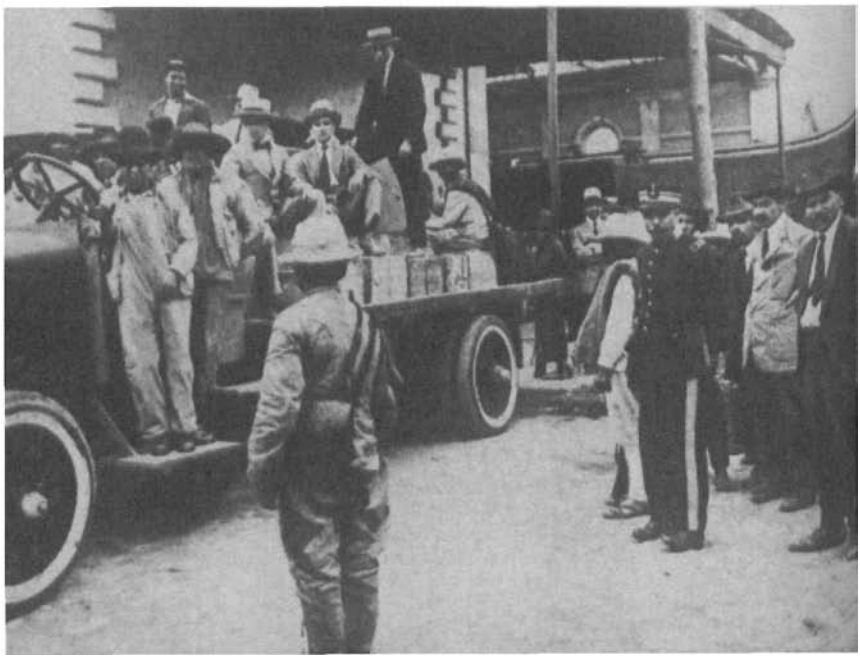
La importante plaza de Monterrey, zona tradicionalmente gonzalista, fue ocupada por Porfirio G. González. A esa ciudad arribó un destacado anticarrancista, Antonio I. Villarreal, quien fuera gobernador constitucionalista de Nuevo León y figura central de la primera etapa de la Convención, y quien junto con José Vasconcelos había desarrollado una intensa acción propagandística en las ciudades fronterizas norteamericanas en contra de Carranza. Otros rebeldes connotados se incorporaron a la rebelión en el norte: Eulalio Gutiérrez y Juan Andrew Almazán, entre otros.

Prácticamente todo el territorio nacional estaba en manos del Ejército Liberal Constitucionalista, que fue como se llamó el organizado conforme al Plan de Agua Prieta. Poco le quedaba por hacer a don Venustiano.

c) *México-Tlaxcalantongo*

De acuerdo con su experiencia, que era grande, el presidente Carranza decidió trasladar el gobierno a Veracruz. Ya había dado resultados

"...Era una locura salir con toda la burocracia a cuestas..."



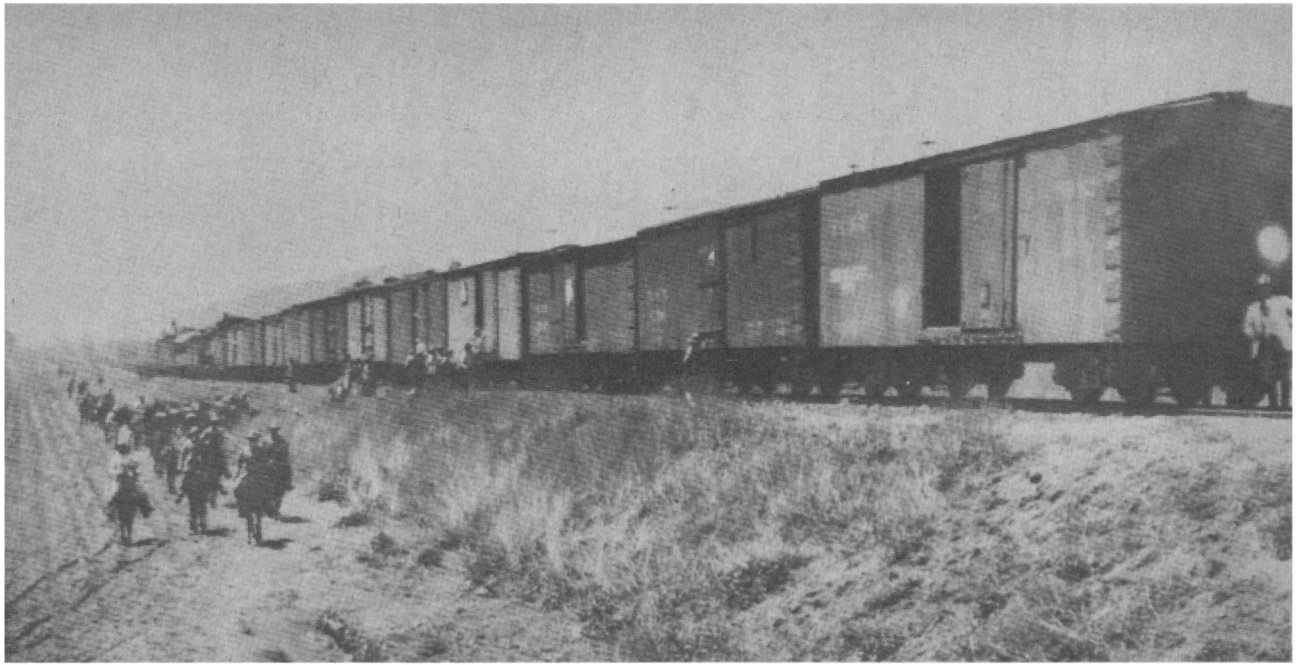
postivos una acción como ésa en 1914 y podía repetirse si los factores eran favorables. Sin embargo, ese buen aficionado a la historia que era Carranza tuvo demasiada confianza en las posibilidades cíclicas del acontecer. Es evidente que no estaba tomando en cuenta que las circunstancias hacían a 1915 diferente a 1920. Ya no era más el Primer Jefe. Lo que dio buenos resultados una vez no podía repetirse.

La justificación del traslado a Veracruz era lógica, hasta cierto punto. Si Cándido Aguilar dominaba la zona, con el apoyo de Guadalupe Sánchez, podría llegar al puerto. Lo esencial era tener cubierta la vía del ferrocarril mexicano y para ello, además de los generales veracruzanos, contaba con Francisco Murguía, comandante de la comitiva presidencial, que se incorporó a ella en San Juan Teotihuacán, después de reconocer la vía. Aunque era una locura salir con toda la burocracia a cuestas, tampoco podía permanecer en la capital, a donde en cualquier momento irrumpirían los gonzalistas y aun los zapatistas con Hill y Obregón.

La primera etapa del viaje fue, como don Venustiano, muy lenta. El trayecto México-Apizaco fue tenso pues hubo menester atravesar la zona de Texcoco, donde estaba concentrado el más fuerte núcleo comandado por Pablo González. Gracias a Murguía el tren dorado pudo seguir por la vía, pese a las destrucciones ocasionadas por el rumbo de la Villa de Guadalupe. El gremio ferrocarrilero dio muestras de su obregonismo al impedir que salieran todos los trenes que originalmente debieran haberlo hecho y que los que si lo hicieron fueran puntuales.

Según los testimonios, Carranza no daba señas de abatimiento. En Apizaco pasó revista a sus fuerzas, dentro de las que se contaba con un contingente de cadetes del Colegio Militar, para entonces, unos de los pocos en quienes se podía confiar. Los cadetes formaban un regimiento y tenían asignado custodiar la retaguardia.

El segundo tramo fue mucho más accidentado. Después de abandonar Apizaco tuvo lugar un ataque fuerte en un punto denominado Rinconada. La acción de guerra fue considerable, puesto que le causaron numerosas bajas a la comitiva presidencial, entre ellas la del general Agustín Millán, gobernador del Estado de México. Murguía dirigió atinadamente las operaciones y pudo repeler el ataque, haciendo que el enemigo se replegara hacia el monte y finalmente huyera. El combate, aparte de las víctimas que cobró, ocasionó una fuerte baja en los ánimos de muchos miembros de la comitiva. Sólo don Venustiano no daba muestras de adversidad. Una vez repuestos del ataque, el tren prosiguió hasta la estación Algibes, en territorio poblano.



"...El tren prosiguió hasta Algibes, en territorio poblano."

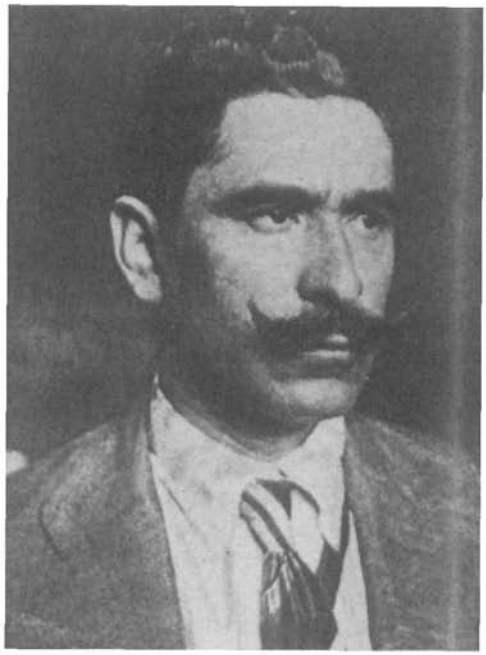
En Algibes se recibió la noticia de la defección del general que habría de darles seguridad en su tránsito por el estado de Veracruz, Guadalupe Sánchez. Además, se notificó que Jacinto B. Treviño avanzaba por la retaguardia del tren. Veinte mil hombres eran movilizados detrás de la "Columna de la Legalidad", como se dio en llamar a la comitiva del "tren dorado". Carranza negó el favor que le pretendían hacer Obregón y González, en el sentido de custodiarlo hasta que saliera del país. Los días 13 y 14 de mayo permanecieron en Algibes, hasta que Francisco L. Urquizo y el general Murguía lo persuadieron de la necesidad de abandonar ese lugar. En eso intervino Luis Cabrera, oriundo de Zacatlán y conocedor de la zona, quien sugirió tratar de llegar al Golfo a través de la Sierra. De no atender la sugerencia sólo quedaba rendirse ante las fuerzas que los acosaban o presentarles un combate suicida.

La comitiva partió hacia el norte, rumbo a Zacatepec, Puebla. El tren permaneció en la estación Algibes, con todo el lastre burocrático humano y material que arrastraba. Ahí fueron dejadas instrucciones para entregar por inventario todo lo acarreado, que incluía metálico, archivos, papelería y toda clase de efectos propios para el desempeño gubernamental. Ahí se entregaba de hecho la parte material del gobierno. Antes se había abandonado la sede.

El grupo se redujo, pero seguía siendo considerable. Murguía continuaba como comandante, aunque el civil Cabrera adquirió la importancia de ser el guía. El regimiento de cadetes continuaba la marcha. El avance inicial fue bueno, gracias al terreno plano por el que avanzaron. Las dificultades se iniciaron a partir del día 17 cuando se internaron en la Sierra, después de llegar a Tetela de Ocampo. En esta población se tuvieron que quedar los cadetes, a quienes ya no se quiso sacrificar. El general Urquizo refiere la negativa de ellos para aceptar la orden, pero no les quedó más remedio.

La Sierra de Puebla tenía un cacique notorio, Gabriel Barrios, a quien esperaban ver o, por lo menos sentir su presencia. Esto no tuvo lugar. Barrios, que sabía donde iba la columna, los dejó internarse en su comarca y su gente les brindó facilidades. La ausencia de Barrios se complementó con una presencia. Desde Tetela se establecieron contactos con miembros de la brigada del general Rodolfo Herrero.

Este personaje era un general brigadier, de origen federal, cuya condición como tal le había valido la prisión al triunfo de la Revolución Constitucionalista. En 1915 fue amnistiado por Lucio Blanco, contra la opinión de Obregón, y regresó a su región natal, la de Necaxa, Huachinango y Villa Juárez, en Puebla. Después de algunos meses en los "que



"Este personaje era un general brigadier, de origen federal". General Rodolfo Herrero.

no pudo rehacer su vida" por la hostilidad que le manifestaban los militares carrancistas, decidió unirse a las fuerzas de Manuel Peláez, de las que llegó a ser brigadier. Ahí lo alcanzó en 1919 la política de pacificación, a través del general Francisco de P. Mariel —que iba en la comitiva presidencial—, quien en su carácter de comandante militar de la zona logró que Herrero se amnistiara. Más adelante Mariel llevó a Herrero a México donde fue presentado con Urquizo, ya para entonces subsecretario de Guerra, y se le reconoció el grado que le había conferido el protector de la zona petrolera. Herrero siguió en su región, bajo las órdenes de Mariel y dentro del Ejército Nacional.

Herrero recibió al presidente en la ranchería de Coamachalco. Se entrevistó con Mariel, con Urquizo y, finalmente con Carranza. Resultó, incluso, primo de Luis Cabrera. Ello terminó de ganarse la confianza de los miembros del equipo presidencial, quienes vieron con buenos ojos el que se les proporcionaran caballos de refresco y tener guías que sí conocieran la zona.

Después de dejar Patla prosiguieron a Tlaxcalantongo, en plena Sierra. Llovía fuerte el 20 de mayo y por esa razón decidieron pasar la no-

che en ese lugar, pese a haber llegado a él antes de las seis de la tarde y contar todavía con más de una hora de luz.

A sugerencia de Herrero se les dio alojamiento a los miembros de la comitiva en jacales que ofrecieron los vecinos de Tlaxcalantongo. Junto con Carranza quedaron Manuel Aguirre Berlanga, Mario Méndez y Pedro Gil Farías, además de un par de asistentes. Los militares quedaron alojados en jacales lejanos al del Presidente. El de Murguía a unos cincuenta metros y el de Urquizo a doscientos.

Antes de que cayera la noche Mariel salió a reconocer el terreno para avanzar al día siguiente y enviar contraseña al Presidente de que ello sería posible. Murguía, de acuerdo con lo que le enseñó Herrero, en el sentido de que Tlaxcalantongo tenía sólo dos entradas colocó escoltas al oriente y al occidente del pueblo. Herrero, por su parte, recibió un mensaje en el que se le indicaba que debía trasladarse a Patla, donde lo esperaba su hermano, herido. Aguirre Berlanga cuenta que a las tres de la mañana se recibió el mensaje de Mariel, en sentido afirmativo, con lo cual se garantizaba que podrían continuar la marcha. Comenta que Carranza se refirió a que no había podido conciliar el sueño, pero que apagó la vela. Continúa Aguirre Berlanga:

> ...como media hora después fueron unas tremendas descargas de fusilería que los despertó en completa zozobra llenando a todos de pavor por lo inesperado, pues que esa ocasión tenían plena confianza; inmediatamente después de las primeras descargas, dijo el señor presidente: "Licenciado, me han quebrado una pierna, ya no puedo moverme", contestándole "en qué puedo servirle, señor", pero nada respondió, ignorando si oiría sus palabras, pues las descargas de fusilería continuaban con intensidad, así como los gritos de "Muera Carranza", "Sal viejo barbas de chivo", "Ven para arrastrarte" y otras insolencias y blasfemias; todo el asalto al jacal se desarrolló en unos siete u ocho minutos...

"El salvarse todos —agrega el ex secretario de Gobernación— fue porque parece que el blanco objetivo fue el señor Carranza que estaba bien localizado por los asaltantes".[37]

[37] La fuente más rica en detalles acerca de la muerte de don Venustiano Carranza es la "Causa instruida sobre la muerte del expresidente de la República. C. Venustiano Carranza", publicada en Fabela, *Op.cit.*, v. XIX, pp. 9-76. Una copia al carbón de ese doc. en Archivo del General Juan Barragán, UNAM. Contiene este documento las declaraciones de los principales protagonistas del suceso, rendidas ante el Juzgado Tercero Supernumerario de Distrito en el Distrito Federal. Un libro importante es el de Miguel B. Márquez, *El verdadero Tlaxcalantongo*.

El otro jacal asaltado, pero evidentemente nada más para distraer, fue el del general Murguía, quien salió disparando su máuser. Otros huyeron sigilosamente, como Urquizo, quien descendió una barranca en medio de la noche y de la lluvia. Cabrera, Gerzayn Ugarte y Juan Barragán también huyeron. Los que permanecieron al lado del cadáver presidencial fueron Aguirre Berlanga, Pedro Gil Farías y Mario Méndez. Ellos llevaron el cuerpo de Carranza a Xico y Villa Juárez, lugares a donde se fueron sumando los miembros de la dispersa y derrotada comitiva. Cuidando la formalidad, Murguía declaró disuelta la columna y abordaron el tren de vía angosta que los conduciría de nuevo a la capital. Antes de llegar a ella, en San Cristóbal Ecatepec, cerca del Gran Canal, fueron aprehendidos. Los civiles fueron llevados a la penitenciaría y los militares a Santiago Tlatelolco.[38]

d) *El artífice*

Pocos golpes de Estado han sido orquestados con todos sus elementos tan bien cuidados y preparados como el que culminó con el magnicidio de Carranza. Hay que agregar que hasta los aspectos más insignificantes salieron bien para la causa obregonista.

Todo golpe de Estado, aun los más impopulares, cuentan por lo menos con el apoyo de un sector de la población. El más reciente hasta entonces, el protagonizado por Victoriano Huerta, contaba con el Ejército Federal y buena parte de las burguesías nacional y extranjera. El caso de la muerte de Carranza fue distinto. El Ejército Nacional efectivamente fue el sector fundamental en la operación. Lo que se dio en llamar la "huelga de los generales" fue el elemento que propició más que ningún otro, el que cayera un presidente sin que para ello mediaran fuertes combates y se derramara mucha sangre. Ya se vio cómo de los divisionarios fieles ninguno, salvo Murguía, entró a fondo en la defensa de Ca-

¿Quiénes son los responsables de esta tragedia? México, A. P. Márquez Editorial, 1941, 256 pp. Recoge la versión de Herrero, aparte del testimonio del autor. Testimonio carrancista fundamental es el de Luis Cabrera, *La herencia de Carranza*, México, 1920, 136 pp. Imprenta Nacional.

[38] Los miembros de la comitiva presidencial fueron juzgados en junio del mismo año. De los civiles, sólo lo fue Aguirre Barlanga. Los demás quedaron en libertad. Aguirre también, pero hasta que salió del juicio donde rindió declaración. Sólo quedaron presos los militares. De ellos, Juan Barragán escapó, al igual que Murguía, aunque corrieron con suerte distinta. Ambos se exiliaron, pero Murguía regresó a México en 1922 en calidad de rebelde y murió fusilado en Tepehuanes, Dgo. Barragán permaneció con su familia, en La Habana. Luis Cabrera escribió en *Excélsior* una serie de artículos, que corregidos y aumentados formaron un libro importante: *La herencia de Carranza*, publicado en 1920.

rranza. Ni su yerno, Aguilar, quien al enterarse de la defección de Guadalupe Sánchez trató de rescatar a la comitiva, pudo llegar a cumplir con su deber y permaneció inutilizado en la Sierra de Zongolica, lejos del Presidente. Diéguez y Cesáreo Castro no tuvieron fuerzas a su mando. El hecho de haberse apoyado a la retaguardia con cadetes es muy elocuente. La propaganda civilista acaso hizo mella en los elementos armados, quienes finalmente le dieron la razón. El papel pasivo del ejército fue fundamental.

El aspecto básico complementario fue el que aportaron los múltiples grupos rebeldes que operaban en el país. La unificación de ellos por Obregón fue fundamental, toda vez que pudo amalgamar a elementos tan dispares como los zapatistas de Genovevo de la O con las guardias blancas de Peláez, para sólo mencionar a algunos.

Si por la mente de Carranza pasó utilizar la candidatura de Bonillas como elemento de provocación para que se rebelaran los militares de

Las fuerzas del general Guadalupe Sánchez desfilan frente al Palacio Nacional.

Funerales de Carranza.

González y Obregón, no contó con el hecho de que a sus militares no los seguiría nadie y requería de sus servicios para apagar la rebelión de los golpistas y entonces poner a un presidente débil que "continuara su obra". Los cálculos del "rey viejo" fallaron. A los ejércitos se les vence con ejércitos. La opinión pública era un fenómeno urbano muy reducido. Tampoco contó con su propia impopularidad.

Su antagonista, Obregón, utilizó sus únicos cinco dedos de extremidad superior para mover los hilos de todo ese teatro de manera magistral. Legalmente no había argumentos que lo descalificaran. Supo legitimarse. La rebelión de Agua Prieta estaba comandada por un civil, el gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta; el jefe militar de la misma era Plutarco Elías Calles. Obregón no había pisado suelo sonorense desde fines de octubre de 1919. En cuanto a los complementos, supo capitalizar a alguien a quien Carranza no supo o no pudo manejar: Pablo González, elemento decididamente fundamental, dado que controlaba militarmente el centro de México. La comida en el restaurante Chapultepec debe tomarse como la celebración simbólica del pacto entre los dos candidatos.

El único aspecto ilegal cometido por Obregón fue no presentarse a rendir declaración en el proceso Cejudo. Si lo hubiera hecho, él sabía que no hubiera podido salir de ahí. Su huida involucra a tres sectores: sus partidarios civiles de clases medias altas, como Zubaran y Alessio Robles; el refugio que le dio un ferrocarrilero y la custodia que le proporcionaron los zapatistas.

Por lo que toca al asesinato del Presidente, los dos elementos directamente responsables eran originalmente ajenos a la Revolución. Ya se señaló el origen federal y pelaecista de Rodolfo Herrero. Queda otro elemento que no fue mencionado en esa oportunidad: el general Agustín Basave y Piña, felicista, fue el contacto que utilizó Obregón para acercarse a Herrero. Basave sugirió a Herrero, en el mes de enero de 1920 que se amnistiara con el general Mariel, para así hacer labor favorable al candidato decididamente anticarrancista que era Obregón. Basave, además, tenía estrecho contacto con otro general pelaecista, Federico Córdoba, el plagiario del cónsul norteamericano en Puebla, William O. Jenkins.[39] Es decir, Basave es la pieza clave en la unión de dos sectores anticarrancistas de origen totalmente opuesto: el felixismo y el obregonismo. La participación de esos elementos en la muerte de Carranza ha permitido elaborar la hipótesis que establece como explicación del magnicidio la inspiración del mismo por parte de las empresas petroleras extranjeras.[40] La hipótesis debida al historiador Manuel González Ramírez no es del todo refutable. Antes bien, debe aprovecharse como parte de una hipótesis más general o totalizadora que pretende explicar el hecho como el aprovechamiento de una coincidencia anticarrancista que unificó a elementos que habían militado en filas muy diversas y a quienes sólo un caudillo podía unificar.

[39] La declaración de Alberto Basave y Piña en "Causa instruida...", Fabela, *Op. cit*, v. XIX, pp. 9-76.

[40] Se debe al historiador, de manifiesta tendencia obregonista, Manuel González Ramírez, un análisis muy completo y detallado de las fuentes relativas a la muerte de Carranza, aparte de un estudio serio y sólido sobre la escisión Carranza-Sonora. Vid. *La revolución social de México. I. Las ideas. La violencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, XVIII-726 pp., 545-708.

V. LOS VENCEDORES

1

AUGURIOS DE CONCILIACION

Buenos discípulos de Carranza, los protagonistas del movimiento de Agua Prieta no olvidaron darle cobertura legal a todos sus actos. Después de todos sus esfuerzos no debían perder el terreno ganado por la negligencia de no observar los actos de legitimidad necesarios para el caso. Adolfo de la Huerta siempre fue fiel a los procedimientos adecuados. De otra manera no hubiera puesto tanto empeño en el litigio por las aguas del Río Sonora ni hubiera convocado al Congreso, en su carácter de Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista, para que se reuniera y diera cumplimiento a lo estipulado en el Plan de Agua Prieta.

El Congreso hizo lo que se le encomendó y en la tarde del 24 de mayo eligió presidente sustituto de la República al señor Adolfo de la Huerta. Gobernaría hasta el 30 de noviembre de 1920, tras cumplir con la misión de reorganizar el gobierno, restablecer la paz en la República y convocar a elecciones generales para renovar los poderes ejecutivos y legislativo. La votación fue copiosa en favor de De la Huerta, con más de 200 votos, contra sólo 28 de Pablo González, uno para Antonio I. Villarreal y otro para don Fernando Iglesias-Calderón.[1]

La toma de posesión del nuevo mandatario, que tuvo lugar el 1o. de junio, se vio amenizada por un desfile impresionante. No tanto por el volumen de soldados que participaron en él, sino por los contingentes que representaban. Desfilaron por las calles del centro de la capital las fuer-

[1] *Diario Oficial*, 24 mayo 1920 y *Diario de los Debates de la XXVIII Legislatura de la Cámara de Diputados*, 1o. junio 1920.

zas de Manuel Peláez, las de Genovevo de la O, las de Jacinto B. Treviño y en los testimonios gráficos de la ocasión, queda una impresionante fotografía en la que aparecen juntos Pablo González y De la O. Esa magia se debía a Agua Prieta.

Los grupos que apoyaron el movimiento se hacían presentes. Esto traía implicaciones grandes para el futuro inmediato. Por ejemplo, los serranos oaxaqueños reconocían el Plan de Agua Prieta, con lo cual su movimiento quedaba rebasado, ya que no admitían la Constitución de 1917, todavía en abril de 1920.[2] El Gobierno actuaba en consecuencia. Reconocía la situación militar de quienes les apoyaron. Así, el Ejército Libertador del Sur, quedaba incorporado al Nacional en calidad de División del Sur, confiriéndole a De la O y a Gildardo Magaña el grado de divisionarios.[3]

[2] *El Universal*, 1 y 2 junio 1920.
[3] Womack, *Op. cit.*, p. 359.

"...Queda una impresionante fotografía en la que aparecen juntos Pablo González y de la O."

Peláez, por su parte, declaró a la prensa que él no estaba en contra de la Constitución de 1917, sino que se levantó en armas por "los ataques de los carrancistas a las garantías individuales y a la propiedad".[4] Otros elementos que causaban problemas al gobierno, los yaquis, ofrecieron entrar en paz, según lo declarado por Ignacio Mori y Fructuoso Méndez, que asistieron a la toma de posesión de De la Huerta.[5]

Más allá de declaraciones ocasionales vinieron esfuerzos organizativos de mayor envergadura. El mismo primero de junio un grupo de revolucionarios entre quienes figuraban Antonio Díaz Soto y Gama, José Vasconcelos, Gildardo Magaña, Antonio I. Villarreal, Plutarco Elías Calles, Francisco J. Múgica, Eulalio Gutiérrez, Guillermo Meixueiro, Enrique Estrada y Saturnino Cedillo, lanzaron una convocatoria para la formación de un Partido Nacional Agrarista, cuyos párrafos iniciales conviene reproducir, dado que ilustran cabalmente la tónica de optimismo que cundió por entonces:

> La unificación de los revolucionarios se lleva a cabo bajo los principios agrarios.
> Eliminado Carranza, que era el obstáculo para la unión de los revolucionarios, y para la paz, que en su consecuencia, podemos ya los mexicanos proceder, dentro del terreno de la acción legal y política, a la realización y a la consolidación de los principios por los que se ha combatido durante diez años.
> El terreno está ya expedito, la violencia ha hecho su papel, la fuerza del pueblo se ha dejado sentir, y al fin y al cabo, después de multiples ensayos, vacilaciones y suspicacias, la idea fundamental de la Revolución se ha abierto paso en las conciencias y ha conquistado todos los espíritus.[6]

El optimismo de Soto y Gama no conocía límites. Un mes más tarde se dirigía al general zapatista Francisco Mendoza para hacer un panegírico de Obregón, "amigo del sur" y consumador del ideal zapatista de unificar a todos los revolucionarios.[7]

La tónica era ésa. La unificación de los revolucionarios. Tratar de aglutinarlos en torno a un grupo que acababa de conquistar el poder. El propio gabinete de Adolfo de la Huerta revela esa tónica. Aun cuando dejó vacante —al estilo carrancista— la Secretaría de Gobernación, al

[4] *El Universal*, 4 junio 1920.
[5] *El Universal*, 16 junio 1920.
[6] Archivo de Genaro Amezcua, CONDUMEX, 1o. junio 1920.
[7] Magaña a Rodríguez, Archivo Genaro Amezcua, CONDUMEX, 1o. julio 1920.

Adolfo de la Huerta, presidente sustituto.

principio su encargado del despacho fue el activo sonorense Gilberto Valenzuela y después el guerrerense José Inocente Lugo, uno de los puntales del Partido Liberal Constitucionalista. La administración de Guerra y Marina no podía correr a cargo de otra persona que no fuera el comandante supremo militar del ejército aguaprietista: Plutarco Elías Calles, que por entonces alcanzó su tercera estrella. En Hacienda, Salvador Alvarado representaba a un sector reformista, independiente y bien asesorado. Los pablistas ocupaban una cartera en la persona de Jacinto Blas Treviño, precisamente la de Industria Comercio y Trabajo, que ciertamente no fue para los obreros. Estos se hubieron de conformar con el gobierno del Distrito Federal, con el general Celestino Gasca a la cabeza, miembro del Grupo Acción de la CROM. El agrarismo quedó en manos de Antonio I. Villarreal, mientras que el activo aguaprietista michoacano, ingeniero Pascual Ortiz Rubio, fue designado secretario de Comunicaciones. José Vasconcelos asumió la jefatura del Departamento Universitario y de Bellas Artes, con lo que le correspondía la rectoría de la Universidad Nacional. Las relaciones con el exterior, al igual que las internas, permanecían acéfalas. Fueron subsecretarios Cutberto Hidalgo, obregonista destacado, y Miguel Covarrubias. Alvarado fue sustituido por Manuel Padrés, dos meses después, por causa de un viaje a Nueva York, a concertar empréstitos. Con ese gabinete correspondía De la Huerta a su declaración pública de no haber llegado a la presidencia a servir intereses de un determinado partido.

Si bien el país tendía hacia la normalidad, después de tantos años de luchas y de la reciente sacudida, requería que fueran limadas todas sus asperezas para poder recuperar para el gobierno un auténtico y dilatado control territorial que Carranza no llegó a tener.

2

TRES FIGURAS FUNDAMENTALES

País de caudillos y caciques, De la Huerta tuvo que enfrentarse al problema que representaban las grandes figuras de la Revolución o, en su caso, de la contrarrevolución. Los carrancistas, de momento, no ofrecían mayor problema, pues estaban presos o exilados. Otras grandes figuras regionales habían acudido al llamado aguaprietista y habían quedado en paz, retirados o incorporados al gobierno. Dentro de todo el enorme repertorio de figuras de trascendencia nacional, había tres particularmente importantes: el *otro* candidato a la presidencia, Pablo González, el célebre jefe de la División del Norte, Pancho Villa, y, no menor en importancia, aunque de origen distinto a los mencionados, el sobrino de don Porfirio, Félix Díaz.

a) *Pablo González*

El hombre de Lampazos comenzó a ser víctima de la maledicencia a raíz de la escasa votación que alcanzó en el Congreso para la elección de Presidente Sustituto. No se pensó en un retiro de esa liza para quedar, al igual que Obregón, en posibilidad legal de ser aspirante a la presidencia. El caso es que se decía que ante la popularidad del manco, González se retiraría del campo electoral. Y así fue. Para ello medió un manifiesto que apareció en los diarios del 12 de junio. Acaso el informe que le presentó el día 5 al Presidente sustituto fue el anticipo de la retirada gonzalina.

Cabe señalar que la capital lo tuvo como autoridad máxima durante cerca de treinta días, ya que, aunque no ocupo ningún cargo o puesto durante los veintitantos días de ausencia de autoridades legalmente constituidas en la capital, González fue su jefe supremo. El nombró a quienes desempeñaron las funciones administrativas durante el trayecto a Tlaxcalantongo y todavía mientras se hacían la elección y la toma de posesión del sustituto. Para dar cuenta de ello entregó e hizo público un informe en el cual se señalan los detalles del orden burocrático que fueron atendidos. Destaca un asunto que va más allá de lo administrativo rutinario y es la recepción de lo que iba en los convoyes del tren dorado, particularmente lo que interesa al ramo de Hacienda. Aureliano Mendívil se hizo cargo de ello y sucedió temporalmente a Cabrera en el despacho hacendario.

El 10 de junio firmó su manifiesto don Pablo, mismo que se publicó dos días después. En él anunciaba su retiro por razones patrióticas, en virtud de que él, con Obregón, acaudilló un movimiento de suma importancia que había levantado gruesos contingentes de partidarios que podrían recurrir al enfrentamiento con motivo de las elecciones, aun a pesar de que sus respectivos caudillos lo desaprobaran. Sentía González, además, que su misión estaba cumplida y se retiraba a Nuevo León, a la vida privada. De hecho, González actuaba con prudencia, toda vez que sus fuerzas eran removidas y se le daba a los zapatistas reconocimiento legal y se les utilizaba para contrarrestar las tropas de quien fuera verdugo de su jefe supremo. González comprendió que tenía poco que hacer en la capital y que si podría regresar a la política sería desde su estado natal, con su gente, sus partidarios, sus plataformas.

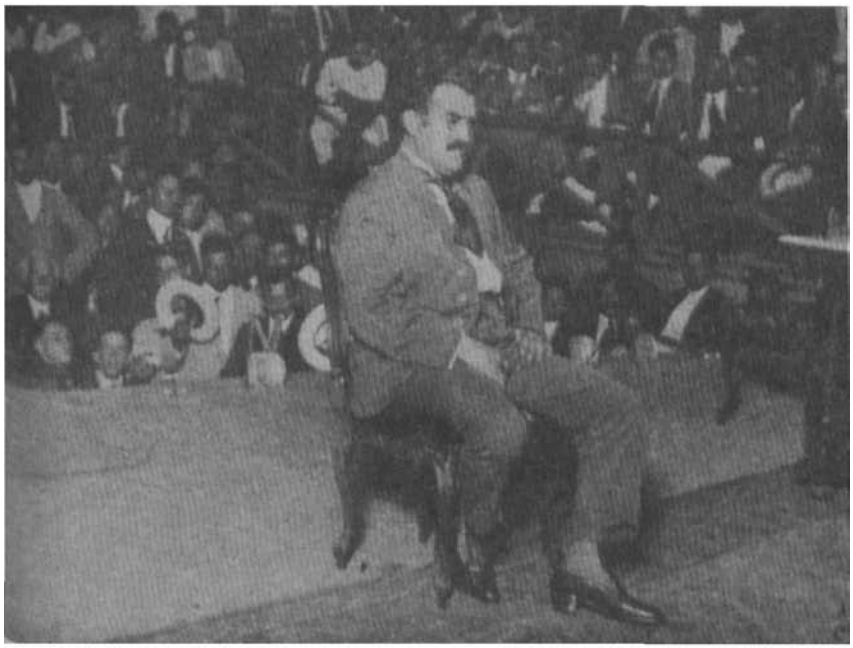
La retirada pacífica de don Pablo, al parecer, no causó ningún revuelo. Poco a poco se iría convirtiendo en elemento olvidable, cuando al ini-

"...*El, con Obregón, acaudilló un movimiento de suma importancia.*"

ciarse el mes de julio un cercano colaborador de González, nada menos que Jesús Guajardo, se declaró en abierta rebelión y se dirigía a San Pedro de las Colonias, Coahuila, al frente de 400 hombres.[8] En un principio se relacionó a ese movimiento con el encabezado por Carlos Osuna en Tamaulipas, pero pronto se involucró con su antiguo jefe.[9] Enseguida otra persona próxima a don Pablo, incluso familiar, se sublevó en Monclova. Se trata de Ricardo V. González. No pasaba todo ello de rutina, dado el escaso número de hombres levantados, hasta que la prensa del 15 de julio llamó la atención acerca de una sublevación en Monterrey, acaudillada por quien respondiera al mote de "el peludo" González. Las fuerzas de Manuel Pérez Treviño se movilizaron para detener a Ireneo Villareal y a buscar a Pablo González, cuyo paradero se ignoraba. Sin embargo, Pérez Treviño obraba con cautela y aseguraba que el jefe del Estado Mayor de González le reiteraba que su jefe no se había ido con los rebeldes. Todo esto daba la impresión de que se quería la cabeza de don Pablo, al involucrarlo en una rebelión. El mismo 15 de julio, el divisionario fue aprehendido en Monterrey, y enseguida solicitó un amparo. El general Calles, secretario de Guerra, afirmaba que los responsables serían castigados con todo el rigor de la ley y el general Antonio I. Villarreal, secretario de Agricultura y primo hermano de González se dirigía por escrito al general para hacerle ver la conveniencia de que depusiera su actitud de rebelde y no cometiera errores. Lo invitaba a desaprobar "el torpe movimiento iniciado por Osuna y Guajardo". Pablo González se negó a hacerlo, pero también se negó a aceptar su carácter de rebelde. Tres días después, el 18, Guajardo cayó prisionero, por fuerzas bajo el mando de Eugenio Martínez y se le formó un juicio sumarísimo que lo condenó a muerte de inmediato. La ejecución no demoró y el 19 de julio la noticia corría por todo el país. Ese mismo día se inició el consejo de Guerra a Pablo González, dentro del ambiente que había dejado la ejecución de Guajardo. No obstante hubo una acción salvadora: Calles no veía en Pablo González un peligro y ordenó que fuera puesto en libertad. A las dos de la tarde del día 20 el divisionario abandonó la prisión. La prensa de los días siguientes especulaba acerca de si sería enviado a una misión en Europa, pero todo fue desmentido. No fue sino hasta el 6 de agosto cuando González cruzó el Río Bravo por Nuevo Laredo. El día 11 anunció que iba en viaje de recreo y aseguró que no exis-

[8] Fermín Carpio a Porfirio González, lo. julio 1920, ADN/XI/481.5/37 (caja 10), ff. 20-29.

[9] *Excélsior*, 5 junio *1920*.



"...*Ese mismo día se inició el consejo de guerra a Pablo González...*"

tía hostilidad de su parte hacia el gobierno; que sólo habían surgido pugnas entre antiguos subalternos y que a eso se debía la idea de que existía división entre los grupos militares.[10] En suma, González daba muestras de su disciplina. De la Huerta, con buen tino, no cometió el error de pasar por las armas a alguien cuya muerte hubiese sido un acto de enorme impopularidad. La imagen que quería dar De la Huerta no se hubiera logrado. En cambio, la ejecución de Guajardo era un regalo de los sonorenses a su nuevo aliado del sur. Don Pablo, divisionario constitucionalista, poderoso, candidato a la presidencia, dejaba de existir políticamente. Su exilio se prolongaría por 20 años.

b) *El general Francisco Villa*

Durante todo el gobierno constitucional de Carranza, uno de los problemas mayores en el orden de la política de pacificación fue el que re-

[10] *Excélsior*, 6, 15-23, 29, julio y 11 agosto 1920.

"...por intermediación del ingeniero Elías Torres, sonorense, Villa escribió una carta al presidente..."

presentaba el jefe de la División del Norte. Para que no trascendiera los límites de la región que conocía y dominaba, se le tendió un cerco, colocando como jefes de operaciones militares a los más experimentados divisionarios, como Cesáreo Castro, Francisco Murguía y Manuel M. Diéguez. Las fuerzas de éstos impidieron que Villa saliera de un enorme cerco dentro del cual se movía con libertad y a veces amagaba poblaciones con éxito. Por todo ello, Villa se convertía en una pieza clave de la propia política de pacificación de De la Huerta.

Al principio, la actitud gubernamental fue la de continuar la misma que había observado Carranza, de considerar a Villa como rebelde. Para el 20 de junio así se declaraba en la prensa. Joaquín Amaro, ascendido a divisionario, comandaba las operaciones militares de Chihuahua, con órdenes precisas de liquidar al villismo, Sin embargo, había antecedentes pacifistas. Un sólo día después de la elección de De la Huerta por el Congreso, el general Ignacio Enríquez celebró una conferencia con Villa en El Pueblito, cerca del Valle de Allende. Ahí se vieron los generales, que llegaron acompañados con tres elementos cada uno y se separaron del grupo para quedar solos. La versión de Enríquez señala que Villa estaba dispuesto a llegar a un arreglo con el gobierno y depo-

ner su actividad rebelde. Pese a ello, por entonces salió Guajardo con un contingente nutrido para reforzar las tropas de Amaro, con el fin de batir villistas.[11]

Por fin en el mes de julio de produjo el primer paso firme hacia la definición de las actitudes de Villa y De la Huerta. Por intermediación del ingeniero Elías Torres, sonorense, Villa escribió una carta al Presidente, donde anunciaba su deseo de llegar a un acuerdo. La carta fue respondida el día 10 por el Presidente, en la cual le ofrecía toda clase de garantías y, como condiciones para que Villa se reintegrara a la ciudadanía, le proponía aceptar una hacienda en Durango y otra finca para que unos 250 de sus soldados se dedicaran a la agricultura, a quienes se daría un año de haberes para que con ese dinero iniciaran sus trabajos. Anexa a la carta de De la Huerta, una nota firmada por Calles y Hill daba las seguridades solicitadas por Villa.[12] Calles y De la Huerta ya habían instruido a Amaro para que, sin interrumpir sus deberes, tratara de garantizar los arreglos de la rendición.[13] El primer paso se había dado bajo los mejores auspicios. Villa realizó entonces un movimiento sensasional, pues de Chihuahua se fue hacia Coahuila, para aparecer en las cercanías de Torreón. El general Eugenio Martínez recibió comunicación telegráfica y le participó a Amaro que esperaba entrar en contacto con villistas el 25 de julio en el Cañón de la Alameda.[14] Finalmente, Villa apareció en Sabinas, Coahuila, donde conferenció con Martínez, ahora encargado de parlamentar con el guerrillero. El propio subsecretario de Guerra, Francisco R. Serrano, se dirigió a Villa telegráficamente.[15] El 28 de julio, en la mencionada Sabinas, se llevó a cabo la firma del acto de rendición de Francisco Villa, en la cual se asentaba lo ofrecido por De la Huerta, a saber, que se le otorgaba la hacienda de Canutillo, la Secretaría de Guerra se hacía cargo económico de una escolta de 50 hombres de confianza y aparte se repartirían tierras a los villistas y se les daría el prometido año de haberes.[16] El 31 del mismo mes de julio abandonó Vi-

[11] *El Universal*, 16 de junio 1920. Federico Cervantes, *Francisco Villa y la Revolución*, México, Ediciones Alonso, 1960, 828 pp., pp. 620-621 se refiere a la entrevista de Enríquez como trampa.

[12] La correspondencia en *Ibidem*, pp. 621-624.

[13] De la Huerta a Amaro, 18 julio 1920, AHDN XI/481.5/79/ (caja 31), ff. 59-60.

[14] Martínez a Amaro, 24 julio 1920, AHDN XI/481.5/37 (caja 10), f. 31.

[15] *Excélsior*, 27 julio 1920.

[16] Texto del pacto en Cervantes, *Op. cit.*, p. 627-629 y en Manuel González Ramírez, *Planes políticos y otros documentos* México, Fondo de Cultura Económica, 1954, LXXIV-353 pp. (Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana, I), pp. 262-263, *Excélsior*, 29 julio 1920 lo dio a conocer al público.

lla Sabinas, en compañía del divisionario Martínez, rumbo a Torreón. Finalmente, el 8 de agosto se llevó a cabo un acto de licenciamiento de tropas en Gómez Palacio. Con ese acto, se declaraba concluida la rebeldía del más famoso revolucionario. Tres días después, Calles giraba instrucciones a Amaro para que sus fuerzas no hostilizaran a las partidas de villistas.[17] En la hacienda de Tlahualilo concluyó el licenciamiento, en presencia del general Martínez. De ahí, el 26 de agosto, Villa partiría hacia Canutillo, donde iría a vivir en los años siguientes, en su colonia agrícola, con un grupo de sus dorados. El gobierno de De la Huerta se anotaba uno de sus mayores éxitos. Su carácter aglutinador se ponía de manifiesto.

c) *Félix Díaz*

Los sonorenses estaban conscientes de que su causa se desprestigiaría si admitiesen a Félix Díaz en ella. Igualmente, el sobrino de don Porfirio no podía llegar a un acuerdo con los de Agua Prieta, toda vez que su bandera a ultranza era restablecer el imperio de la Constitución con la cual su antepasado no gobernó. En una comunicación fechada el 20 de abril de 1920, Obregón le dice a Hill que con Félix Díaz no podrían transigir.[18] Pese a las diferencias entre los sonorenses y Díaz, muchos de los jefes y generales que habían militado bajo sus órdenes, en el Ejército Reorganizador Nacional, al caer Carranza, o antes, cuando se aprestaba la lucha contra don Venustiano, muchos de los felixistas se sumaron al bando de los sonorenses y sirvieron de apoyo a la rebelión de Agua Prieta. El caso de Basave y Piña es muy elocuente. Asimismo exfelixistas como Juan Andrew Almazán tomaron el mismo camino. Otro general de mucho fuste en épocas pasadas, y que al final del porfiriato desempeñó labores militares en las campañas del yaqui, Luis Medina Barrón, fue nombrado representante de Félix Díaz ante Obregón. En la oleada de aglutinamiento y alianzas del primero de junio, Medina Barrón expresó el interés de don Félix para colaborar con el nuevo gobierno. Mas el gobierno se aprestó para responder que no quería tratos con Díaz. Ideológicamente no le convenía y menos cuando los serranos acababan de aceptar la Constitución de 1917.[19] Si bien no representaba un serio problema militar, de cualquier manera, potencialmente era de peligro tener suelto a Díaz. Adolfo de la Huerta nombró al jefe de opera-

[17] Calles a Amaro, 11 agosto 1920, AHDN XI/481.5/37 (caja 10) ff. 32.
[18] Cit. por González Ramírez, *Op cit., p. 264.*
[19] *El Universal*, 1o. y 6 junio 1920.

"Los sonorenses estaban conscientes de que su causa se desprestigiaría si admitiesen a Félix Díaz en ella."

Pues como la bohemia de "Las musas Latinas", no se sabe de dónde viene ni a dónde va.

ciones militares de Veracruz, Guadalupe Sánchez, comisionado para parlamentar y llegar a un acuerdo con Félix Díaz. El objetivo era invitarlo a salir del país. Medina Barrón fue otra vez intermediario y, finalmente, al aproximarse octubre se establecieron los contactos entre "el sobrino de su tío" y Sánchez.[20]

Creyente en el honor militar, Félix Díaz aceptó la palabra de honor de Guadalupe Sánchez de que sólo parlamentarían y no se le tendería ninguna celada. Sánchez mostró a Díaz, en la hacienda del Jobo las propuestas del gobierno, consistentes en pagarle un millón doscientos cincuenta mil dólares por concepto de las tierras que le pertenecían y que repartió Carranza, a cambio de deponer su actitud rebelde y marcharse al extranjero. Díaz se negó rotundamente a aceptar y Sánchez, a quien Díaz calificó de "ordinario", rodeó la hacienda con sus tropas y detuvo a Díaz, para conducirlo a Veracruz. De Tlapacoyan siguieron a Teziutlán y finalmente, por Oriental bajaron al Puerto. Díaz era figura respetada en esa zona, por lo cual hubo que prodigarle atenciones y resguardarlo de cualquier atentado que comprometiera al régimen. Prisionero, se mencionó su culpabilidad en los asesinatos de Madero y Pino Suárez, a lo que él respondió a la prensa que se procediera a juzgarlo por esa razón para así deslindar responsabilidades y demostrar su inocencia. Félix Díaz se mostró siempre valiente y sereno en las entrevistas que concedió a la prensa, a la que declaró abiertamente no aceptar su destino de marchar al exilio, porque no había ninguna ley de expatriación. La situación era tal que comprendió que más allá de las leyes estaba la realidad y que su salida del país era inminente, por lo cual tuvo que aceptar la situación. El 12 de octubre abandonó Veracruz rumbo a La Habana, para proseguir a Nueva Orleáns, donde su familia lo aguardaba desde hacía tiempo.[21] Episodio breve, ayudó a quitar un relativo peso al gobierno. De hecho, con Díaz fuera, la contrarrevolución había sido conjurada. Por otra parte, sus posibilidades de éxito eran mínimas o nulas. Si durante el carrancismo no pudo triunfar, menos lo haría contra los sonorenses. Su causa estaba perdida, tal vez desde un principio, pues sólo tuvo regular éxito en su zona de operaciones. En cuanto a apoyos morales, desde luego que en la capital la "gente decente" le daría el suyo.

De extracción y trayectoria diversas, González, Villa y Díaz eran tres caudillos menos en un país que necesitaba reducir al mínimo el número de ellos. El presidente sustituto seguía cumpliendo su importante misión.

[20] Relación completa y con documentos de apoyo en Liceaga, *Op. cit.*,, pp. 625-665.
[21] *Ibidem* y *Excélsior*, 5-8 octubre 1920.

3

UN CACIQUE Y DOS REBELDES

El gobierno provisional hubo de enfrentarse a los problemas que ocasionaban tanto los grupos e individuos que habían ostentado el poder en algunas localidades, como los grupos e individuos que luchaban por hacerse del poder en otras. Asimismo, habría que borrar del mapa a aquellos caciques cuya presencia había tenido el *placet* carrancista. Finalmente, todavía existían grupos más y sobre todo menos politizados, algunos de los cuales eran fácilmente merecedores del término gavillas, que alteraban la paz rural. Este problema fue atacado por De la Huerta a través de sus procedimientos persuasivos. Sólo en casos que así lo ameritaban fue utilizada la violencia.

a) *El coronel Esteban Cantú*

El Territorio Federal de Baja California Norte había sido el escenario de un rápido desarrollo económico basado en dos características: su dependencia fronteriza con California y, en menor medida Arizona, y su gobierno autócrata encabezado por el coronel federal, villista y carrancista. Esteban Cantú Jiménez. Este hombre, que llegó a Baja California en los ya lejanos días del *otro* interinato, había visto crecer la nueva capital del Territorio, Mexicali, y prosperar poblaciones como el antiguo Rancho de la Tía Juana. Los sonorenses, sus vecinos más próximos, conocían la autocracia de Cantú y debían conocer su actitud con respecto a la nueva situación. El propio Cantú se ha retratado como el último carrancista fiel que gobernó una parte del país.[22] De la Huerta se refirió al carrancismo del coronel como algo "prendido con alfileres".[23]

A fines de julio Cantú comenzó a manifestar desconfianza con respecto al centro y De la Huerta a tomar providencias para incorporar Baja California al domino nacional. Una comisión de bajacalifornianos llegó a Mexico para entrevistarse con el Presidente provisional. Su adicción a Cantú distaba mucho de pintarlo como elemento unificador de opinio-

[22] Esteban Cantú Jiménez, "Apuntes históricos de Baja California Norte", *Memoria del primer congreso de historia regional*, 2 v., Mexicali, Gobierno del Estado de Baja California, 1958, II, pp. 610-620.

[23] Roberto Guzmán Esparza, *Memoria de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado*, México, Ediciones Guzmán 1958, pp. 168-174.

nes. Los miembros de esa delegación de enviados por los municipios norteños declaró que el crecimiento económico ha sido natural, sin que para ello mediara Cantú.[24] Miguel Alessio Robles, secretario particular de De la Huerta, expresó que si bien no conocía que Cantú tuviera propósitos separatistas, el gobierno impediría a toda costa que la "triste historia de Texas" se repitiera.

La prensa diaria de la capital, por lo general muy escasa en noticias bajacalifornianas, comenzó a publicar despachos y notas con informaciones sobre la situación del Territorio Norte y las actividades de Cantú. Una nota expresaba que el presidente municipal de Caléxico, del otro lado, había dicho que Cantú iba a armar chinos para que lo defendieran. Para los capitalinos eso no significaba mucho pero sí para los sonorenses, especialmente violentos contra los inmigrantes de procedencia china.[25] El 2 de agosto se reveló en la prensa un buen motivo para dar

[24] *Excélsior*, 30 julio 1920.
[25] *Excélsior*, 1o. agosto 1920

"...*Miguel Alessio Robles, secretario particular de De la Huerta...*"

por concluidos los servicios del coronel Cantú para la patria. Con fecha de 24 de julio se le ocurrió dirigir una carta a De la Huerta en la cual hace la "advertencia amigable" de que aplace las elecciones para que no se dé la impresión de imposición al haber un candidato único. Esto, en términos políticos de 1920, es equivalente al más castigado de los pecados mortales. Provocar la ira de Obregón era jugar con lumbre. Los días de Cantú estaban contados.[26]

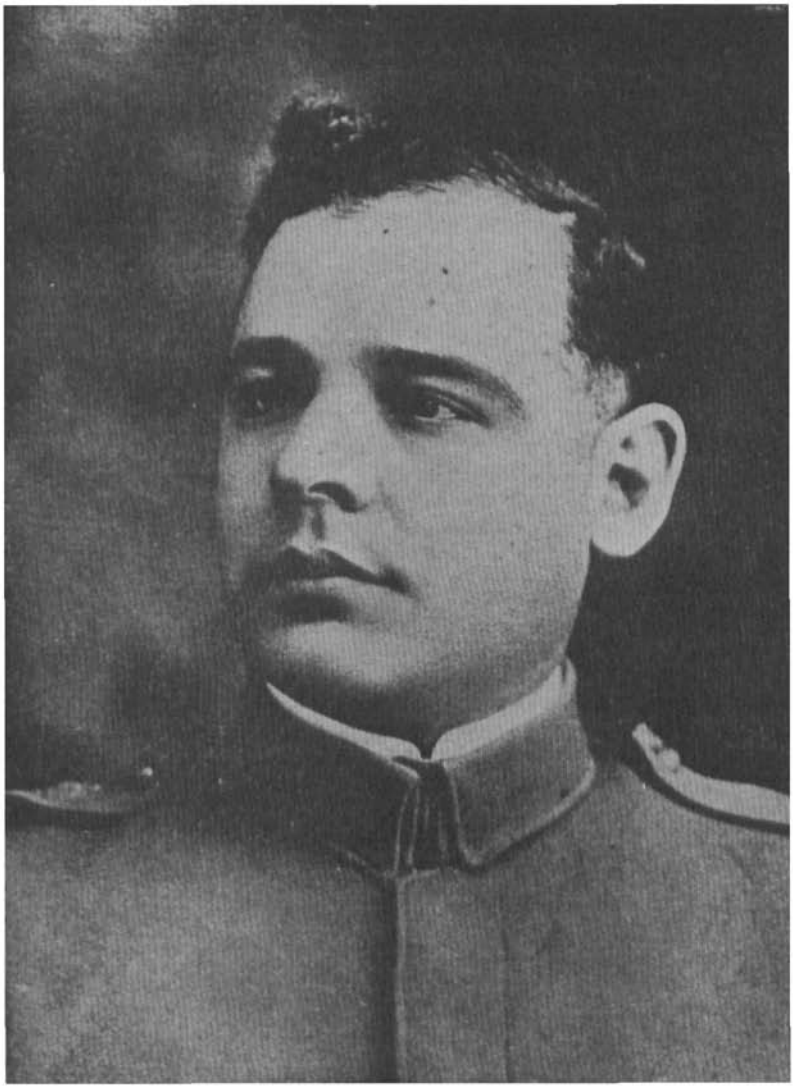
El general Calles tomó la actitud radical. Ordenó preparar un contingente de 3 000 hombres que iría a pelear, bajo el mando del recientemente ascendido a brigadier Abelardo L. Rodríguez. Además, Calles declaró que se tenían informes acerca de que en Tijuana y Mexicali reinaban la prostitución y el vicio, lo cual reportaba buenas ganancias a Cantú.[27] Desde 1919 la ley seca en los Estados Unidos propició que la frontera mexicana sirviera para que los norteamericanos fueran a ella a hacer lo que no podían en su país.

Adolfo de la Huerta tuvo más fe en sus procedimientos que en el contingente de Abelardo Rodríguez. Claro que el anuncio del envío de 3 000 efectivos a un lugar donde no se podía contar con una defensa muy amplia era un magnífico amago. Aparte de ello dispuso que 2 500 yaquis se movilizaran por el desierto de Altar en una peregrinación que utilizó con fines estratégicos y, desde luego, utilizó los servicios de sus enviados. En ese caso fueron varios, sin que entre ellos se conociera el propósito de la misión. El más importante era Luis Salazar a quien se le encomendó pedir a Cantú la entrega del gobierno. Otro fue Vito Alessio Robles, antiguo jefe de Cantú en el Ejército Federal, quien se ocuparía de los federales y le ofrecería a Cantú grado superior. También mandó a Fructuoso Méndez a convencer a los maytorenistas, le habló a Villa para que enviara a alguien suyo a convencer a los villistas. De esa manera, los tres núcleos de apoyo a Cantú serían desbaratados.

Cantú ofreció resistencia. Sus elementos se apoderaron de un barco patrulla el 5 de agosto, pero ello sirvió para que se organizara un bloqueo. Se llegó a especular acerca de que Lucio Blanco iría a encargarse de formar la resistencia, pero lo cierto es que para entonces el general se encontraba en San Antonio, Texas, localizado y hubiera sido fácil interceptarlo por violar leyes de neutralidad. En realidad había más "bluff" que hechos. Entretanto, Rodríguez avanzaba con sus tropas y los parla-

[26] Texto íntegro de la carta en *Excélsior*, 2 agosto 1920.

[27] Boyle a Colby, Mexicali, 25 agosto 1920, NAW/812.00/24495, hace un extenso balance de los últimos días de Cantú en el gobierno bajacaliforniano.



"...Más adelante llegó Abelardo Rodríguez, quien también gobernó Baja California Norte."

mentarios le ponían sus condiciones a Cantú, quien cedió ante Salazar el 14 de agosto. Cuatro días después hizo la entrega formal del gobierno. Después de ese día Cantú cruzó la frontera y se despidió del poder.[28] Salazar se ocupó del gobierno del Territorio. Mas adelante llegó Abelardo Rodríguez, quien también gobernó Baja California Norte.

b) *Dos rebeldes menores*

Conectados con el felixismo, los rebeldes Alberto Pineda Ogarrio y Pedro Zamora, dominaban partes de sus respectivos estados de Chiapas y Jalisco. Sin llegar a tener la importancia de otros antiguos rebeldes al carrancismo, ambos hicieron labor considerable en las regiones que tuvieron bajo su control.

El caso de Pineda es, una vez más, el de la persuación delahuertista. Pineda ostentaba el rango de brigadier y jefaturaba, precisamente, la Brigada Las Casas, en la región de San Cristóbal las Casas, de donde era oriundo. Al sobrevenir la rebelión de Agua Prieta, Pineda dejó de combatir, puesto que su bandera anticarrancista dejó de tener justificación. Sólo Félix Díaz creía en el aspecto ideológico de su movimiento, al tratar de restaurar la Constitución de 1857. El pinedismo chiapaneco, evidentemente, estaba lejos de preocuparse por detalles de ese tipo. Así, muchos pinedistas se retiraron de las filas de la Brigada Las Casas, hasta que la nueva jefatura de operaciones, comandada por Francisco Cossío Robelo comenzó a hostilizar a los pinedistas, dando lugar a que se trabaran combates en los cuales los gobiernistas sufrieron bajas de mayor consideración que los rebeldes.

Para septiembre, los planes pacificadores del presidente De la Huerta llegaron a Chiapas. Como siempre, mandó a sus emisarios, siendo el más constante Eulogio Ortiz. Con este general, Pineda tuvo más confianza y se pudieron arreglar las bases del acuerdo, después de muchas manifestaciones de desconfianza por parte de Pineda. De la Huerta recibió cartas de los ayuntamientos de la región, principalmente del de San Cristóbal y peticiones de extranjeros residentes en las que le solicitaban ordenara el cese de las acciones de guerra. De la Huerta obró en consecuencia y, al ver Pineda que las hostilidades habían cesado, a pesar de que Cossío Robelo se jactaba de poder acabar con Pineda, entonces las pláticas con Ortiz progresaron. Pineda pidio 50 mil pesos para pagar un préstamo forzoso que le había impuesto a sus paisanos y, lo importante,

[28] Cantú, *Op. cit.*, Guzmán Esparza, *Op. cit.*, Boyle a Colby, y *Excélsior*, 4-23 agosto 1920.

el reconocimiento de los grados de su plana militar y el suyo. El Presidente accedió y Pineda depuso las armas. Otro rebelde se acogía a la paz y, con él, otro estado de la República quedaba tranquilo.[29]

Pedro Zamora era uno de los gavilleros, al estilo del tristemente célebre Inés Chávez García, que tenía en jaque a las poblaciones a las que llegaba. Para él el cambio de gobierno significó poco, ya que sus fines distaban mucho de ser políticos, aun cuando estuvo relacionado con el felixismo. EL 14 de agosto dio un golpe que preocupó a la superioridad castrense, ya que secuestró a un súbdito inglés, de apellido Johnson, en la hacienda Acíhuatl, cerca de Autlán. También se llevó a un grupo de norteamericanos, entre quienes había dos de apellidos Hoyle y Gardner. Por el inglés pedía 100 mil pesos.[30]

Aun cuando los jefes militares, comandados en este caso por el general Enrique Estrada, prepararon una batida a Zamora, el gobierno no escatimó la persuación y utilizó los buenos oficios de Pancho Villa, quien escribió una carta a Zamora invitándolo a deponer las armas y amnistiarse.[31] Sin embargo Zamora siguió fiel a su condición de rebelde y siguió siendo objeto de una persecución en la cual intervinieron varios generales, entre quienes destacaba el "Grano de oro" Rafael Buelna. Para el 20 de septiembre, Enrique Estrada podía informarle a Calles múltiples detalles de la batida al rebelde, aun a pesar de que él no había caído. Ahí se da el detalle de que el rebelde faltó a su palabra el 10 de agosto y se levantó con 450 hombres, 600 armas, 100 mil pesos y 20 mil cartuchos. La campaña no se hizo esperar y Buelna destruyó al núcleo rebelde el 15 de agosto, mientras que otros jefes perseguían al rebelde. En la huida rumbo a la costa pudieron escapar los norteamericanos en un tiroteo. Sólo el inglés permaneció prisionero. La persecusión se continuó y le siguieron causando bajas, hasta acabar con Gabriel Rodríguez, su jefe de Estado Mayor. Para entonces habían causado 113 muertos a Zamora y se habían rendido 151. No habían contado el número de heridos, pero los estimaban en un centenar. Al parecer, Zamora quedaba solo y se hacía acompañar de una gavilla muy pequeña.[32] Al día siguiente, el

[29] Moscoso Pastrana, *op.cit.*, pp 299-330. Serrano, *op. cit.*, pp. 233-236 y *Excélsior*, 12, 15, 18, 21, 22, 24, 26, septiembre, 3 y 29 octubre 1920.

[30] Hidalgo a Estrada, Castro a Hidalgo y Castro a Estrada, 14 agosto 1920, Castro a Estrada, 22 agosto 1920. AHDN/XI/481.5/156 (caja 80)/ff. 283-287. *Excélsior*, 22 agosto 1920.

[31] *Excélsior*, 27 agosto 1920.

[32] Estrada a Calles, 20 septiembre 1920, AHDN/XI/481.5/156 (caja 80),ff. 344-345.

coronel Luis Alvarez Gayou le informaba a Estrada que José Covarrubias, alias el "Urraca" se había rendido y le hizo entrega del inglés Bernardo Johnson, cerca de Juchitlán, Jalisco. El telegrama concluye señalando que Zamora solicitaba amnistía. Esperaba instrucciones. El propio Alvarez Gayou se encargaría de parlamentar con Zamora.[33] Los militares encargados de custodiar Jalisco utilizaron métodos drásticos, efectivos, aunque alejados de la técnica delahuertista. El caso lo ameritaba, ya que Zamora no estaba en posición de atender los llamados persuasivos del Presidente provisional.

[33] Alvarez Gayou a Estrada, 21 septiembre 1920, AHDN/XI/481.5/156 (caja 80)/ff. 112-113 y Estrada a P. Flores, 30 septiembre 1920, f. 364. No existe más información al respecto en la caja 80 ni se indica en la Guía del Ramo Revolución Mexicana, elaborado por Luis Muro en El Colegio de México.

4

CONFLICTOS ESTATALES

Los gobiernos de los estados de la República representaban un problema de índole mayor para el gobierno provisional. Desde luego que todos aquellos gobernadores carrancistas hubieron de abandonar sus puestos, de acuerdo con lo propuesto por el Plan de Agua Prieta. Para el momento en que Adolfo de la Huerta rindió su único informe presidencial ante el Congreso, podía afirmar que: el Ejecutivo había nombrado gobernadores de los estados de Chiapas, Chihuahua, Morelos, Oaxaca, Nuevo León y Michoacán; por su parte, el Senado había hecho lo mismo con respecto a Campeche, Guanajuato, Jalisco, México, Puebla, Querétaro, Tamaulipas y Yucatán. También se daba a conocer que "se hallan funcionando con regularidad los gobernadores constitucionales de: Aguascalientes, Coahuila, Colima, Durango, Guerrero, Hidalgo, Nayarit, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tlaxcala, Veracruz y Zacatecas" Finalmente, el Presidente informaba que se habían efectuado elecciones de poderes locales en Aguascalientes, Michoacán, Zacatecas y Durango, habiendo sido declarado gobernador solamente el general Jesús Agustín Castro, en Durango. Los demás casos se encontraban pendientes y algunos de ellos serían fuente de conflictos.

En términos generales la realidad concordaba con el panorama tranquilo que proponía De la Huerta. Los casos graves ya se habían resuelto, como el del Territorio Norte de Baja California, pero vendrían otros a alterar esa calma que reinaba en septiembre de 1920.

Mencionó De la Huerta en su informe algo de lo acontecido en Colima y Veracruz, que fueron las primeras entidades donde se suscitaron conflictos por la gubernatura. En Colima persistía un conflicto entre los poderes Ejecutivo y Legislativo, en virtud de que éste había desaforado a Miguel Alvarez García, quien según De la Huerta era "gobernador legítimamente electo". Alvarez García presentó demanda de amparo y tanto el Juzgado de Distrito de Colima como la Suprema Corte, concedieron la suspensión del decreto de la Legislatura, procediendo a reinstalar al gobernador Alvarez el 15 de julio.

El caso veracruzano fue de injerencia presidencial, ya que De la Huerta consideró conveniente "revocar el nombramiento de gobernador de Veracruz que había sido hecho en favor del C. Antonio Nava; declarar nulo el reconocimiento de la Legislatura de la propia entidad... ordenar

"...Para el momento en que Adolfo de la Huerta rindió su único informe ante el Congreso..."

que cesara en funciones el C. ingeniero Carlos Méndez, encargado accidental del Poder Ejecutivo, y, finalmente, juzgó oportuno que debía asumir del Poder Ejecutivo del Estado de Veracruz el ciudadano a quien le correspondiera conforme al artículo 141 de la Constitución Política del referido Estado".[34]

El origen del caso veracruzano estribó en que Nava, que llegó a la gubernatura por obra y gracia del Plan de Agua Prieta, trató de legalizar su situación. Para ello convocó a sesiones a la Legislatura local, que se formó con los suplentes. Una vez consumado el procedimiento, lanzó la convocatoria para elecciones, sin tomar en cuenta la opinión de la Presidencia provisional. Esto provocó que De la Huerta, que estaba en su derecho de hacerlo, le revocara el nombramiento e hiciera todo lo que señaló en el Informe.[35] El conflicto quedó suspendido más que arreglado

[34] De la Huerta, Informe presidencial, *Los presidentes* ...III, pp. 383-385.
[35] *El Universal*, 10-13 agosto 1920.

con el nombramiento del señor Gabriel Garzón Cossa, quien de acuerdo con el artículo 141 de la Constitución local, tenía derecho a ocupar el Ejecutivo veracruzano, por haber sido el último presidente de la Legislatura.[36]

El caso michoacano fue posterior al informe presidencial, aunque cualquier decisión era inminente. Ya para el primero de septiembre había sido electo el general Francisco J. Múgica, quien no contaba con las simpatías de los aguaprietistas. Las elecciones habían sido disputadas por Múgica, García de León y Márquez de la Mora. La pugna más fuerte era entre los dos primeros. Se dejó sentir la evidencia de que el gobernador, Pascual Ortiz Rubio, a la sazón secretario de Comunicaciones, apoyaba a García de León, mientras que el antiguo jefe de operaciones militares de Michoacán, Rentería Luviano, se inclinaba por Múgica. Al no hacerse la declaratoria formal y la entrega del gobierno, los partidarios de Múgica penetraron al palacio de gobierno el 22 de septiembre y, una vez consumada la toma de instalaciones, le entregaron el gobierno al constituyente radical, quien se puso a despachar de inmediato. Los gar-

[36] Fue hasta el 1o. de diciembre cuando ocupó la gubernatura el ingeniero y coronel Adalberto Tejeda.

"...ya para el primero de septiembre había sido electo el general Francisco J. Múgica."

cialeonistas protestaron y consideraron ese acto como una violación al auténtico voto de los michoacanos, pero, los mugiquistas alegaban que la mayoría era suya. El jefe de operaciones y hasta dos días antes gobernador provisional, Lázaro Cárdenas, se limitó a guardar el orden sin intervenir en pro o en contra de ningún bando. En sus comunicados a la capital señala que había impedido enfrentamientos entre los dos bandos contendientes y que se ha abstenido de obrar en contra de las facciones en pugna.

Pascual Ortiz Rubio declaró que Cárdenas favorecía a los de Múgica, al mostrar su incompetencia para arrojarlos de las instalaciones de Palacio. Cárdenas replicó que el Palacio "no fue asaltado, sino que pueblo desarmado penetró al interior sin hostilizar a nadie". Concluye Cárdenas tachando de "ligero" a Ortiz Rubio, asegurando que no ha obrado con parcialidad.[37] El caso es que, aun cuando el Senado declaró desaparecidos los poderes de Michoacán, Múgica no cedió un ápice y un mes después volvió a ocupar el Ejecutivo de Michoacán, reconocido como gobernador constitucional del Estado.

Si la prudencia de Cárdenas evitó derramamiento de sangre en su estado natal, no sucedió lo mismo en Tabasco. Ahí los enfrentamientos entre el gobernador Carlos Greene y los diputados locales terminaron en hechos de sangre, al penetrar el recinto de la Cámara local tropas dirigidas a asesinar a dos diputados de la oposición. Uno de los diputados asesinados había hecho lo propio con un capitán cuya escolta vengó su muerte. El otro diputado, cuando iba a pedir garantías al despacho del gobernador, fue recibido a tiros. Ello ocurrio el 25 de octubre. La consecuencia fue que el Senado declaró desaparecidos los poderes en Tabasco, con lo cual Greene quedaba a disposición de la justicia del orden común. Los diputados greenistas por sí solos se constituyeron en Legislatura, lo que no prosperó, aunque su acto legislativo consistió en nombrar gobernador a Tomás Garrido Canabal, pero esto no tuvo validez. El Senado nombró a Primitivo Aguilar Suárez y más tarde la gubernatura constitucional correspondió al ya mencionado Garrido.[38]

A diferencia de los anteriores, el caso de Yucatán revistió una lucha partidista de mayor envergadura que los conflictos caciquiles o personalistas que confundieron la situación política de Michoacán, Tabasco o Veracruz. El caso yucateco tiene sus raíces en un pasado de mayor lejanía e implica problemas de tipo estructural. Junto con ellos la agitación

[37] *Excélsior*, 23-26 septiembre 1920.
[38] *Excélsior*, 26-31 octubre 1920. Ver Taracena. *Op. cit.*

"Pascual Ortiz Rubio declaró que Cárdenas..."

en la superficie política puso de manifiesto la complejidad del estado peninsular. El senado designó gobernador provisional al ex constituyente Antonio Ancona Albertos, que había surgido a la fama pública como periodista con el seudónimo de Mónico Nek.

Mientras se atravesaba por una crisis financiera provocada por una baja del henequén en el mercado internacional[39] crecía la agitación social en Yucatán, animada sobre todo por el Partido Socialista del Sureste, que para entonces contaba con buena organización y con un líder destacado: Felipe Carrillo Puerto, quien había dejado buenas relaciones en México con Calles a través de Morones y la CROM. Los socialistas yucatecos desarrollaron una serie de actos violentos que costaron la vida a varios miembros del Partido Liberal Yucateco. Ello provocó una situación tensa en septiembre de 1920 cuando se disputaban el poder local tres grupos: los socialistas de Carrillo Puerto, los del Partido Liberal Yucateco, que habían tratado de captarse la simpatía carrancista apoyando a Bonillas y el Partido Liberal Constitucionalista que, entre los yucatecos destacados, contaba con el propio gobernador y con otro ex-constituyente, el doctor Miguel Alonzo Romero. El doctor Alonzo de-

[39] *Excélsior*, 28 agosto 1920.

claró a la prensa capitalina, no sin dejar de jalar agua para su molino, que mientras unos trataban de destruir, los otros eran oportunistas. Explicaba que las muertes eran actos de venganza, ya que anteriormente los liberales habían hostilizado a los socialistas, pero que entre ambos trataban de perturbar a Yucatán y lo estaban logrando.

Asimismo, por septiembre circuló una proclama socialista en Yucatán, que Alonzo Romero dio a conocer a la prensa capitalina, en la cual se hace un llamado a la lucha de clases; a destruir al capital y a su representante, el gobierno burgués. Se trató de manipular a la opinión pública en el sentido de que se proponía a los proletarios formar una república soviet en Yucatán, separada de México. En rigor esto era una interpretación del llamado del Partido Socialista de Yucatán a iniciar la lucha en el Estado, pero para proseguirla en el país. Era cuestión de los plazos que se daban a los distintos objetivos, por lo que ese separatismo no era el tradicional yucateco sino otro inspirado en los lineamientos de Bujarin y la Tercera Internacional.[40] Los periódicos exageraron. Antes de estos acontecimientos había estado en la Península Alvaro Obregón, precisamente cuando fue electo presidente y a su regreso declaró su acompañante, el licenciado Rafael Zubaran Capmany, que había exageración; que sí había habido brotes de violencia, pero que todo tendía a tranquilizarse. La presencia de Obregón en Yucatán efectivamente retardó la explosión de violencia. Esta tuvo lugar cuando llegó el momento de las elecciones de la legislatura local, en noviembre. Entonces sí se desató lo que había permanecido en tensión y el parte militar del jefe de operaciones, general Alejandro Mange, se refería a sesenta muertos.

Como suele suceder en casos como ése, la prensa dio cabida a todas las versiones y todos culpaban a todos: el general Mange protestaba imparcialidad y era respaldado por Calles ante las acusaciones que le hacía Carrillo Puerto, de utilizar las armas contra los socialistas. Alonzo Romero, por su parte, achacaba toda la culpa al gobernador Ancona Albertos, por su parcialidad favorable a los socialistas. Mange logró imponerse al desarmar a muchos yucatecos y con ello restableció la calma. Las elecciones favorecieron al Partido Socialista.[41] Las crisis provocadas por la baja del henequén hacían que el desempleo aumentara y, con ello, la agitación era tarea fácil de desarrollar. Carrillo Puerto avanzaba en sus posiciones.

[40] *Excélsior*, 12 septiembre 1920.
[41] *Excélsior*, 9-11 septiembre 1920.

"...En rigor esto era una interpretación del llamado Partido Socialista de Yucatán..."

5

OBREROS Y CAMPESINOS

La administración provisional tuvo especial interés en establecer una diferencia política sustancial, con respecto al gobierno de Carranza, en lo referente a los obreros y los campesinos. La explicación del caso es doble: por una parte, era menester cumplir con los compromisos adquiridos con los más importantes grupos tanto de obreros como de campesinos y, por otra, con una política favorecedora a estos grupos, el nuevo régimen tenía la oportunidad de establecer una fuerte base ideológica que le daba legitimidad revolucionaria. Todo esto conjugado viene a ser la expresión de diversas necesidades: la de los obreros y campesinos organizados en grupos políticos y la del grupo gobernante de dotar al Estado de una práctica congruente con los postulados constitucionales.

Claro está que no todo fue nitidez y transparencia, ni las cosas marcharon siguiendo un solo derrotero. Hubo contradicciones, desde luego, así como momentos de tensión. Más con los obreros que con los campesinos, o al menos esto es lo que se puede apreciar por la capacidad del primer grupo de expresarse y el tradicional silencio del segundo.

Los compromisos con los campesinos y Agua Prieta fueron establecidos básicamente con el núcleo zapatista, aunque también cabe mencionar a grupos menos organizados o que dominaban zonas más alejadas de la capital. En ese sentido un ejemplo de política agraria puede ser la dotación de la hacienda de Canutillo a Villa y un grupo amplio de sus dorados, quienes dejaron las armas para dedicarse a labores agrícolas. Lo mismo puede decirse de las colonias agrícolas de los cedillistas en San Luis Potosí, premio a la colaboración para derrocar al régimen e instrumento de pacificación de grupos fuertes en la escala regional aunque débiles en la nacional. En Morelos también se procedió a repartir tierras y a legalizar las que los propios zapatistas habían hecho suyas. Con estas medidas el caciquismo se fortaleció al recibir los diversos hombres fuertes de los pueblos o las colonias agrícolas nuevas sus tierras, trabajadas por sus hombres, quienes les debían lealtad, misma que se traducía en términos de lealtad del cacique al gobierno. De la Huerta estableció adecuadamente estas bases.[42]

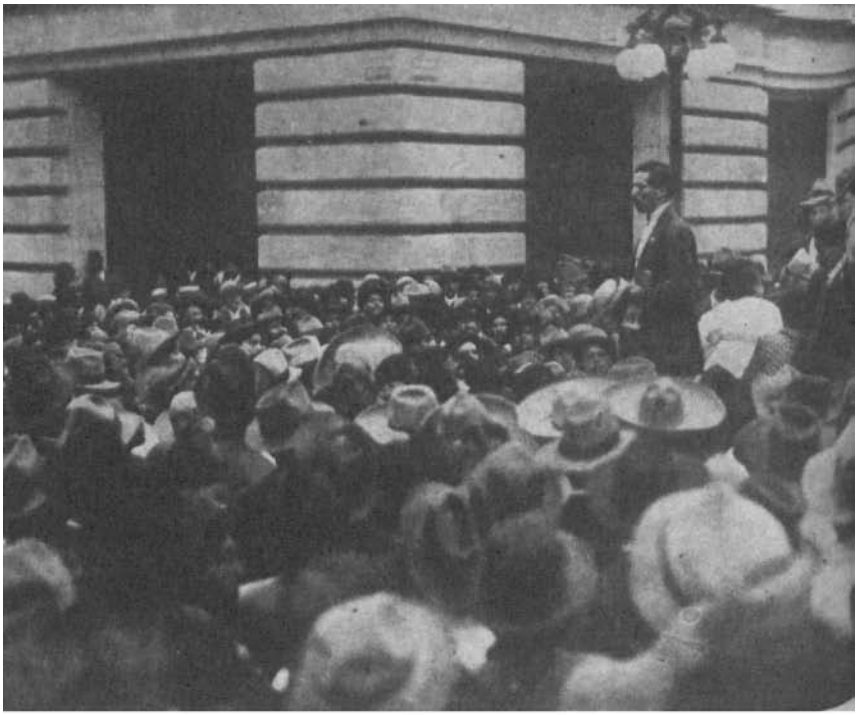
[42] En el mensaje presidencial de septiembre, De la Huerta informaba lo siguiente: "165 974 hectáreas concedidas por dotación, y restitución a 128 pueblos... De estos datos corresponden 82 instancias resueltas y dotadas con 47 551 hectáreas 95 áreas y 1 por restitu-

Fue necesario, evidentemente, darle a todo esto la necesaria instrumentación jurídica. Con respecto al asunto agrario, lo más notable fue la promulgación de la Ley de Tierras Ociosas, el 28 de junio, cuyo articulado recupera un tema propuesto en 1906 por el Partido Liberal en su manifiesto precursor. Al declarar de utilidad pública las tierras de labor, la nación queda facultada para "disponer temporalmente para fines agrícolas de aquellas que sean laborables y que sus legítimos propietarios o poseedores no cultiven". Los ayuntamientos serían los instrumentos encargados de hacer efectiva esta ley, con lo cual se les otorgaba una fuerte dosis de poder.[43] Como suele suceder, del enunciado a la apli-

ción con 7 744 has. hasta mayo del corriente año; y 36 expedientes por dotación con 66 546 has. 23 áreas y 4 expedientes por restitución con 44 105 has. 2 áreas en los meses de julio y agosto Contrasta con las 45 309 has. con que se dotó a 62 pueblos en 1919. *Op. cit.*.

[43] Diario Oficial, 28 junio 1920. Ver Moisés González Navarro, "Las tierras ociosas", *Historia mexicana*, XXVI. no. 4, abril junio, 1977, p. 503-539. Detalla los antecedentes mediatos e inmediatos; éstos provienen de 1919 cuando el Ejecutivo carrancista no promulgó una ley elaborada, entre otros, por Cabrera y Vadillo, y a la que las cámaras habían modificado mucho.

"...Hubo... momentos de tensión más con los obreros que con los campesinos... por la capacidad del primer grupo de expresarse y el tradicional silencio del segundo."



"...Los obreros organizados ganaron posiciones importantes y... continuaron luchando por extender su radio de acción..."

cación existe un enorme trecho por recorrer. Sin embargo, esta nueva ley, congruente con el artículo 27, era un espléndido instrumento en manos de los aguaprietistas, con el cual se les facilitó el control campesino. La dotación de tierras se amplió considerablemente, destacando un afán diferencial con el régimen depuesto.

Las relaciones con los trabajadores presentan también un marcado contraste con respecto a Carranza. No obstante, los de Agua Prieta no se preocuparon por hacer efectivo de manera inmediata el famoso pacto secreto celebrado entre Obregón y Morones. No se cumplió con el punto de crear un organismo estatal exclusivamente dedicado al Trabajo y ni siquiera se puso al frente de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo a un miembro de la CROM, sino al divisionario Jacinto B. Treviño, quien pese a su origen pablista permaneció al frente de la dependencia. Los cromistas, particularmente los del "Grupo Acción", fueron premiados con puestos interesantes: Morones fue jefe de los Establecimientos Fabriles Militares; Celestino Gasca fue gobernador del Distrito Federal y Rosendo Salazar estuvo al frente de los Talleres Gráficos de la

Nación.[44] Los obreros organizados ganaron posiciones importantes y, una vez en ellas, continuaron luchando por extender su radio de acción y solidificar su poder. Contaban sobre todo con la alianza que les brindaba el secretario de Guerra y Marina, Calles, quien mantuvo en el semestre provisional, una política militar tendiente a impedir la represión de obreros huelguistas por parte del Ejército. Calles giró repetidas instrucciones a jefes de operaciones militares en el sentido de no reprimir obreros. Caso ilustrativo es el referente a la huelga de los trabajadores contra la Fundición de Fierro y Acero de Monterrey, a fines de junio y principios de julio de 1920. Los trabajadores de la fundidora tuvieron el respaldo de la Federación de Sociedades Gremiales Ferrocarrileras, la cual trataba de obtener el reconocimiento como representante de los huelguistas, quienes carecían de organización. Los patrones no reconocían a los ferrocarrileros organizados ni cedían en torno al aumento solicitado por los trabajadores. El gobernador de Nuevo León, Porfirio González, trató de servir como mediador, pero los patronos lo veían más como aliado de los obreros. Adolfo Prieto, presidente del Consejo de Administración de la Fundidora, pidió garantías al gobierno local, arguyendo que la compañía estaba sitiada por obreros de otras negociaciones, los cuales impedían la entrada a los de su empresa que querían volver libremente al trabajo. Prieto se refería a que los últimos días de junio intentaban regresar a labores cerca de 600 obreros, y que sólo permanecerían en huelga de 100 a 200 exaltados.

El caso es que, al carecer de representación y de organización, los obreros siderúrgicos se vieron apoyados por sindicatos y uniones de otros gremios.[45] El gobierno se limitó a evitar enfrentamientos entre los trabajadores, pero no intervino contra ellos. Finalmente, hasta el 12 de julio, Prieto declaró que podía darse por terminada esa huelga.[46]

Tampico fue otro centro de fuerte actividad huelguista en los meses de junio y julio. Primero tocó su turno a los ferrocarrileros, al mismo tiempo que los de la Fundidora de Monterrey. Pedían un 75% de aumento y sólo trabajarían entretanto para los trenes militares. Más tarde, ya en julio, los obreros de las compañías de luz y de tranvías hicieron estallar su huelga, para que cuatro días más tarde, el 14, los petroleros se sumaran a los paros de labores. Según la prensa 10 000 obreros se encontraban en huelga y, al parecer, contaban con la simpatía del gobernador

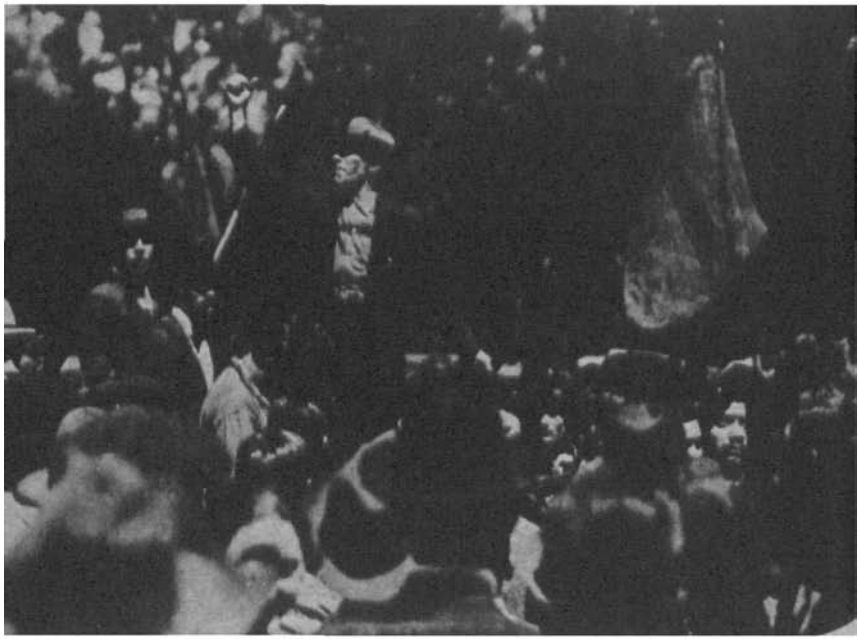
[44] Carr. *Op. cit.* I. pp. 153-160.
[45] *El Universal*, 23-24 junio 1920; *Excélsior*, 2, 3 y 7 julio 1920.
[46] *Excélsior*, 13 julio 1920.

provisional de Tamaulipas, Emilio Portes Gil. La Federación de Sindicatos acordó dar por terminados los movimientos huelguísticos. Por lo que se puede deducir, más que haber tenido un apoyo básico de los obreros de las compañías petroleras, sobre quienes todavía ejercía un gran influjo el general Manuel Peláez, el apoyo a las huelgas provenía de los braceros agrícolas de la región y no de los petroleros, quienes al decir del general Alejandro Chao, que fuera segundo de Peláez, gozaban de buenos sueldos y no tenían motivos para detener sus labores.[47]

La prensa manifestó una constante actitud contraria a los huelguistas, hasta que dio con una causal que atacó con vehemencia: había agentes "bolsheviki" en el país. Sobre todo, habían extendido sus operaciones en Tampico, donde había una amplia masa proletaria tanto petrolera como perteneciente a las compañías de luz y tranvías. Los trabajadores tampiqueños ya habían recibido antes la influencia de agentes

[47] *Excélsior*, 14-15 julio 1920.

"...ya habían recibido antes la influencia de agentes de la I.W.W., anarquistas y a partir de la Tercera Internacional comenzaba a haber penetración comunista."



de la IWW, anarquistas, y a partir de la Tercera Internacional comenzaba a haber penetración comunista. Sin embargo, la prensa sólo veía a la causal "bolsheviki" y no al potencial que la podía seguir. Peláez proporcionó elementos para impedir la acción bolchevique en Tampico.[48] Los comerciantes del Distrito Federal anunciaron un cierre de establecimientos para presionar al gobierno contra los agentes bolcheviques. Celestino Gasca, gobernador del Distrito por obra y gracia de la CROM, pronto declaró que el "bolshevismo" convertía la libertad otorgada por la Constitución el libertinaje y pedía que se señalaran casos concretos. A ello, *Excélsior* respondía con los nombres de Linn Gale y su esposa, George Smith, Deliu Delfa, Mardandari Nathory y J. Shones, de quienes señalaba antecedentes de militancia internacional.[49]

Mientras la prensa acusaba bolcheviques, en Veracruz estallaba otra huelga, en este caso de obreros del Ferrocarril Mexicano, con lo cual se aislaba al principal puerto del resto del país. La huelga era para apoyar a los que seguían su movimiento en Tampico. Para entonces, Portes Gil había sido destituido y Peláez organizaba una policía al servicio de las empresas, en vista de que el gobierno dejaba en libertad a los huelguistas.[50] Finalmente, el 23 de julio se levantó la huelga en Veracruz. Para ello fue necesaria la persuación del propio presidente De la Huerta a los trabajadores. De cualquier manera, la conciliación no arraigaba. Lo conseguido en julio se olvidaba en agosto, cuando volvía a estallar otra huelga en Veracruz e inclusive el propio Guadalupe Sánchez, jefe de operaciones militares recibía un ataque material.

Los comunistas seguían en actividad y la prensa continuaba hostilizándolos. A fines de agosto fue encontrada en una imprenta una gran cantidad de hojas volantes de propaganda diversa, en la cual se atacaba tanto al capitalismo como al gobierno. Esto permitió que se presionara a las autoridades para iniciar funciones persecutorias. El ministerio público pidió la aprehensión de la señora de Linn Gale y de Carlos Tabler.[51]

El exceso del radicalismo llegó el 26 de septiembre. Sin embargo, no fueron los "bolsheviki" quienes llevaron a cabo la gran manifestación sino la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal, miembro de la CROM. Este organismo organizaba una marcha al zócalo para apoyar la petición de reglamentar de inmediato los artículos 27 y 123.

[48] *Excélsior*, 16 julio 1920.
[49] *Excélsior*, 22 julio 1920.
[50] *Excélsior*, 17-20 julio 1920.
[51] *Excélsior*, 29 agosto 1920.

Eso parecía totalmente normal y deseable, desde el punto de vista de los trabajadores, para quienes se había legislado favorablemente en Querétaro y que carecían, a los tres años y medio de haber sido promulgada la Constitución, de recursos legales para defenderse. El exceso radicó en que un grupo penetró a Palacio Nacional e hizo ondear una bandera rojinegra en la astabandera del propio Palacio. Ese acto provocó la ira de la prensa conservadora, del irascible general Obregón, pese a ser poseedor de un sentido del humor muy celebrado y del tranquilo presidente De la Huerta. No era para menos, desde el punto de vista del poder. Ese exceso representaba un peligro para los obreros, que podían alcanzar más de dos pasos atrás después del paso adelante que habían dado, porque la realidad estaba muy lejana a que ese acto fuese, a decir del *Excélsior*, "el triunfo del bolshevismo".[52]

Si se hace un balance del movimiento obrero en el semestre provisional gubernativo de los sonorenses, puede afirmarse que fue positivo. Lo fue en la medida en que el cambio de gobierno hizo cesar la represión ya habitual del régimen carrancista. En el terreno legal no se dio ningún paso, aunque se habló de la necesidad de reglamentar la Constitución. En cuanto a las relaciones políticas entre el gobierno y los obreros, no puede concluirse nada tajante. Un sector gubernamental prestaba un franco apoyo a los obreros, pero también existía desconfianza hacia ellos, provocada por la misma presión que ejercían los patrones. Puede señalarse que la experiencia de los seis meses de Adolfo de la Huerta prefiguraron la ulterior solidaridad entre Calles y los obreros, demostrada con la política militar favorable hacia los huelguistas y la distancia entre los trabajadores y Obregón, quien los fustigó en declaraciones públicas a raíz del exceso del 26 de septiembre. La política conciliadora de De la Huerta no pudo lograr la armonía entre las relaciones obrero-patronales.

[52] *Excélsior*, 28 septiembre 1920 recoge múltiples declaraciones en contra de los obreros.

"Si se hace un balance del movimiento obrero... puede afirmarse que fue positivo."

"...La coyuntura del ingreso de los Estados Unidos a la guerra fue favorable para el gobierno..."

6

EL PRIVILEGIO NORTEAMERICANO

El hecho de ser hombres de frontera permitía que la trilogía sonorense fuera más consciente de la necesidad de que su gobierno fuese reconocido por el norteamericano. Su posición como colaboradores y observadores de la política carrancista al respecto, asimismo les permitía saber que éste era un renglón asaz espinoso y, por consiguiente, tenían idea muy clara que lo peor podía venir del norte. De hecho era este aspecto el que podía poner en crisis los fundamentos del movimiento que los llevó al poder. Si bien habían conseguido que grupos hostiles al nuevo orden constitucional lo aceptaran finalmente, como Peláez, Pineda, los soberanistas oaxaqueños y otros, los norteamericanos habían presionado de tal manera que podía esperarse que el momento fuera adecuado para negociar el desconocimiento de todos aquellos elementos constitucionales que lesionaban los privilegios de los inversionistas estadounidenses.

Un repaso mínimo al estado de las relaciones mexicano-norteamericanas en 1919 y lo que iba de 1920 ofrece un panorama poco alentador. La Constitución de 1917 había sido considerada como un atentado directo para los intereses norteamericanos, particularmente el artículo 27, al que declaraban confiscatorio de propiedades legítimamente adquiridas por ciudadanos a quienes se les debía dar protección. Dentro de los afectados, los petroleros fueron quienes ejercieron la mayor presión, pero la coyuntura del ingreso de los Estados Unidos a la guerra fue favorable para que el gobierno de Carranza lograra avanzar en su legislación sobre subsuelo y, por lo menos, se logró establecer el principio de que debía solicitarse permiso para perforación de nuevos pozos.

Al concluir la guerra, como es conocido, los Estados Unidos resultaron ser el país más favorecido y desde entonces se confirmó su lugar como primera potencia mundial, toda vez que las aspirantes a serlo habían mermado su potencial entre 1914 y 1918: Francia e Inglaterra habían padecido directamente las consecuencias bélicas. Rusia había experimentado su revolución socialista y Alemania sufría la derrota. El Japón, por su parte, aunque en buen desarrollo, no tenía el empuje tan fuerte de la nación norteamericana. Los catorce puntos dictados por el presidente Wilson y, finalmente, los Tratados de Versalles son muestras de cómo ese país fue el que mayormente capitalizó para sí el triunfo de la

guerra. Y, como señala el lugar común, todo país vecino de una gran potencia sufre las consecuencias de serlo.

En efecto, a partir de 1919, la política exterior relativa a México se tornó agresiva. Mientras que Wilson enfocaba todos sus esfuerzos hacia Versalles, la política con los vecinos quedó en segundas manos. Fue entonces cuando el senador republicano Albert B. Fall, de Nuevo México, representante de los intereses petroleros, enderezó una serie de ataques y presiones sobre México.

Todo el segundo semestre de 1919 estuvo salpicado de pequeños detalles que amenazaban las relaciones entre los dos países. El caso más drástico fue el provocado por el autoplagio del cónsul norteamericano en Puebla, William O. Jenkins, asunto en el cual se quiso apoyar Fall para que Wilson autorizara una intervención armada en México.[53]

El senador Fall, además, había organizado un subcomité para estudiar las agresiones que había hecho el gobierno de Carranza a los Estados Unidos, dentro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano. A dicho subcomité habían concurrido a declarar numerosos y significados enemigos de Carranza, tanto mexicanos como norteamericanos.

Mientras eso sucedía, Henry P. Fletcher, el embajador, había abandonado su puesto en México, quedando la misión a cargo del cónsul general, Hanna. Wilson proveyó con un nuevo embajador, del cual se esperaba mucho, Henry Morghentau, pero jamás fue confirmado por el Senado y la Embajada permaneció acéfala. En eso se dio la rebelión de los sonorenses, cuestión que vino a coincidir con la presentación al Senado y al público del informe de los trabajos del subcomité. Fue el mismo día en que se inició el gobierno provisional cuando la prensa mexicana dio a conocer un resumen del citado informe.

El informe, según la prensa, alcanzaba las 5 000 páginas y fue formado con declaraciones recogidas en Nueva York, Washington y casi todas las ciudades importantes de la frontera entre México y Estados Unidos. Su autor o coordinador aprovechó varias coincidencias para dar a cono-

[53] Sobre relaciones, en general, ver Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, 2a. ed. México, El Colegio de México, 1972, XII-303 pp., Mark T. Gilder hus *Diplomacy and Revolution. U.S.-Mexican Relations under Wilson and Carranza*, Tucson, The University of Arizona Press, 1977, XVI/159 pp. y Robert Freeman Smith, *Los Estados Unidos y el nacionalismo revolucionario en México*, trad. de Ernesto de La Peña, México, Extemporáneos, 1973, 416 pp. (A pleno sol, 27) Un resumen general en Alvaro Matute, *Las dificultades*... primera parte. Ahí se analiza el caso Jenkins. Sobre dicho particular el artículo de Charles C. Cumberland, "The Jenkins Case and Mexican American Relations", *Hispanic American Historical Review*, XXXI, 4, nov. 1951, pp. 586-607.

cer sus conclusiones y presentar sus sugerencias. Por una parte, la naturaleza jurídica del nuevo gobierno mexicano; por otra, el deficiente estado de salud del presidente Wilson, que no se ocupaba más de la política exterior con México; además, el cercano inicio formal de la campaña electoral para suceder a Wilson. Con esos tres elementos pudo jugar Fall para dejar caer sus ideas en torno a lo que debía ser el comportamiento del nuevo gobierno mexicano, para ser reconocido.

En términos generales, Fall coincidía con muchos de los rebeldes anticarrancistas: volver a la Constitución de 1857. De no lograrse la abolición de la nueva Carta, entonces se podía ir a lo particular. Esto era lo que contenían ciertos artículos del texto de Querétaro: el 27, el 3, el 33 y el 130. El 27 porque de él dependía la legislación tenida por "confiscatoria", y de hecho era el asunto fundamental; los otros eran más de cobertura. El tercero, porque restringía a los americanos a dirigir o enseñar en escuelas primarias. El 33, relativo a la expulsión del territorio nacional de los extranjeros tenidos por perniciosos, no fuera aplicado a nor-

Henry P. Fletcher, embajador de Estados Unidos a su llegada a la ciudad de México.

teamericanos. Con respecto al 130, también se pedía excepción a misioneros y religiosos norteamericanos, así como a las publicaciones que produjeran o distribuyeran.[54].

El informe era pródigo. En otra nota se informó que, según Fall, México estaba endeudado con los Estados Unidos por 504 millones de dólares. En el cuadro siguiente se detallan los ramos:

Por las vidas de los norteamericanos	$ 14 500 000
Por daños personales	3 000 000
Por daños a la propiedad individual	50 000 000
Por daños a los ferrocarriles	112 000 000
Por daños a minas	125 000 000
Por daños a compañías petroleras, ranchos, fábricas, bancos, plantas de luz y fuerza motriz y sistemas de riego	200 000 000
TOTAL	$504 500 000

Según Fall esto importaban los daños. Los cálculos eran unilaterales, pero lo importante es que iban dirigidos al senado y con ellos, el senador Fall podía negociar el reconocimiento.[55]

No era, sin embargo, la única opinión suscitada en los medios norteamericanos. El líder obrero Samuel Gompers, con quien Luis N. Morones guardaba buenas relaciones, condenó las declaraciones de Fall y las calificó de atentatorias tanto para México como para la América Latina. Pensaba Gompers que, de cumplirse lo que Fall buscaba, "todas las repúblicas de la América Española se levantarían como una sola contra el 'prusianismo' de los Estados Unidos".[56] Agregó el líder de la American Federation of Labor que resultaba contradictorio que después de haber triunfado en una guerra provocada por un país fuerte, llegara un senador a pedir la invasión con fuerzas de tierra y mar a un país amigo. Continúo Gomberps señalando que las declaraciones de Fall equivalían

[54] Un extracto breve del informe de Fall en El *Universal* 1o. junio 1920.

[55] *El Universal*, 2 junio 1920.

[56] *El Universal* 5 junio y Harvey A. Levenstein, *Labaur organizations in the United Statates and Mexico; A history of thir relations*, Westport, Greenwood, 1971, X-258 pp. (contributions in American History , 13)., p. 103.

"...*El* New York World *aprovechó para contradecir a Fall y condenar su intervencionismo...*".

a decir que si México no hacía una Constitución de acuerdo con las ideas de los capitalistas petroleros y mineros norteamericanos, el gobierno de los Estados Unidos intervendría en México. Finalmente, Gompers consideraba que sólo eran aceptables algunas cláusulas menores. El *New York World* aprovechó para contradecir a Fall y condenar su intervencionismo.[57]

Días después daría principio la precampaña electoral. De hecho las declaraciones de Fall permitían a los sectores involucrados una definición en torno a lo que debía ser la política exterior norteamericana, de acuerdo con el modelo de nación que se deseaba proyectar al mundo.

La política exterior de Wilson era uno de los blancos favoritos del ataque republicano. La convención reunida en Chicago, con el objeto de seleccionar al candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, externaría, a través de sus miembros más representativos, algunas opiniones

[57] El *Universal*, 7 junio 1920.

Samuel Gompers.

electoreras que deberían influir al futuro candidato e impresionar a la opinión pública como partido de mano dura frente a lo que consideraban timidez del Partido Demócrata.

Entre los más interesantes asistentes, desde el punto de vista mexicano, estaban Henry Lane Wilson y Henry P. Flechter, los dos últimos embajadores de los Estados Unidos en México, en los gobiernos de Madero, Huerta y Carranza. La plataforma presentada por el inspirador de la Ciudadela señalaba:

> Se deploran las intolerables condiciones que reinan en México. Reconocemos nuestra directa responsabilidad, comprometiéndonos ante los Estados Unidos a reafirmar una política que defina al mismo tiempo que tenga en cuenta las justas quejas de nuestros ciudadanos, y a mirar por el bien de México. Afirmamos el derecho que tienen los americanos para poseer tierras donde quiera, debiendo ser respetados esos derechos, aunque sea contra las diposiciones de gobiernos extranjeros.

Fuera de la plataforma, Lane Wilson agregaba que por obra de la política exterior de Woodrow Wilson, los mexicanos hubiesen destruido y confiscado propiedades norteamericanas por más de mil doscientos millones de dolares. Negó que quisiera la intervención, sólo expresaba los sentimientos de presidentes como Roosevelt, para beneficio de los Estados Unidos.[58] El senador Lodge, uno de los principales impugnadores de Wilson aprovechó la Convención para insistir en atacar la política exterior del presidente. Con respecto al caso mexicano señaló que aun cuando Carranza había sido electo por una junta de cabecillas, Wilson le otorgó reconocimiento y que, además, México fue una hervidero de complots germanófilos durante la guerra y después un disparadero de agentes bolcheviques y anarquistas "encargados de fomentar dificultades y promover huelgas". Remataba el discurso pidiendo una intervención que no sólo protegería los intereses de los americanos sino que ayudaría a llevar el bienestar a los mexicanos. Dijo que muchos mexicanos volvían sus ojos a los Estados Unidos pidiéndoles ayuda. El *New York World* comentó el discurso recordando que Lodge sólo tenía dos programas: "hacer la guerra a México y hacer la guerra al presidente Wilson. Los pensamientos de los republicanos están bien claros a este respecto, a pesar de los esfuerzos que hacen los oradores para ocultarlos por medio de figuras retóricas".[59]

[58] *El Universal*, 19 junio 1920.
[59] *Ibidem*.

Dentro de ese ambiente resultó electo candidato Warren Harding, senador por el Estado de Ohio. Lejos de definir su política hacia México, los pensamientos de Harding no se dieron a conocer de inmediato. Un periodista, Arthur Brisbane, recordó que el mismo candidato declaró en 1916, en su campaña para representar a su Estado, que los Estados Unidos debían extenderse del Río Grande al Canal de Panamá. Agregaba Brisbane que

> los ardorosos patriotas de la tierra del nopal tendrán oportunidad de enfriarse cada cuatro años al presentarse estas convenciones donde se eligen los presidentes. Además, los obreros gozarán de buenos salarios, los peones recibirán instrucción, se extenderán las vías férreas y las tierras que se encuentran comprendidas entre el Río Grande y el Canal de Panamá, se volverán una faja de esta Tierra de Dios.[60]

Hasta el Destino Manifiesto podía invocarse. La arrogancia y el triunfalismo republicano contrastaban con el catálogo de buenas intenciones de los demócratas. Sin embargo, dentro de este contexto los fines de los sonorenses de ser reconocidos como legítimos gobernantes de México, se veían preteridos. Es más, ellos dieron la gran oportunidad a los Estados Unidos de no tener que desconocer al gobierno de don Venustiano.

Pese a lo anterior, el gobierno de De la Huerta trataba de ser reconocido por los Estados Unidos. Pronto envió una misión presidida por don Fernando Iglesias Calderón, y los licenciados Julio García y Genaro Fernández MacGregor. Esta misión tenía como propósito el de convencer acerca de la legitimidad del nuevo gobierno. No logró su cometido, entre otras cosas, porque para entonces el presidente Wilson, aquejado por su enfermedad, ya no dirigía la política de su país. La parte dedicada al exterior estaba en manos de Brainbridge Colby, quien sucedió a Lansing en el Departamento de Estado. Colby no recibió a la misión, lo hizo el subsecretario Davis, pero sin carácter oficial.[61]

El mensaje que envió De la Huerta señalaba un punto que podía ser de interés fundamental, en el sentido de no considerar retroactivo al artículo 27 y, por consecuencia, respetar los derechos de propiedad adquiridos antes del 5 de febrero de 1917.[62] A pesar de ello, Fletcher recomen-

[60] *El Universal*, 15 junio 1920.

[61] Genaro Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 542 pp. ils., p. 283. Ahí evoca el autor la impresión que le causó ver a Wilson alguna vez, inexpresivo, enfermo, acompañado de su esposa y de asistentes en los jardines de la Casa Blanca. Ver también *El Universal* 24 junio 1920.

[62] *Excélsior*, 1o. de junio de 1920.

daba a Colby no reconocer al gobierno de De la Huerta, a menos que se le hiciera de facto. [63] Eso era lo único seguro. De poco servían las palabras ambiguas de Harding, quien deseaba que Mexico y los Estados Unidos se entendieran. En plena campaña, frente a la vaguedad, el senador Lodge seguía definiendo lo que Harding sólo esbozaba. Lodge precisaba con sus conceptos abiertamente mesiánico-intervensionistas.[64] Finalmente, el Departamento de Estado declaró algo concreto. Colby dio a Iglesias Calderón, el alto comisionado, tres puntos, a saber: protección para la vida y propiedades de norteamericanos que residan en México; pago de indemnizaciones por daños sufridos durante la revolución, y derogación de las leyes consideradas como confiscatorias y expedidas por Carranza.[65] El gobierno demócrata hacía suya en la práctica la plataforma republicana. Miguel Alessio Robles, a la sazón secretario del presidente, lanzó graves declaraciones en las cuales la soberanía del Estado mexicano salía a la palestra e insistía en que ningún gobierno podía poner condiciones que estuvieran por encima de la capacidad para legislarse que ejercía México. Por su parte, Mariano Castillo Nájera, diputado, declaró que las dos primeras condiciones de hecho ya estaban cumplidas; pero por lo que tocaba a la última, era imposible que se diera marcha atrás en la legislación.[66] Colby, para disipar cualquier duda, dijo a la embajada en México que no había hecho ninguna promesa a Iglesias Calderón; que el contacto con el alto comisionado mexicano se había reducido a dos pláticas informales.[67] El mes siguiente no reporta novedades. El 6 de octubre se daba la noticia de la renuncia de don Fernando Iglesias Calderón a su encargo.[68]

No obstante, al finalizar agosto, la Cámara de Comercio de Douglass, Arizona, pedía al Departamento de Estado el reconocimiento del gobierno mexicano, aduciendo conocer los ideales de Obregón, Calles y De la Huerta. Asimismo, la cámara homóloga de Laredo, Texas, solicitaba el reconocimiento, petición a la cual se sumó la de San Antonio.[69] Por esa vía, el propio gobernador de Arizona, Campbell, pedía al presidente el reconocimiento.[70] En todo eso se advierte la mano de Obregón,

[63] *Excélsior*, 12 julio 1920.
[64] *Excélsior*, 23 julio 1920.
[65] *Excélsior*, 17 agosto 1920.
[66] *Excélsior*, 18 agosto 1920.
[67] NAW, 30 agosto 1920, 812.00/24475.
[68] *Excélsior*, 6 octubre 1920.
[69] NAW /812.00/24550, 30 agosto 1920.
[70] Campbell a Wilson, 7 septiembre 1920, NAW/812.00/24595.

"El gobierno de Wilson envió a México..."

para quien resultaba importante tomar posesión de la Presidencia con el reconocimiento logrado.

Por lo pronto, a principios de octubre se comenzó a hablar de una posible junta entre el presidente electo de México y los candidatos Harding y Cox. Obregón se dirigió a El Paso y para el 17 del mismo mes se encontraba en Dallas, donde se supone que se preparaba un complot para asesinarlo.[71] Independientemente de la certidumbre de estos hechos, el caso es que, por lo que se desprende de las informaciones de prensa, en los estados fronterizos sí existía una cierta necesidad de que se formalizaran las relaciones entre los dos países, ya que entre dichos estados y México existía una relación de facto.

El gobierno de Wilson envió a México a George Creel, quien propuso a De la Huerta dar seguridad a Washington de la legalidad de las elecciones; comprometerse a reconocer y pagar sus obligaciones internacionales; garantizar la vida y los intereses de los extranjeros y, finalmente, comprometerse a desarrollar una campaña contra los bolcheviques. Alessio Robles declaró, nuevamente, que toda condición era inadmisible.[72] Mientras se consideraba un fracaso la misión de Creel, los gobernadores de Texas, Nuevo México y Arizona, insistían ante Wilson[73] acerca del pronto reconocimiento, apareció en la escena Roberto Pesqueira, muy cercano a Obregón, tratando de convencer a Colby del reconocimiento. Colby le repondió cortésmente sin comprometerse a nada.[74]

Entretanto, Warren G. Harding obtenía el triunfo en las elecciones. Esto dio lugar a especulaciones en el sentido de una posible reunión de los dos presidentes electos en un punto de la frontera entre los dos países, pero a la postre las noticias al respecto fueron desmentidas.[75]

Volviendo a Pesqueira, él trataba de negociar las condiciones para el reconocimiento y fue enviado por De la Huerta, con el conocimiento y consentimiento de Obregón. No llegó a nada, pero Colby lo atendió sin darle ninguna esperanza. La diplomacia delahuertista ante los Estados Unidos fracasó. Ni el gobierno saliente ni el entrante quisieron provocar ningún problema con el compromiso de reconocer a México. Colby comunicó al presidente Wilson que había manifestado a los petroleros

[71] *Excélsior*, 17 octubre 1920.
[72] *Excélsior*, 17 octubre 1920 y Hanna a Colby, NAW/812.00/ 24691.
[73] NAW/812.00/24711
[74] Pesqueira a Colby, 26 octubre 1920, NAW/812.00/24698
[75] *Excélsior*, 5 y 9 noviembre 1920.

que el reconocimiento de México era un asunto entre naciones amigas, dependiente de ciertas seguridades, ofrecimientos (y aun garantías) procedentes de México, que nosotros no intentaríamos imponer ninguna condición precedente, prefiriendo suponer que México entiende las obligaciones que tiene un miembro de la familia de las naciones, y que es innecesario para nosotros seguir un camino, aunque nos hayan urgido a ello, que pueda afrontar el orgullo nacional de México.[76]

En fin, todo parecía indicar que el gobierno de Wilson daba carpetazo al asunto y que dejaría en manos del siguiente el problema. Obregón tendría que partir de cero.

[76] Hanna a Beck, 7 de octubre 1923, envía nota traspapelada de Wilson a Colby y respuesta del Secretario al Presidente, 5 noviembre 1920 (un día después de la elección de Harding). NAW/812.00/26463.

Gira de Alvaro Obregón por el estado de Jalisco.

7

EL CAUDILLO LLEGA A LA META

Durante el gobierno provisional, en el cual De la Huerta logró restablecer la paz interna y aún más, establecer condiciones que mejoraban la situación que privó durante la administración carrancista, Alvaro Obregón reanudó sus trabajos para la campaña electoral. Después de haber sido candidato de oposición pasó a convertirse en candidato oficial, aunque procuró guardar siempre las formas y mantenerse al margen de la acción gubernativa.

Sus formalidades comenzaron en el momento en que entregó el mando de las tropas que tuvo en su regreso a México durante el mes de mayo. A partir del 3 de junio nuevamente quedó licenciado del Ejército y prosiguió con los trabajos electorales. Pocos días después fue a Querétaro, donde estuvo del 9 al 14 del mismo mes. Sin embargo, tal vez necesitaba recobrar fuerzas con el aire sonorense y partió a Nogales el 23 de junio y pasó sin detenerse más allá de lo necesario en Guadalajara, Colima, Mazatlán y Culiacán. Por aquellos rumbos pasó poco más de un mes y el día 25 ya estaba en Manzanillo, para después emprenderla a México vía Guadalajara. En agosto aprovechó para reiniciar la anteriormente proyectada gira al sureste y comenzó el día 13 en Puebla. Visitó Tlaxcala y de ahí siguió a Oaxaca, para regresar a Orizaba, Tierra Blanca y Salina Cruz, de donde pasó a Juchitán y Tonalá, para tocar la extrema Tapachula. De este punto fronterizo de Chiapas regresó a Puerto México por el Istmo y llegó a Frontera, Villahermosa, Ciudad del Carmen y, finalmente Mérida, donde convivió con los yucatecos muchos días, visitó poblaciones cercanas y, por fin, el 14 de septiembre regresaba a la capital.

Obregón se dio el lujo de no estar en la capital el día de las elecciones, que fue el 5 de septiembre, dado que la oposición era sólo nominal.

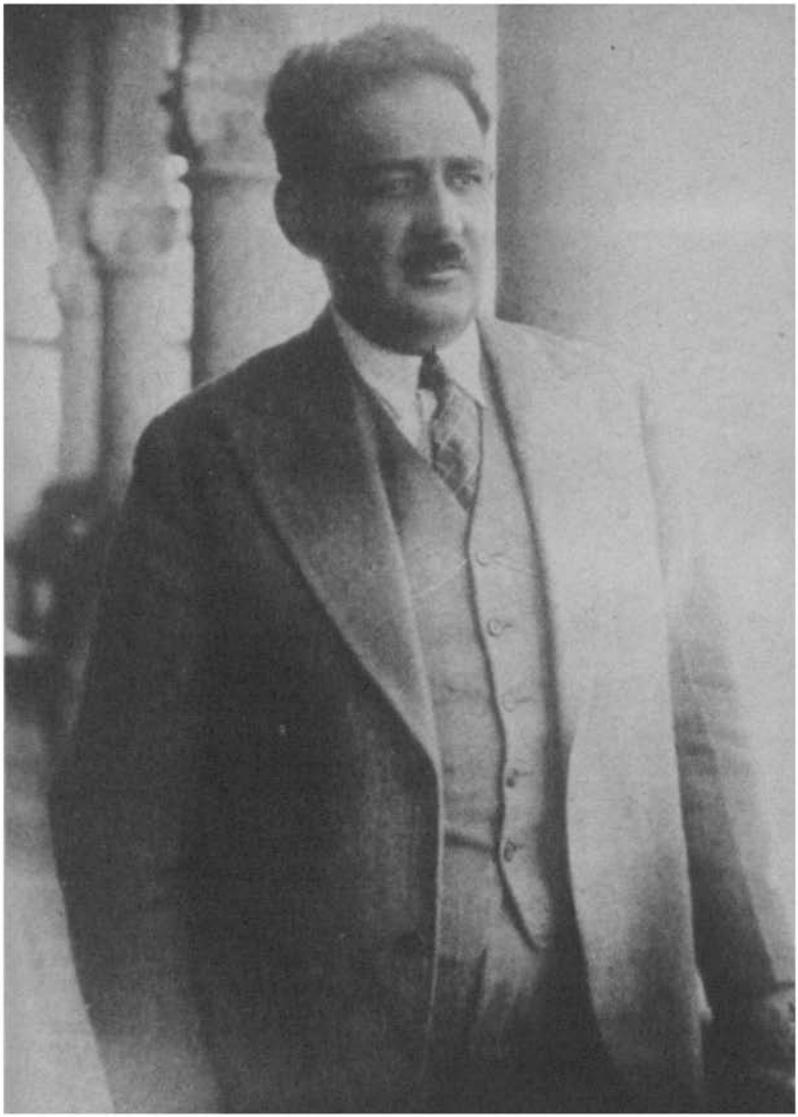
Un grupo de políticos, entre los cuales se encontraba René Capistrán Garza, y que era fácilmente calificable de conservador, saltó a la palestra con el nombre de Partido Nacional Republicano, el cual, tras asamblea de rigor, nombró candidato al ingeniero Alfredo Robles Domínguez. Antonio I. Villarreal expresó rápidamente que la aparición de este partido salvaba a la revolución porque con él desaparecía esa herejía que era el candidato único. Más metafórico fue Calles, quien expresó que los del Partido Republicano no tardarían en traer a gobernar a un

príncipe destronado, pero se adornó recordando que para eso ya se contaba con un Cerro de las Campanas.[77]

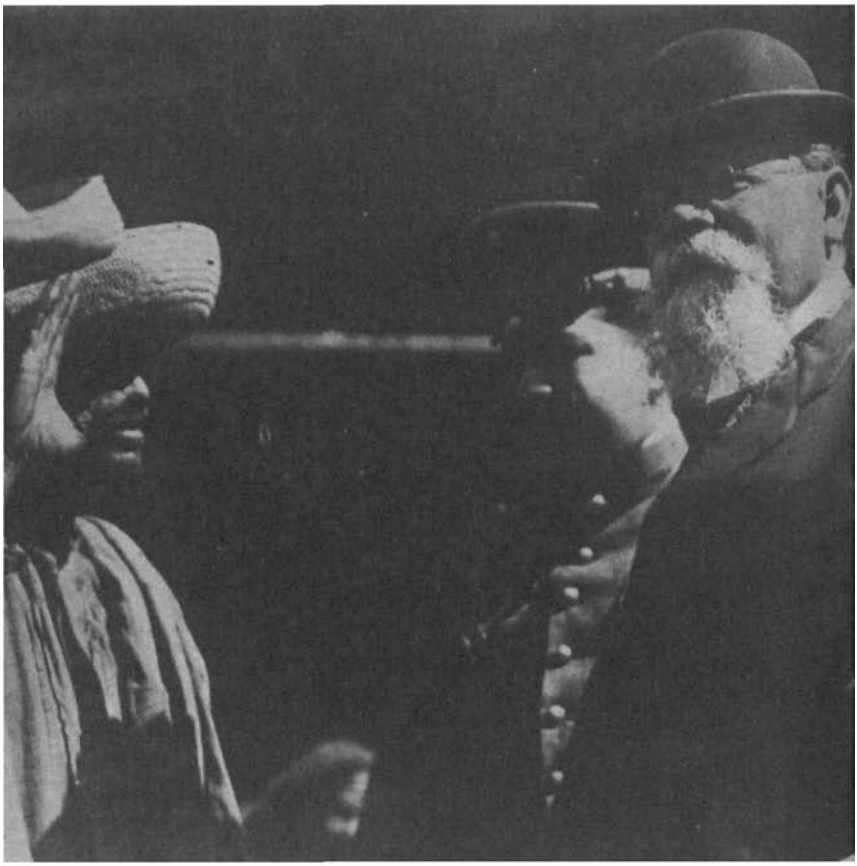
Así llegaron al 5 de septiembre los candidatos Alvaro Obregón Salido y Alfredo Robles Domínguez, acompañados por aquel anecdótico personaje Nicolás Zúñiga y Miranda, destinado históricamente a contender contra los caudillos. La red de apoyos a Obregón era inmensa. Difícil sería precisar cuántas organizaciones estatales lo tenían como candidato, ya que de carácter pretendidamente nacional contaba con los partidos Liberal Constitucionalista, Laborista Mexicano, Cooperatista Nacional y Estudiantil Revolucionario. La victoria obregonista era inminente. El 26 de octubre la Cámara de Diputados conoció las cifras finales e hizo la declaratoria oficial de Obregón como presidente electo de los Estados Unidos Mexicanos. Las cifras totales fueron, por Obregón, 1 131 751, mientras que por Robles Domínguez sólo 47 442 y por diversos candidatos apenas 2 357.[78] El caudillo llegaba a la meta.

[77] *Excélsior*, 18, 20 y 21 julio 1920. Ver también Ruvalcaba, *Campaña*, *V*, *passim*, para la última etapa de la campaña obregonista.

[78] *Diario de los debates de la XXIX Legislatura de la Cámara de Diputados*, I, 52, pp. 2-5, 26 octubre 1920.



"...Antonio I. Villarreal expresó rápidamente..."



"...Mientras Carranza ejerció el poder y organizó su gobierno..." Carranza acompañado del general Urquizo, su secretario de Guerra.

CONCLUSIONES

El México de 1920 difícilmente podía darse el lujo de una transmisión pacífica del poder. Aun cuando los marcos institucionales estaban dados, la presencia de los caudillos dificultaba que el país adecuara su realidad a las leyes.

Resulta quimérico pensar que en un país que sufría los efectos de una guerra interna, que lo había dejado aislado, con grupos armados hostiles al gobierno; con grupos armados de apoyo al gobierno, pero dueños y señores del terreno que pisaban; con minorías ambiciosas interesadas en conservar o apoderarse de las riendas del gobierno, en fin, con ésos y otros elementos no era posible que se diera una sucesión presidencial dentro de los cauces propios de la democracia representativa.

El juego de partidos se reducía a la lucha interna en las cámaras y a la lucha externa por ganar curules y sitios en el Ayuntamiento. La opinión pública, en rigor, no contaba. Los medios de comunicación política eran más elementales. El que fuera jefe militar tenía ascendente sobre su antigua tropa y, a su vez, le debía lealtad a su superior y así hasta llegar a la cúspide. El que ganó en el campo de batalla debía ser el que gobernara. De ahí que los dos mayores aspirantes fueran los antiguos comandantes de los cuerpos de ejército más numerosos y fuertes, y de ahí, también, que el obvio ganador resultara quien cosechó los más sonados triunfos en campaña.

Cuando se da una lucha entre caudillos es prácticamente imposible que coexistan. Mientras Carranza ejerció el poder y organizó su gobierno, Obregón se retiró a Sonora a prepararse y a no hacer sombra; González, por su parte, a combinar el trabajo, consistente en encontrar la manera de eliminar a Zapata, con la molicie propia de los hombres del poder. El no podía sombrear a Carranza

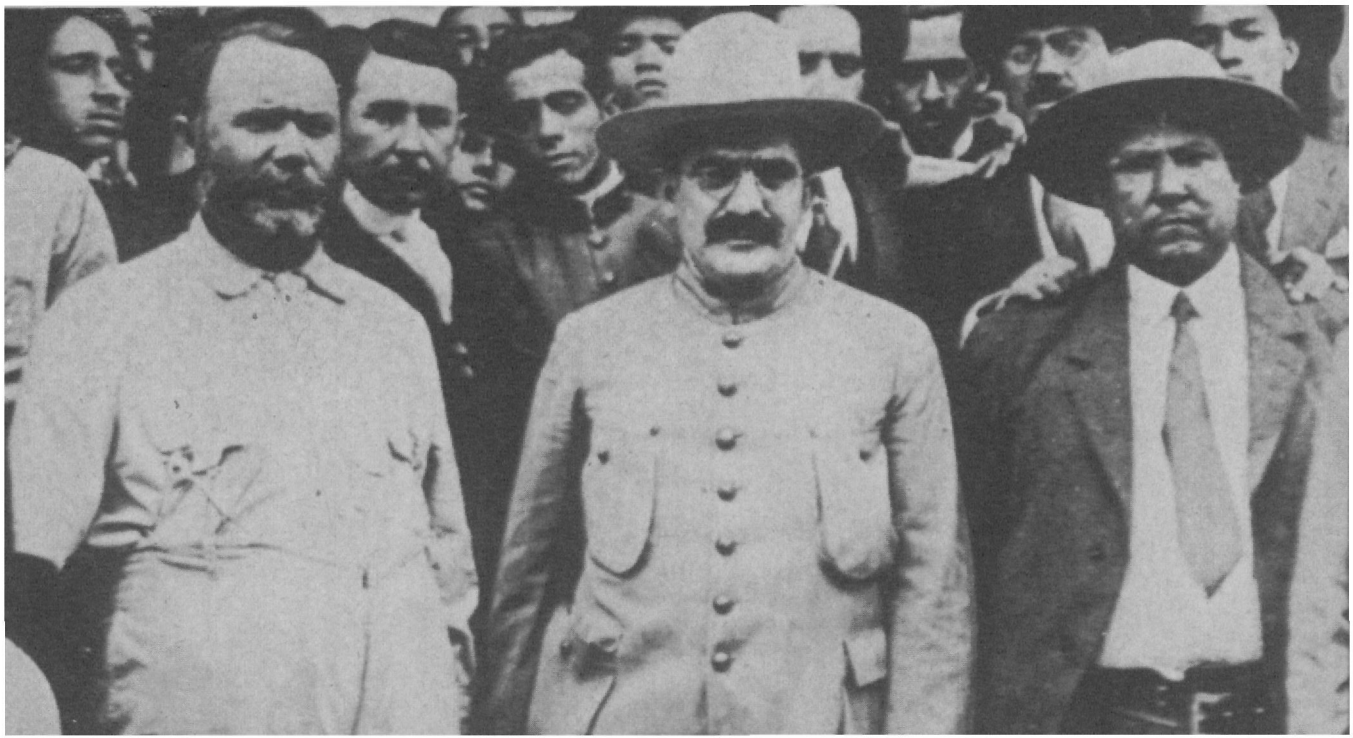
Cuando Carranza comprendió que no podía dominar a Obregón para heredarle el poder, buscó la manera de tenderle trampa tras trampa. Obregón, por su parte, comprendió que no era posible recibir el poder de Carranza, sin que ello implicara tanto su independencia con respecto a don Venustiano, como recibir un país erizado de enemigos. Este particular es sumamente importante. Si Carranza hubiera contado con un efectivo control militar-territorial, Obregón hubiera marchado al suicidio político o hubiera tenido que caer dentro del juego carrancista.

La presencia de los Villa, Zapata (o zapatistas, desaparecido el jefe), Peláez, Díaz, Meixueiro-Dávila, Pineda, Coss, Gutiérrez, dentro del país y de los Villarreal, Vasconcelos, Doctor Atl y otros muchos en las ciudades fronterizas con Estados Unidos era un factor casi decisivo en la sucesión presidencial. De ahí que Obregón lo hubiera capitalizado antes de abril de 1920 y después de junio Adolfo de la Huerta. Sabían ellos perfectamente que si el gobierno mexicano seguía en lucha con esos caudillos y caciques, no se podía hablar de paz sino en un sentido muy precario. Y ese factor parece no haber sido tomado en cuenta por Carranza y los suyos a la hora de la sucesión. Y pudo más el anticarrancismo de los rebeldes que la posible antipatía que pudieran profesarle al sonorense. Por lo menos, él supo manejar adecuadamente esa situación.

Con respecto a Bonillas, Carranza lo utilizó como obvia provocación a Obregón. El posible hecho de que triunfara en las elecciones —alterando boletas, cifras y todo lo relativo al caso— podría colocar a Obregón en situación de rebelde y entonces no contaría con toda la potencial fuerza militar de la que podía disponer, toda vez que sólo le quedarían fieles Benjamín Hill y unos pocos generales. Lo que no advirtió Carranza es que Bonillas irritaría mucho a González, quien sí disponía de una considerable fuerza militar. Para don Pablo, el hecho de no haber sido el candidato oficial fue determinante. Su ruptura con Carranza se hizo inminente. En suma, Carranza hipotecó su futuro.

El riesgo de cargar con el cadáver de don Venustiano fue corrido por Obregón. No podía darse el lujo de enviarlo al extranjero, en calidad de presidente depuesto. Aun cuando contaba con múltiples antipatías en el exterior, podía hacer una labor importante contra el nuevo gobierno y eventualmente armar alguna expedición y causarle problemas a los gobernantes.

Todo quedaba, pues, en el lenguaje. La Revolución estaba encima de las personas y el que era revolucionario se colocaba más allá de cualquier contingencia, incluyendo un magnicidio. El lenguaje agresivo de la campaña electoral, aunado a las razones vitales de los zapatistas y de tantos otros grupos enemigos del carrancismo que luchaban esgrimiendo al pueblo como razón, le dio al obregonismo una base fundamental que minó toda reclamación legitimista proveniente de los herederos de Carranza. La suerte estaba echada. Un solo caudillo debía gobernar para que, paradójicamente, el país fuera fortaleciendo sus instituciones. Si éstas, en un momento dado estarían en posibilidades de rebasar al caudillo, él lo ignoraba, pero ésa es una historia que se escribiría ocho años después.



"...Un solo caudillo debía gobernar para que ...el país fuera fortaleciendo sus instituciones."

BIBLIOGRAFIA

1. *Archivos*

Archivo del general Amado Aguirre, México, D. F.
Archivo de Genaro Amezcua, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, S.A.
Archivo del general Juan Barragán Rodríguez, UNAM.
Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, México.
National Archives, Washington, D.C., Record group 59.

2. *Periódicos*

Diario de los Debates de la Cámara de Diputados, México, D. F.
Diario oficial de los Estados Unidos Mexicanos, México, D.F.
Excélsior, México, D. F.
El Universal, México, D. F.

3. *Fuentes impresas*

Campaña política del C. Alvaro Obregón, candidato a la presidencia de la República 1920-1924, comp. por Luis N. Ruvalcaba, 5 v., México, s/e, 1923.

FABELA Josefina E. de, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Testimonios sobre los asesinatos de don Venustiano y Jesús Carranza*, editados por la Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana, fundada por Isidro Fabela bajo la dirección de..., México, Jus, 1971, 168 pp., (Fuentes y documentos de la historia de México, XIX).

GONZALEZ RAMIREZ, Manuel (ed), *Planes políticos y otros documentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, LXXIV-347 pp. ils. (Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana, I).

La caída de Carranza. De la dictadura a la libertad., pról. de José Vasconcelos, México, s/e, 1920, VIII-248 pp.

Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966, recopilados bajo la dirección de Luis González, 5 v., México, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, 1966.

VALENZUELA Clodoveo y Amado Chaverri Matamoros, *Sonora y Carranza. Obra de la más amplia información gráfica y periodística del último movimiento libertario, respaldada por gran número de valiosos documentos, hasta hoy desconocidos, que entregamos a la Historia*, México, Casa Editorial Renacimiento, 1925, 522, pp. ils.

4. *Libros y artículos*

AGUILAR CAMIN, Héctor, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1977, 450 pp.

AGUIRRE, Amado. *Mis memorias de campaña. Apuntes para la historia*, México, s/e (1953), 430 pp. ils.

ALESSIO ROBLES, Miguel, *Historia política de la Revolución Mexicana*, México, Botas, 1946, 379 pp.

AMAYA, Juan Gualberto, *Carranza. Caudillo constitucionalista. Segunda etapa, febrero de 1913-mayo de 1920*, México, Edición del autor, 1947, 499 pp.

BARRERA, Carlos, *Obregón, estampas de un caudillo*, México, s/e 1957, 44-209 pp.

BASSOLS BATALLA, Narciso, *El pensamiento político de Alvaro Obregón*, México, Nuestro Tiempo, 1967, 192 pp.

BENITEZ, Fernando, *El rey viejo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 203 pp. (Colección popular, 6).

BETETA, Ramón, *Camino a Tlaxcalantongo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 126 pp. (Vida y pensamiento de México).

BLASCO IBAÑEZ, Vicente, *El militarismo mejicano. Estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos*, Valencia, Sociedad Editorial Prometeo (1920), 251 pp.

CABRERA, Luis, *La herencia de Carranza*, México, Imprenta Nacional, 1920, 136 pp.

CANTU JIMENEZ, Esteban, "Apuntes históricos de Baja California Norte", *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, 2v., Mexicali, Gobierno de Estado de Baja California, 1958, II, pp. 575-620.

CARR, Barry, *El movimiento obrero y la política en México*, trad. Roberto Gómez Ciriza, 2 v., México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (SepSetentas, 256-257).

———"Las peculiaridades del norte mexicano, 1880-1927: ensayo de interpretación", *Historia Mexicana*, XXII, 3, enero-marzo, 1973, pp. 320-346.

CERVANTES, Federico, *Francisco Villa y la Revolución*, México, Ediciones Alonso, 1960, 828 pp.

CLARK, Marjorie Ruth, *Organized labor in Mexico*, Chapel Hill, The University of Carolina Press, 1934, 315 pp.

DILLON, Richard H., "Del rancho a la presidencia", *Historia Mexicana*, VI, 2, octubre-diciembre 1956, pp. 256-269.

DULLES, John W. F., *Yesterday in Mexico. A Chronicle of the Revolution, 1919-1936*, Austin, University of Texas Press, 1967, XVI-805 pp. ils.

FERNANDEZ MAC GREGOR, Genaro, *El río de mi sangre. Memorias*, pról. Francisco Monterde, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 542 pp. ils. (Letras Mexicanas).

GALINDO, Hermilia. *Un presidenciable. El general Pablo Gonzáles*, México Imprenta Nacional, 1919, 144 pp.

GILDERHUS, Mark T., *Diplomacy and Revolución, U.S. —México Relations Under Wilson and Carranza*, Tucson, The University of Arizona Press, 1977, XVI-159 pp. ils.

GONZALEZ Jr., Pablo, *El centinela fiel del Constitucionalismo. Un libro excepcional que combate 50 años de engaño, conteniendo 400 facsímiles de documentos históricos auténticos, que expresan la verdad directa y desmienten y modifican la hasta ahora falsa historia oficial de la Revolución Mexicana en la mayor parte de sus conceptos básicos*, preámbulo de Krumm Heller, introd. del autor (sic), Saltillo, Textos de Cultura Historiográfica, 1971, XX-1106 pp., facs., mapas, ils., lams.

GONZALEZ RAMIREZ, Manuel, *La revolución social de México, I. Las ideas. La violencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, XVIII-726 pp. (Vida y pensamiento de México).

GUZMAN ESPARZA, Roberto, *Memorias de don Adolfo de la Huerta, según su propio dictado*, transcripción y comentarios de..., México, Ediciones Guzmán, 1957, 335 pp., ils.

GUZMAN, Martín Luis, *A orillas del Hudson. La querella de México y otras páginas*, México, Compañía General de Ediciones, 1958, 282 pp.

———*Muertes históricas. Tránsito sereno de Porfirio Díaz. Ineluctable fin de Venustiano Carranza*, México, Compañía General de Ediciones, 1958, 145 pp.

ITURRIBARRIA, Jorge Fernando, *Oaxaca en la Historia. De la época precolombina a los tiempos actuales*, México, Editorial Stylo, 1955, XXXV-471 pp.

LEVENSTEIN, Harvey A., *Labour Organization in the United States and Mexico: A History of their Relations*, Westport, Greenwood Publishing Co., 1971, X-258 pp. (Contributions in American History, 13).

LICEAGA, Luis, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958, 891 pp.

MARIA Y CAMPOS, Armando de, *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*, México, Institución Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1957, 435 pp.

MARQUEZ, Miguel B., *El verdadero Tlaxcalantongo, ¿Quiénes son los verdaderos responsables de esa tragedia?* México, A. P. Márquez Editor, 1941, 256 pp.

MATUTE, Alvaro, "Del Ejército Constitucionalista al Ejército Nacional", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. VI, 1977, pp. 153-183.

MENA, Mario, *Alvaro Obregón, historia militar y política*, México, Jus, 1960, 156 pp.

MEYER, Lorenzo, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, (1917-1942)*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1972, XII-503 pp.

MOSCOSO PASTRANA, Prudencio, *El pinedismo en Chiapas*, comentario de Guillermo Zozaya Molina, México, Ed. del autor, 1960, 336 pp.

OBREGON, Alvaro, *Discursos del general...*, 2 v., México, Biblioteca de la Dirección General de Educación Militar, 1932.

PANI, Alberto J., *Mi contribución al nuevo régimen (1910-1933)*, México, Editorial Cultura, 1936, 395 pp.

PORTES GIL, Emilio, *Autobiografía de la Revolución Mexicana, Un tratado de interpretación histórica*, México, Instituto Mexicano de Cultura, 1964, 865 pp.

PRIETO LAURENS, Jorge, *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas*, México, Editora mexicana de periódicos, libros y revistas, 1968, 431 pp.

QUIROS MARTINEZ, Roberto, *Alvaro Obregón. Su vida y su obra*, México, s/e, 1929, 680 pp.

RIVERA, Antonio G., *La revolución en Sonora*, México, Imprenta Arana, 1959, 531 pp.

SERRANO, Santiago, *Chiapas revolucionario. Hombres y hechos*, Tuxtla Gutiérrez, s/e, 1923, 235 pp.

SMITH, Robert Freeman, *Los Estados Unidos y el nacionalismo revolucionario en México, 1916-1932*, trad. Ernesto de la Peña, México, Editorial Extemporáneos, 1972, 416 pp. (A pleno sol, 27).

TARACENA, Alfonso, *Historia de la revolución en Tabasco*, México, Ediciones del Gobierno de Tabasco, 1974, 436 pp.

URIOSTEGUI MIRANDA, Píndaro, *Testimonios del proceso revolucionario*, México, s/e, 1970. 701 pp.

URQUIZO, Francisco L., *México-Tlaxcalantongo. Mayo de 1920*, México, Editorial Cultura, 1932, 178 pp.

WILKIE, James W. y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969, 770 pp.

WOMACK Jr. John. *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad. Francisco González Aramburu, México, Siglo XXI Editores, 1969, 443 pp.

5. *Tesis inéditas*

GARCIADIEGO DANTAN, Javier, *La revuelta de Agua Prieta*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, 141 pp.

RODRIGUEZ GARCIA, Martha, *Genovevo de la O. Un jefe zapatista*, México, Escuela de Historia, Universidad Iberoamericana, 1978, 267 pp.

INDICE ONOMASTICO

A

Acámbaro, 73.
Acaponeta, 70.
Acosta, Miguel M., 122.
Agua Prieta, 95, 100, 109, 115, 132, 135, 146, 154, 164, 166.
Aguascalientes, 73, 157.
Aguilar, Cándido, 57, 67, 83, 84, 87, 100, 103, 115, 116, 118, 125, 131.
Aguilar, Higinio, 115
Aguilar Suárez, Primitivo, 160.
Aguirre, Amado, 73, 100.
Aguirre Berlanga, Manuel, 25, 26, 81, 83, 129, 130.
Aguirre, Jesús M., 102.
Ahualulco, 100.
Alducin, Rafael, 20.
Alemania, 27, 173.
Alessio Robles. Miguel, 74, 75, 104, 133, 151, 181, 183.
Alessio Robles, Vito, 152.
Allende, 73.
Alonzo Romero, Miguel, 162.
Alvarado, Salvador, 19, 25, 42, 64, 67, 139.
Alvarez García Miguel, 157.
Alvarez Gayou, Luis, 156.
Amaro, Joaquín, 112, 144, 145, 146.
Ancona Albertos, Antonio, 73, 161, 162.
Andrade Priego, Manuel, 78.
Andrew Almazán, Juan, 124, 146.
Angeles, Felipe, 46, 64.
Argáin, Salvador, 84.
Arizona, 64, 95, 150, 181, 183.
Arlanzón, Francisco, 58.
Arredondo, Eliseo, 78.
Ayaquica, Fortino, 107.

B

Baja California Norte, 28, 67, 85, 150, 151, 154, 157.
Barragán, Juan, 57, 99, 107, 130.
Barragán, Martín, 75.
Barrios, Gabriel, 127.
Basave y Piña, Agustín, 133, 146.
Blanco, Lucio, 127, 152.
Bonaparte, Napoleón, 83.
Bonillas, Ignacio, 56, 57, 58, 60, 63, 64, 67, 74, 75, 78, 80, 81, 82, 83, 87, 88, 100, 103, 118, 131, 161, 190.
Bórquez, Flavio A., 96.
Bravo Izquierdo, Donato, 108.
Brisbane, Arthur, 180.
Buelna, Rafael, 155.
Bujarin, Nicolás, 162.

C

Caballero, Luis, 20.
Cabrera, Alfonso, 85.
Cabrera, Luis, 25, 26, 44, 46, 47, 48, 56, 57, 58, 85, 118, 127, 128, 130, 140.
Calles, Plutarco Elías, 28, 60, 65, 68, 73, 74, 91, 92, 95, 96, 99, 100, 103, 109, 118, 119, 132, 137, 139, 142, 145, 146, 152, 155, 161, 162, 167, 170, 181, 185.
Calva, Aurelio, 107, 108.
Campbell, 181.
Campeche, 157.
Cananea, 91
Cantú Jiménez, Esteban, 28, 85, 150, 151, 152, 154.
Capistrán Garza, René, 185.
Caraveo, Marcelo, 123.
Cárdenas, Lázaro, 160.
Carmen de Coatepec, 77.
Carothers, George, 65.
Carranza, Venustiano, 9, 13, 14, 17, 18, 19, 20, 22, 25, 26, 27, 28, 30, 33, 34, 36, 39, 44, 51, 54, 57, 58, 60, 61, 64, 65, 67, 68, 75, 77, 78, 81, 82, 83, 84, 85, 88, 91, 92, 93, 95, 99, 100, 102, 103, 104, 107, 112, 115, 116, 118, 119, 122, 123, 124, 125, 128, 129, 130, 132, 133, 135, 137, 139, 143, 144, 146, 149, 164, 166, 173, 174, 179, 180, 181, 189, 190.
Carrillo Puerto, Felipe, 103, 115, 161, 162.
Castellanos y Tapia, Luis, 84.
Castillo Nájera, Mariano, 181.
Castro, Alfonso, 58.
Castro, Cesáreo, 22, 67, 116, 118, 123, 131, 144.
Castro, Isaías, 112.
Castro, Jesús Agustín, 67, 123, 157.
Castro Morales, Carlos, 85, 115.
Cedillo, Saturnino, 137.

Cejudo, Roberto F., 75, 77, 88, 103, 119, 133.
Celaya, 9, 28, 73.
Cepeda, Rafael, 78.
Cervantes, Luis G., 103.
Ciudad del Carmen, 185.
Ciudad Guzmán, 70.
Ciudad Victoria, 123.
Coahuila, 67, 75, 85, 87, 142, 145, 157.
Colby, Brainbridge, 180, 181, 183.
Colima, 70, 85, 157, 185.
Colunga, Enrique, 74.
Confederación Regional de Obreros Mexicanos, 68, 161, 166, 169.
Contreras, 108.
Córdoba, Federico, 133.
Correa, Blas, 27.
Coss, Francisco, 20, 190.
Cossío Robelo, Francisco, 107, 116, 154.
Covarrubias, José, 156.
Covarrubias, Miguel, 139.
Cox, 183.
Cravioto, Alfonso, 19, 87.
Creel, George, 183.
Creelman, James, 9.
Cruz, Roberto, 96, 100.
Cuba, 46.
Cuernavaca, 107.
Culiacán, 70, 100, 112, 185.

CH

Chao, Alejandro, 168.
Chávez García, Inés, 66, 155.
Chiapas, 85, 112, 113, 122, 154, 157, 185.
Chicago, 27, 178.
Chihuahua, 67, 85, 93, 112, 144, 145, 157.
Chilpancingo, 104, 107, 109.

D

Dallas, 183.
Davis, 180.
Delfa, Deliv, 169.
Díaz, Félix, 46, 75, 113, 140, 146, 149, 154, 190.
Díaz, Porfirio, 9, 51, 70, 109.
Díaz Soto y Gama, Antonio, 137.
Diéguez, Manuel M., 25, 67, 93, 95, 96, 99, 100, 102, 112, 116, 118, 119, 131, 144.
Doctor Atl
Seudónimo véase Murillo, Gerardo.
Douglas, 95, 181.
Durango, 67, 145, 157.

E

El Demócrata (periódico), 17, 56, 81.
El Heraldo de México, 44, 48, 52, 81.
El Monitor Republicano (periódico), 73, 107.
El Universal, 19, 20, 22, 25, 26, 44, 49, 52, 56, 72, 78, 81, 104.
El Oro, 73.
El Pueblito, 144.
Enríquez, Ignacio, 144.
España, 47.
Espinosa Mireles, Gustavo, 67, 85.
Estados Unidos de Norteamérica, 27, 46, 47, 57, 58, 60, 64, 80, 87, 93, 123, 152, 173, 174, 176, 178, 179, 180, 181, 183, 190.
Estados Unidos Mexicanos, 9, 10, 13, 17, 27, 29, 34, 39, 42, 47, 49, 56, 74, 83, 96, 103, 115, 132, 135, 156, 157, 174, 175, 176, 178, 179, 180, 181, 183, 184, 186, 189.
Estrada, Enrique, 74, 85, 100, 109, 112, 137, 155, 156.
Estrada, Roque, 74.
Etzatlán, 100.
Excélsior, 17, 20, 55, 169, 170.

F

Fall, Albert B., 174, 175, 176, 178.
Farías, Pedro Gil, 95, 129, 130.
Fernández MacGregor, Genaro, 180.
Fierro, Manuel I., 74.
Figueroa, Angel, 75.
Figueroa, Rómulo, 104, 109, 122
Fletcher, Henry P., 174, 179, 180.
Flores, Angel, 28, 96, 100, 112.
Flores, Nicolás, 85.
Flores, Trinidad W., 56, 58, 72, 93.
Fontes, Paulino, 57.
Francia, 83, 173.
Frías, Gil, 57.
Frías, Juan N., 19.
Frontera, 185.

G

Gale, Linn, 169.
Galindo, Hermila, 30.
García, Carlos, 29.

García, Julio, 180.
García de León Porfirio, 159.
Gardner, 155.
Garrido Canabal, Tomás, 115, 160.
Garza, Jesús M., 74, 112.
Garzón Cossa, Gabriel, 159.
Gasca, Celestino 68, 139, 166, 169.
Gaxiola, Ignacio P., 28.
Godínez, Santos, 109.
Gómez, Arnulfo R., 28, 100, 115.
Gómez Noriega, Miguel, 122.
Gompers, Samuel, 176, 178.
González, Alejo, 113.
González, Manuel W., 116. 122.
González, Marciano, 29.
González, Pablo, 19, 25, 26, 29, 30, 49, 51, 52, 53, 55, 57, 63, 64, 67, 74, 78, 80, 88, 103, 116, 118, 122, 123, 125, 127, 132, 135, 136, 140, 141, 142, 143, 149, 189, 190,
González, Porfirio G., 124, 167.
González, Ricardo V., 142.
González, Salvador, 108.
González Ramírez, Manuel, 133.
Greene, Carlos, 85, 112, 115, 160.
Guadalajara, 27, 70, 99, 119, 122, 185.
Guajardo, Jesús, 30, 119, 142, 145.
Guanajuato, 73, 99, 103, 109, 157.
Guaymas, 27, 28, 70, 116.
Guerrero, 67, 107, 109, 112, 157.
Gutiérrez, Eulalio, 20, 124, 137, 190.
Guzmán, Martín Luis, 42, 43, 46, 52.

H

Hanna, Philip C., 174.
Harding, Warren G., 180, 181, 183.
Hermosillo, 27, 70, 93, 113.
Herrero, Rodolfo, 127, 128, 129, 133.
Hidalgo, 67, 85, 157.
Hidalgo, Cutberto, 139.
Hill, Benjamín C., 22, 24, 27, 29, 67, 73, 104, 107, 108, 109, 125, 145, 146, 190.
Hinojosa, Cosme, 60.
Hoyle, 155.
Huauchinango, 127.
Huerta, Adolfo de la, 10, 60, 68, 85, 91 92, 93, 95, 96, 103, 109, 118, 132, 135, 137, 139, 140, 143, 144, 145, 146, 150, 151, 152, 154, 157, 158, 164, 169, 170, 180, 181, 183, 185, 190.
Huerta, Victoriano, 20, 36, 51, 130, 179.

I

Ibarra, Issac M., 113.
Iglesias Calderón, Fernando, 73, 74, 78, 135, 180, 181.
Iguala, 104, 107.
Inglaterra, 173.
Irapuato, 73.
Iturbe, Ramón F., 100, 112.
Ixtlán, Sierra de, 113.

J

Jalisco, 67, 84, 100, 112, 154, 156, 157.
Japón, 173.
Jenkins, William O., 133, 174.
Johnson, Bernardo, 155, 156.
Juárez, Benito, 84, 118.
Juchitlán, 156, 185.

L

La Habana, 149.
La Laguna, 123.
La Nación (periódico), 95, 167.
Lansing, Robert, 180.
Laredo, 181.
Lascurain, Pedro, 25.
Lawton, 29.
León, 73.
Lerdo de Tejada, Sebastián, 84.
Letayf, Antonio, 58.
Lodge Henry Cabot, 179, 181.
López de Santa Anna, Antonio, 109.
Los Angeles, 29.
Lugo, José Inocente, 139.

M

Macías, José Natividad, 81.
Madero, Francisco I., 36, 84, 149, 179.
Magaña, Gildardo, 107, 136, 137.
Mange, Alejandro, 162.
Manrique, Aurelio, 19.
Manzanillo, 70, 185.
Manzo, Francisco, 28.
Mariel, Francisco de P., 128, 129, 133.
Mariscal, Silvestre, 20.
Martínez, Eugenio, 112, 142, 145, 146.
Martínez Rafael (Rip-Rip), 17, 83.
Martínez, Severino, 84.
Matehuala, 73.
Maycotte, Fortunato, 67, 104, 107, 109, 122.

Mazatlán, 27, 70, 112, 116, 185.
Medina Barrón, Luis, 146, 149.
Méndez, Arturo, 58.
Méndez, Carlos, 158.
Méndez, Fructuoso, 137, 152.
Méndez, Mario, 56, 57, 72, 129, 130.
Mendivil, Aureliano, 103, 122, 140.
Mendoza, Francisco, 137.
Meixueiro-Dávila, Guillermo, 137, 190.
Mérida, 115, 185.
México
Véase Estados Unidos Mexicanos
México (ciudad), 70, 73, 74, 77, 82, 84, 99, 100, 103, 107, 119, 122, 124, 125, 128, 139, 150, 161, 162, 185.
México, Estado de, 67, 125, 157.
Meza, Enrique, 73, 75.
Michoacán, 67, 85, 109, 112, 157, 159, 160.
Millán, Agustín, 57, 125.
Milpa Alta, 108.
Mireles, Luis T., 113.
Monclova, 73, 142.
Mónico Nek
Seudónimo véase Ancona Albertos, Antonio.
Monje, 28.
Monterrey, 73, 75, 103, 124, 142.
Montes, Federico, 29, 84, 85, 87, 115.
Morales, Lino, 102.
Morales, Ricardo, 77.
Morelia, 73.
Morelos, 49, 67, 85, 107, 108, 157, 164.
Morghentau, Henry, 174.
Mori, Ignacio, 137.
Morones, Luis N., 68, 74, 104, 161, 166, 176.
Múgica, Francisco J., 137, 159, 160.
Murguía, Francisco, 67, 93, 116, 118, 119, 122, 125, 127, 129, 130, 144.
Murillo, Gerardo, 190.

N

Nagore, Mario, 78.
Nathory, Mardandan, 169.
Nava, Antonio, 157, 158.
Navarro, Rafael R., 113.
Navojoa, 70, 96.
Nayarit, 99, 157.
Neri, Eduardo, 104.
New York American (periódico), 29.
New York World (periódico), 178, 179.
Nogales, 27, 28, 33, 95, 100.
Nuevo Laredo, 73, 87, 103, 142.
Nuevo León, 67, 99, 109, 124, 141, 157, 167.
Nuevo México, 174, 183.

O

O, Genovevo de la, 107, 108, 122, 131, 136.
Oaxaca, 67, 85, 112, 157, 185.
Obregón Salido, Alvaro, 9, 10, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 47, 49, 51, 52, 53, 54, 57, 58, 63, 64, 65, 66, 68, 70, 72, 73, 74, 75, 77, 78, 80, 88, 92, 95, 102, 103, 104, 107, 108, 109, 118, 122, 123, 125, 127, 131, 132 133, 137, 140, 141, 146, 152, 162, 166, 170, 181, 183, 184, 185, 186, 189, 190.
Ohio, 180.
Olea y Leyva, Teófilo, 104.
Orientación (periódico), 92.
Orizaba, 185.
Ortega, Anatolio, 102.
Ortiz, Eulogio, 154.
Ortiz Rubio, Pascual, 85, 107, 109, 139, 159, 160.
Osuna, Carlos, 142.

P

Padrés, Manuel, 139,
Palavicini, Félix F., 19, 20, 22, 24, 25, 43, 44, 78.
Pani, Camilo, 100.
Paredes Arrillaga, Mariano, 109.
Parras, 73.
Patla, 128, 129.
Pátzcuaro, 73
Peláez, Manuel, 100, 115, 123, 128, 131, 136, 137, 168, 169, 173, 190.
Pérez Abreu, Herminio, 73.
Pérez Treviño, Manuel, 142.
Pesqueira, Roberto V., 100, 183.
Pineda Ogarrio, Alberto, 113, 154, 155, 173, 190.
Pino Suárez, José María, 115, 149.
Plank, Carlos 102.
Portes Gil, Emilio, 74, 123, 168, 169.
Prieto, Adolfo, 167.
Puebla, 67, 75, 85, 100, 127, 133, 157, 174, 185.
Puerto México, 185.

Q

Querétaro, 58, 84, 99, 103, 109, 157, 169, 185.
Quevedo, José, 122.

R

Ramírez G., Benito, 104.
Ramírez, Margarito, 104.
Ramos Pedrueza, Rafael, 29.
Ramos Praslow, Ignacio, 112.
Rentería Luviano, José, 67, 159.
Reyes, Francisco, 75.
Rinconada, 125.
Río San Miguel Horcasitas, 91.
Río Sonora, 91, 135.
Ríos Landeros, Ezequiel, 75.
Ríos, Juan José, 92, 93, 99, 102.
Rodríguez, Abelardo L., 102, 152, 154.
Rodríguez, Alfredo, 29.
Rodríguez, Gabriel, 155.
Robles Domínguez, Alfredo, 185, 186.
Rojas, Luis Manuel, 81, 82.
Rolland, Modesto C., 42.
Rolón, José, 104.
Roosevelt, Teodoro, 179.
Rovaix, Pastor, 92.
Rueda Magro, Manuel, 75
Rusia, 173.

S

Salazar, Luis, 152, 154.
Salazar, Rosendo, 166.
Salina Cruz, 185.
Salvatierra, 73.
Samaniego, Miguel S., 102.
Sánchez, Guadalupe, 115, 119, 125, 127, 131, 149, 169.
Sánchez Azcona, Juan, 78, 104, 122.
San Agustín Yatareni, 113.
San Cristóbal Ecatepec, 130.
San Cristóbal Las Casas, 113, 154
San Antonio, 29, 181.
San Francisco, 27.
San Juan Teotihuacan, 125.
San Luis Potosí, 67, 73, 84, 99, 103, 109, 157, 164.
San Pedro de las Colonias, 73, 142.
Santa María Ahuacatitlán, 107.
Santiago Tlatelolco, 75, 130.
Santos Samuel de los, 122.
Serrano, Francisco R., 28, 74, 112, 145.
Shones, J., 169.
Simpich Frederick R., 27.
Sinaloa, 29, 67, 85, 95, 100, 112, 157.
Sirob, José, 44.
Smith, George, 169.
Sonora, 27, 28, 29, 33, 60, 64, 67, 68, 77, 88, 91, 92, 93, 95, 96, 99, 100, 107, 109, 112, 118, 119, 123, 132, 157, 189.
Soriano, Cesáreo, 93, 95.

T

Tabasco, 85, 112, 115, 122, 157, 160.
Tabler, Carlos, 169.
Tamaulipas, 67, 85, 99, 103, 109, 123, 142, 157, 168.
Tampico, 73, 100, 103, 115, 119, 123, 167, 168, 169.
Tapachula, 185.
Tejeda, Carlos, 113.
Temascaltepec, 107.
Tepeite, 108.
Tetela de Ocampo, 127.
Texas, 181, 183.
Texcoco, 116, 125.
Teziutlán, 149.
Tierra Blanca, 185.
Tlalpujahua, 73.
Tlapacoyan, 149
Tlaxcala, 67, 157, 185.
Tlaxcalantongo, 109, 119, 124, 128, 129, 140.
Toluca, 73.
Tonalá, 185.
Topete, Fausto, 102.
Torreón, 73, 145, 146.
Torres, Elías, 145.
Torres, Juan, 92.
Treviño, Jacinto Blas, 19, 64, 67, 103, 116, 122, 127, 136, 139, 166.
Tulancingo, 73.
Tuxpan, 119.
Tuxtla Gutiérrez, 113.

U

Ugarte, Gerzayn, 130.
Unión Americana
Véase Estados Unidos de Norteamérica.
Urquizo, Francisco L., 103, 127, 128, 129, 130.

Urrea, Blas
Seudónimo, Véase Cabrera, Luis.
Uruapan, 73.

V

Vadillo, Basilio, 44, 73, 75.
Valenzuela, Clodoveo, 92.
Valenzuela, Gilberto, 96, 139.
Valle de Allende, 144.
Vasconcelos, José, 124, 137, 139, 190.
Vázquez Gómez, Francisco, 25.
Veracruz, 67, 83, 100, 115, 119, 124, 125, 127, 149, 157, 158, 160, 169.
Villahermosa, 185.
Villarreal, Antonio, I. 124, 135, 137, 139, 142, 185, 190.
Villa, Francisco, 36, 51, 64, 112, 140, 143, 144, 145, 149, 152, 155, 164, 190.
Villa Juárez, 127, 130.

W

Washington, 27, 56, 58, 60, 72, 174, 183.
Wilson, Henry Lane, 179.
Wilson, Woodrow, 27, 173, 174, 175, 178, 179, 180, 183, 184.

X

Xico, 130.
Xochimilco, 73.

Y

Yucatán, 56, 85, 103, 113, 115, 157, 160, 161, 162.
Yúdico, Samuel O., 68.

Z

Zacatecas, 67, 73, 74, 100, 109, 112, 157.
Zacatepec, Pue., 108, 127.
Zacatlán, 127.
Zamora, Pedro, 154, 155, 156.
Zapata, Emiliano, 30, 51, 189, 190.
Zitácuaro, 73, 107.
Zongolica, Sierra de, 131.
Zubaran Capmany, Rafael, 74, 103, 104, 133, 162.
Zúñiga y Miranda, Nicolás, 186.

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1980 en los talleres de Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. Se tiraron 5 000 ejemplares en papel Rotopipsa y 500 en papel Litografía más sobrantes para reposición. Cuidó de la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

La Historia de la Revolución Mexicana, *empresa de El Colegio de México, pudo realizarse por el apoyo del presidente Luis Echeverría, por la dirección de Daniel Cosío Villegas y por la minuciosa búsqueda de un grupo de investigadores provenientes de distintas ramas de las ciencias del hombre. No es la única pero sí la más ambiciosa exploración hecha hasta ahora sobre nuestra vida nacional de 1910 a 1960. Se hizo con el cuádruple propósito de entender, que no exaltar ni deslucir, a los forjadores del México contemporáneo; narrar verídicamente las acciones económicas, políticas, sociales e intelectuales más típicas, influyentes y duraderas de nuestro pasado inmediato; definir cada una de las etapas de ese pasado, y ubicar la gesta revolucionaria de México en el conjunto de las revoluciones del siglo XX y en la larga serie de las revoluciones mexicanas.*

Para beneficio del lector, esta Historia de la Revolución Mexicana *ha sido repartida en 23 tomos de poco bulto y bien ilustrados, a razón de dos, tres y hasta cuatro por periodo histórico. Cada tomo constituye una monografía y simultáneamente un eslabón de la cadena de 23.*

Periodo 1911-1914, por Eduardo Blanquel
1. La caída del porfiriato; 2. La república democrática; 3. La república castrense.

Periodo 1914-1917, por Berta Ulloa
4. La revolución escindida; 5. La encrucijada de 1915; 6. La Constitución de 1917.

Periodo 1917-1924, por Alvaro Matute
7. Las dificultades del nuevo Estado; 8. La carrera del caudillo; 9. El caudillo en el poder.

Periodo 1924-1928, por Jean Meyer y Enrique Krauze
10. La reconstrucción económica; 11. Estado y sociedad con Calles.

Periodo 1928-1934, por Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous
12. Los inicios de la institucionalización; 13. El conflicto social y los gobiernos del maximato.

Periodo 1934-1940, por Luis González, Alicia Hernández Chávez y Victoria Lerner
14. Los artífices del cardenismo; 15. Los días del presidente Cárdenas; 16. La mecánica cardenista; 17. La educación socialista.

Periodo 1940-1952, por Luis Medina y Blanca Torres
18. Del cardenismo al avilacamachismo; 19. México en la segunda guerra mundi[illegible]. Civilismo y modernización del autoritarismo; 21. [illegible]pía industrial.

Periodo 1952-1960, por [illegible] de Brody, José Luis Reyna y Estel[illegible]lla
22. El afianzamiento [illegible]idad política; 23. El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador.

CASA DEL LIBRO
CASA DEL LIBRO 78